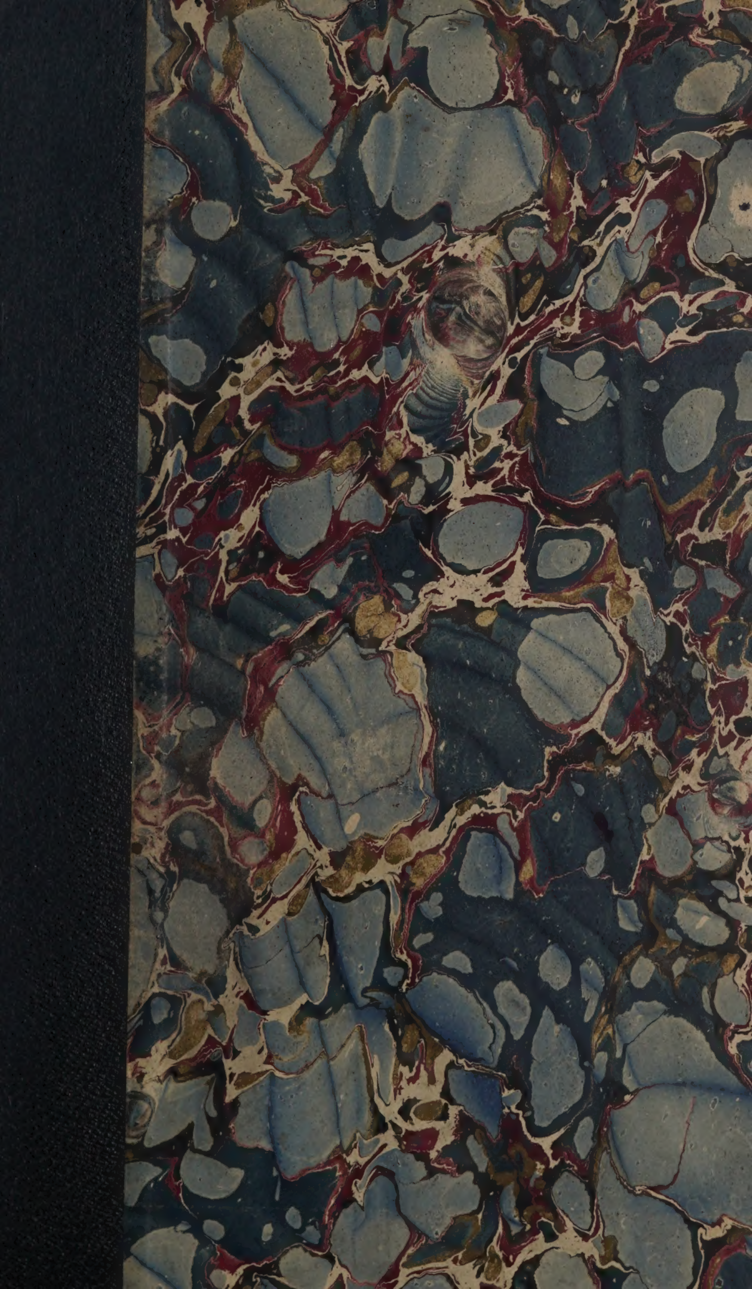
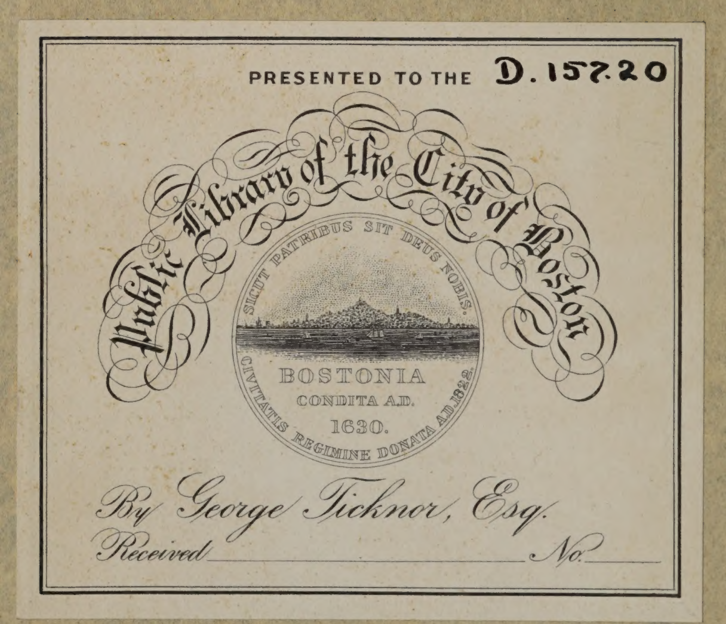




Poesías

de

D. Francisco Martinez

de la Rosa.

SE HALLA ESTA OBRA EN MADRID

En las librerías de { SOJO, calle de carretas.
BRUN, frente á las gradas de San Felipe. }

[illegible]

2. a



F. MARTINEZ DE LA ROSA.

POESÍAS

DE

D. FRANCISCO MARTINEZ
DE LA ROSA.



MADRID:

IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, CALLE DE TOLEDO.

AGOSTO DE 1833.

ADVERTENCIA.

Habiendo cultivado la poesía casi desde mi infancia, y sin haber perdido esta aficion en todo el curso de mi vida, he hallado en ella tanto esparcimiento y consuelo, ya como distraccion en mis ocios, ya como desahogo de cuidados y penas, que debiera ser bastante crecido el número de mis composiciones, si las hubiese guardado con esmero. Pero mirándolas como un mero pasatiempo, y sin ánimo de darlas á luz; descuidando á veces el copiarlas por escaso aprecio ó por desidia; y habiendo perdido no pocas en circunstancias azarosas, trastornos y viajes, hallé que no eran bastantes las que tenia á la mano cuando publiqué en París mis *Obras literarias.*

Volví luego á mi patria, á fines del pasado año de 1831; y al verme en mi hogar, en el seno de mi familia, y alentado hasta por el hermoso cielo de Andalucía, sacudí la pereza, reuní antiguos borradores, condené unos, corregí otros, añadí algunas composiciones nuevas, las postreras tal vez de mi vida; y con las que me han parecido mejores he formado la coleccion que ahora presento al público.

A él es á quien toca juzgarlas, sin que valga reclamar su indulgencia con súplicas y escusas; inútiles, si son sinceras; y que indisponen el ánimo,

en vez de cautivarle, si dejan traslucir por desgracia vislumbre de amor propio. Solo puedo decir en verdad que me ha arredrado no poco, al publicar mis composiciones, el recuerdo de haber dado á luz anteriormente un *Arte poética*: porque he temido, quizá con sobrada razon, que se juzgue á mis obras por mis propias reglas; y no hay muchos padres que tengan la virtud y entereza de un Guzman el Bueno, para dar ellos mismos armas con que degüellen á sus hijos.

Mas sea cual fuere el concepto que se forme de estas composiciones, estoy muy lejos de ofrecerlas á la juventud estudiosa como dechados y modelos; debiendo repetir, como otras veces, que el fin que me propongo al publicarlas es servir de estímulo con mis propios conatos, no presentarme como maestro.

No quisiera sin embargo desaprovechar la ocasion, que ahora se me viene á las manos, de decir en breves palabras mi sentir y dictámen respecto de las dos sectas enemigas, que tan cruda guerra tienen trabada en el campo de la literatura: apresurándome á advertir de antemano que como todo partido extremo me ha parecido siempre intolerante, poco conforme á la razon, y contrario al bien mismo que se propone, tal vez de esta causa provenga que me siento poco inclinado á alistarme en las banderas de los *clásicos* ó de los *románticos* (ya que es preciso apellidarlos con el nombre que han tomado por señal y divisa); y que tengo como cosa asentada que unos y otros llevan razon cuando censuran las exor-

bitancias y demasías del partido contrario, y cabalmente incurren en el mismo defecto así que tratan de ensalzar su propio sistema.

No tiene duda, á mi entender, que las obras de imaginacion, así como las Bellas Artes, estan sujetas á algunas reglas fijas, invariables, fundadas en los principios de la sana razon, y hasta puede decirse que en la misma naturaleza del hombre: así, por ejemplo, conviene que en toda composicion, cualquiera que sea su clase, haya *unidad* en el conjunto, *proporcion* en las partes, *variedad* en el ornato, *correspondencia* entre el asunto y el estilo; mas no por esto se infiere que no esten sujetas á mudanza, al sabor de los siglos y de las naciones, algunas reglas prescriptas por los maestros del arte, los cuales á su vez las tomaron de la contemplacion y estudio de los modelos de su tiempo. Que ni se deben medir con escala mezquina las obras de la imaginacion, ni condenarlas livianamente porque no quepan en los moldes de Aristóteles ó de Horacio, ni decir al genio del hombre, como Dios á las olas del mar: *no traspasarás este límite.*

Al contrario, nada mas acertado y conveniente que dejar á la imaginacion un vastísimo espacio para que campée con desahogo, sin ostigarla á seguir paso á paso las huellas de los antiguos: ¿mas qué acontecerá probablemente, si por el ánsia de seguir una senda distinta, se corre á ciegas sin concierto ni guia, y se desprecian como inútiles trabas los consejos de la razon y del buen gusto?... Que á

fuerza de mofarse de la supersticiosa observancia de las reglas, se sacudirá todo freno; y que siguiendo el curso natural de toda secta, ya sea religiosa, ya política, ó bien literaria, los primeros caudillos echarán por tierra los antiguos ídolos; y sus discípulos y secuaces, llevados del anhelo de la novedad, sobrepujarán la licencia y extravíos de sus propios maestros.

En nuestra misma patria, sin tener que buscar ejemplo y desengaño en la agena, podemos ver palpablemente el cuadro que acabamos de bosquejar. Apenas salió nuestra poesía de su larga infancia, y comenzó á dar muestras de vigor juveníl en el siglo décimo quinto, tomó el rumbo que era natural que siguiese, cuando á la propia sazon, y en las naciones mas cultas de Europa, habia revivido el amor á las letras desenterrando monumentos antiguos, y contemplando con ciertos visos de adoracion los modelos de Grecia y de Roma. Así es que en las composiciones graves de aquella época se nota el prurito de ostentar erudicion, de zurcir retazos de historia, de amontonar alusiones á la mitologia y á la fábula: en tanto que otros poetas, de menos saber y doctrina, lucian el propio ingenio en composiciones amorosas, llenas de agudezas y conceptos, de melindres y juegos pueriles, no poco semejantes á los que en tiempos posteriores afearon las gracias de nuestra poesía.

Con la mayor civilizacion y cultura, con el vuelo que dieron á la nacion sus descubrimientos y victorias, y sobre todo con el trato contínuo en-

tre España é Italia, adquirió nuestra literatura aquel sabor de antigüedad, aquel *gusto clásico* que la distinguió en el siglo décimo sexto, y que se echa de ver generalmente desde Boscan y Garcilaso hasta Fr. Luis de Leon y entrambos Argensolas. De donde provinieron, á mi entender, muchas de las excelentes dotes que esmaltan las composiciones de aquella época, pudiéndose comparar algunas de ellas con los modelos de la antigüedad; al paso que la misma causa perjudicó no poco, en mi dictámen, á la originalidad y valentía que hubiera desplegado la poesía castellana, si no hubiese tenido tanto empeño de mostrarse fiel imitadora.

Conociéronlo así, tal vez por instinto, algunos hombres de clarísimo ingenio, que florecieron en el siglo siguiente; tales como un Lope de Vega, un Góngora, un Quevedo; y queriendo abrir nuevo camino, corrieron desatentadamente sin reparar en precipicios y derrumbaderos, confiados en salvarlos con sus fuerzas y arrojo. Ni aun así lo lograron; antes bien deslustraron malamente las raras prendas que realzaban su mérito; pero así que se agolpó tras ellos una turba de poetas de menos valer, se acreció su osadía al par que su flaqueza, y teniendo á mengua someterse á las reglas del arte, no hubo linage de extravagancia ni de absurdo en que no incurriesen, hasta que la poesía y la lengua expiraron entre sus manos.

En los poetas españoles del siglo décimo séptimo se vé, si no me engaño, un ejemplar patente de los extravíos á que conduce el ciego anhelo de la no-

vedad, el menosprecio de los buenos modelos, el ansia de rebuscar conceptos peregrinos y expresiones aventuradas, por no parecer escritores vulgares. Y cuando se advierte en nuestros dias la misma tendencia, aun en las naciones mas adelantadas, no me ha parecido inoportuno señalar este riesgo, y con tanta mas razon cuanto la nueva escuela literaria cuenta como patronos autores de mucha nombradía, y deslumbra con el brillo de sus doctrinas y de sus obras.

En buen hora que no se canse al público con églogas imitadas de Teócrito ó de Virgilio, despues de tantas copias como se han hecho de aquellos bellísimos originales: convengo de buen grado en que puede componerse una Epopeya de gran mérito, perfecta si se quiere, sin haber menester que se asemeje á la *Iliada* ni á la *Eneida*; mas cuenta con llevar tan al cabo este sistema que se concluya por mirar con cierta esquivez y desdeño las obras maestras de la antigüedad, que serán bellas, admirables mientras exista el mundo. ¿Cuándo envejecerán, á pesar del trascurso del tiempo y de los antojos de la moda, las lindas composiciones de Anacreonte, las geórgicas de Virgilio, las elegías de Tibulo?... Yo de mí sé decir que me encanto con las obras de tales maestros y con las composiciones clásicas de nuestros antiguos poetas; y que no temeré aconsejar respecto de ellas á los jóvenes aplicados lo mismo que aconsejaba Horacio á los Pisones, respecto de los modelos griegos: de noche, de dia, nunca los solteis de las manos.

Que esto no impide, y antes bien facilita, el que se cultiven con aprovechamiento las literaturas estrangeras, admirando las dotes peculiares que cada una de ellas posee, y aun imitando lo que mejor parezca; aunque sin olvidar por ningun término el gusto propio de cada nacion, la índole de su poesía, el genio de su lengua.

Ni tampoco se opone la estimacion y apego á las obras de la antigüedad á que se atienda cual conviene al espíritu del siglo en que vivimos, que quizá exige en las composiciones mas caudal de doctrina, mas sentimiento, mas vida; en vez que nuestros antiguos poetas, encaminándose de mejor grado á la imaginacion que al corazon y al entendimiento, abusaban con sobrada frecuencia de su facilidad portentosa para versificar y hasta de la música apacible y sonora del habla castellana.

Campos enteros hay que dejaron por cultivar, ó á cuyos lindes se acercaron apenas: tales como el *Idilio* (bien sea al gusto griego, bien al que ha tentado en nuestros dias el delicado Géssner); la *Elegía amatoria*, de que nos dejó Roma tan cumplidos modelos y que han ensayado con buen éxito varios escritores estrangeros; el *poema didáctico* en que solo contamos alguno que otro bosquejo, y todos ellos imperfectos; la *poesía filosófica*, nutrida de pensamientos profundos, de sentimientos tiernos, tan acomodada al gusto de nuestro siglo, mas adelantado en saber, ó quizá mas grave y melancólico á fuerza de desengaños y desdichas; otros géneros en fin de composicion, ya del todo nue-

vos, ya presentados bajo distinto aspecto, para que despierten la atencion apareciendo originales.

Solo conviene no perder de vista, si he de decir con lisura lo que siento, que si á nuestros antiguos poetas les causó no poco perjuicio la misma fogosidad y lozanía de su ingenio, ahora corremos el peligro de que por parecer filósofos profundos, cortemos las alas á la imaginacion, y no seamos en realidad sino declamadores frios y desmayados; á no ser que, por huir de este escollo, demos en el escollo opuesto, y remontemos tan desacordadamente el concepto y la frase, que cueste trasudores el entendernos.

No alcanzo hasta qué punto habria adquirido nuestra lengua desembarazo y soltura, si hubiese habido muchos poetas tan osados como Juan de Mena, que la trataba á fuer de esclava, ó del temple y vigor de un Herrera, que la levantaba á la par del griego y del hebreo; mas puesto que ya se halla formada con el uso de buenos escritores y la sancion del tiempo, y que es necesario acomodarse á su índole, ó si se quiere á sus caprichos, debe evitarse con especial cuidado violentarla con trasposiciones que no consiente, y que en vez de dar á una composicion mayor dignidad y nobleza, ponen en prensa el entendimiento y menoscaban el deleite.

Por cuya razon, sin que sea menester recurrir á otras, tengo para mí que una de las principales dotes de la poesía es la claridad; procurando que los pensamientos aparezcan fáciles y espontáneos,

y la expresion fiel y sencilla. En los escritores griegos sobre todo se nota aquella *candidez* inimitable, que parece hija de la misma naturaleza, sin que se columbre ni por asomo el conato del arte; y no por eso bastardeaban sus conceptos por vulgares y viles, ni se arrastraban torpemente èl estilo y la frase.

No recuerdo un solo rasgo sublime, en cualquiera lengua que sea, que no esté expresado con suma sencillez; y sin esta cualidad esencialísima, mal pudieran excitar en el ánimo la impresion viva, instantánea, que los distingue.

Los pensamientos deben nacer nobles, por decirlo así, y entonces es cuando se muestran asequibles y llanos, sin deslucir su orígen; así como el lenguaje puede ser ingenuo y sencillo, sin que por eso se aplebeye.

No es fácil, ni con mucho, señalar en estas materias el límite propio, preciso, á que debe llegarse sin pisarlo; y harto sé por mi propia experiencia que es mas cómodo dictar preceptos que ponerlos uno mismo en práctica; mas no por eso me he retraido de dar esta especie de aviso, ya que no sea consejo: ocioso, si se quiere; tal vez desacertado; pero nacido ciertamente de buena intencion y deseo.



PARTE PRIMERA

Interea, dum fata sinunt, jungamus amores.

Tib.º Eleg.ª 1.ª

EL RECUERDO DE LA PATRIA.

(En Londres, año de 1811.)

Ví en el Támesis umbrío
Cien y cien naves cargadas
De riqueza;
Ví su inmenso poderío,
Sus artes tan celebradas,
Su grandeza:
Mas el ánima afligida
Mil suspiros exhalaba
Y ayes mil;
Y ver la orilla florida
Del manso Dauro anhelaba
Y del Genil.
Ví de la soberbia corte
Las damas engalanadas,
Muy vistosas;
Ví las bellezas del norte,
De blanca nieve formadas
Y de rosas:
Sus ojos de azul del cielo;
De oro puro parecia
Su cabello;
Bajo trasparente velo

Turgente el seno se vía,
Blanco y bello.
¿Mas qué valen los brocados,
Las sedas y pedrería
De la ciudad?
¿Qué los rostros sonrosados,
La blancura y gallardía,
Ni la beldad?
Con mostrarse mi zagala,
De blanco lino vestida,
Fresca y pura,
Condena la inútil gala,
Y se esconde confundida
La hermosura.
¿Dó hallar en climas helados
Sus negros ojos graciosos,
Que son fuego,
Ora me miren airados,
Ora roben cariñosos
Mi sosiego?
¿Dó la negra cabellera
Que al ébano se aventaja?
¿Y el pie leve,
Que al triscar por la pradera
Ni las tiernas flores aja,
Ni aun las mueve?...
Doncellas las del Genil,
Vuestra tez escurecida

No trocára
Por los rostros de marfíl
Que Albion envanecida
Me mostrára:
Padre Dauro, manso rio
De las arenas doradas,
Dígnate oir
Los votos del pecho mio;
Y en tus márgenes sagradas
Logre morir!

LA ESPIGADERA.

Zagala donosa,
Linda espigadera,
Que el dorado fruto
Llevas á la aldea,
Pon sobre mis hombros
La carga ligera;
No mas afanada
Mis ojos te vean.
Mira que envidiosa
Vénus te aconseja
Malogres tus años
En ruda faena:

¿Qué placer te brindan
Las desnudas eras,
Los tostados haces,
Las aristas secas?
El sol con sus rayos
Abrasa la tierra,
Sin que leve sombra
De su ardor defienda:
Enjutas del rio
Se ven las arenas;
Y al márgen se apiñan
Las mustias ovejas.
Sin flores el prado,
Los campos sin yerba,
Los árboles secos,
La fuente sedienta,
Ni cantan las aves,
Ni céfiro vuela;
La triste cigarra
Tan solo resuena....
¡Ay! ven; y en la gruta,
De musgo cubierta,
En pláticas dulces
Pasemos la siesta:
Que Amor te convida,
Te llama, te espera,
De gente curiosa
Guardando la puerta.

LA NIÑA DESCOLORIDA.

Pálida está de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

Nunca de amapolas
O adelfas ceñida
Mostró Citeréa
Su frente divina:
Téjenle guirnaldas
De jazmin sus Ninfas;
Y tiernas violas
Cupido le brinda.

Pálida está de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

El sol en su ocaso
Presagia desdichas,
Con rojos celages
La faz encendida:
El alba en oriente

Mas plácida brilla;
De cándido nácar
Los cielos matiza.

Pálida está de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

¡Qué linda se muestra,
Si á dulces caricias
Afable responde
Con blanda sonrisa!
Pero muy mas bella
Al amor convida,
Si de amor se duele,
Si de amor suspira.

Pálida está de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

Sus lánguidos ojos
El brillo amortiguan;
Retiemblan sus brazos;
Su seno palpita;
Ni escucha, ni habla,

Ni vé, ni respira;
Y busca en mis labios
El alma y la vida....

Pálida está de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

LA BARQUERA.

Niña de las redes,
Eres segun creo
De la mar nacida
Y hermana de Vénus:
Al nacer, corteses
Las olas les dieron
Color á tus ojos,
Mudanza á tu pecho;
La cándida espuma,
Que rizan los vientos,
Dió sal á tu boca,
Blancura á tu cuello;
Y el mar en la orilla,
Buscando y huyendo,
De tratar amores
Te dió el mal ejemplo.

LA VICTORIA DE SALAMANCA.

SONETO.

(Publicado en Cadiz, año de 1812.)

Libre quiso correr el turbio Sena;
Y apenas lo pregona envanecido,
Con propia sangre mírase teñido
Y arrastrando mas bárbara cadena:
Furioso rompe el cauce que lo enfrena,
Hierve, y se ensancha, y tala embravecido,
Y el continente cubre, y su bramido
De escándalo y terror al orbe llena.
Ufano ya con tan inmensa gloria,
Disputa al mar el sumo poderío,
Y señor se proclama de la tierra;
Mientras, burlando al insolente rio,
Corre el Tórmes cantando su victoria,
Y dando al mundo la señal de guerra.*

(*) Amenazaba ya el levantamiento general de Europa contra Bonaparte.

LAS BURLAS DE AMOR.

Pues los hombres todos
A tu ley se humillan,
Amor, no con burlas
De sus males rias:
Presos de un cabello
Algunos suspiran,
Cual náufrago triste
Que el moro cautiva;
Quien un lunar breve
Cual su estrella mira;
Quien de unas pestañas
Vé pender su vida...
Solo yo, dios ciego,
Resistí á tus iras;
Pues solo alcanzaron
Rendirme á Dorila
Los leves hoyuelos
De su mano linda,
De su hermoso brazo,
De su blanda risa.

ANACREÓNTICA.

Bebamos, muchachas;
Ninguna descanse,
Y el vaso precioso
Su giro no pare:
Los ojos se anublen,
Los pechos se abrasen,
Los pies se entorpezcan,
Las lenguas se aten;
Que rabien las tias,
Que riñan las madres,
Que llueva, que truene,
Que nieve, que escarche,
Que rujan los vientos,
Que bramen los mares,
Mas vino y mas vino,
Mas baile y mas baile.

LA APARICION DE VÈNUS.

De pompa ceñida bajó del Olimpo
La Diosa que en fuego mi pecho encendió;
Sus ojos azules de azul de los cielos,
Su rubio cabello de rayos del sol:
Al labio y mejilla carmin dió la aurora;
Dió el alba á la frente su blando color;
Y al pecho de nieve su brillo argentado
La cándida senda que Juno formó.
En trono de nácar la luna de agosto,
El iris en mayo tras nube veloz,
Y en fértil otoño la lluvia primera,
Tan gratas al alma, tan dulces no son.
No tanto me asombra del mar el bramido,
De horrísonos truenos el ronco fragor,
Y el rayo rasgando la cóncava nube,
Cual temo sus iras, su adusto rigor....
Mas ¡ay! que los vientos ya baten las alas;
Ya el carro de nubes apresta el Amor;
Ya Céfiro riza la pluma á los cisnes;
Y en coro levantan las Gracias su voz:
Cual rápida estrella que cruza los aires,
Cual fúlgida aurora que el polo alumbró,
Fugaz desparece la plácida Diosa;
Y el orbe se cubre de luto y dolor.

EL PROPÓSITO DE UN AMANTE.

Dulces himnos de alabanza
Al Amor sumiso entone
Quien su pérfida venganza
En el pecho no sintió:
Tal, inmóvil en la orilla,
Canta al ruido de las olas
Quien jamás en frágil quilla
El furor del mar probó.
Yo algun dia por mi daño
En sus redes sorprendido,
Libre ya, su torpe engaño
Por do quier publicaré:
Del candor con la apariencia
Cubre artero su malicia;
Cual rapaz, finge inocencia;
Con la venda engaña y vé:
Hiere aleve cuando juega;
Busca y huye á un tiempo mismo;
Amenaza cuando ruega;
Cede, y queda vencedor:
Falso el llanto y dulce acento,
Falsas son sus blandas quejas,
Falso al fin es su contento;
Cierto solo su dolor...

Mas perdona, Amor divino,
Si rebelde osé agraviarte;
Ya á tu yugo el cuello inclino;
Vuelvo dócil á tus pies:
Ya, vencida mi porfía,
Torno alegre al cautiverio;
Tuya, Amor, el alma mia,
Mi existencia tuya es!

ANACREÓNTICA.

¿Quién bebió en esta copa?
Fue sin duda una abeja;
Y ha dejado el veneno,
Y tambien la saeta...
No fue una abeja, huesped;
Un niño hermoso era.
¿Un niño? — *Sí.* — ¿Con armas? —
Y en la frente una venda... —
No sigas; que en mi pecho
Ya ha dejado otras señas.

EL SÁTIRO.

O tú, mas feble á seductor halago
Que tierno lino al revolar del viento,
Cuando mecido en la feraz llanura
Trémulo ondéa!
Si allá te oprime en sus nerviosos brazos,
Su negra boca á tu semblante uniendo
De rojas moras con fealdad teñida,
Sátiro inmundo,
No mas te acuerdes de mi amor primero;
Ni el labio mio con su blando bozo
El pecho halague que punzaron antes
Asperas cerdas.
Al pie del sauce, en tu apacible baño,
Yo ví estampada la redonda huella
Del torpe amante, y del brutal retozo
Turbias las aguas:
Anda pues, falsa, y su enastada frente
Ciñe en el bosque con lasciva yedra;
Mientras oculto con mi fiel zagala
Plácido rio.

LAS GUERRAS DE AMOR.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

El ocio desdeña,
La paz aborrece;
Tan solo apetece
La lucha y la lid:
Barreras y muros
Encienden su enojo;
Ya ostenta su arrojo,
Ya luce su ardid.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

Los fáciles triunfos
Empañan su gloria;
Difícil victoria
Redobla su ardor:
Su yugo suave

No humilla al rendido;
Al pie del vencido
Se vé el vencedor.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

Anhela en su fuga
La astuta enemiga
Que osado la siga
Su tierno amador:
Si finge rigores,
Son iras fugaces;
Suspira por paces,
Si finge rencor.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

Tormenta de mayo
Parecen sus celos,
Que anuncia en los cielos
El iris de paz;
Si triste y llorosa

De amor se querella,
Mas dulce y mas bella
Se os brinda su faz.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

Con treguas violadas,
Con pactos fingidos,
Lograd fementidos
La palma y laurel:
La misma enemiga,
Que finge despecho,
Celebra en su pecho
Vuestro ánimo infiel.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

La Diosa de Chipre,
Si oyó el juramento,
Lo escribe en el viento,
Lo graba en el mar:
Que allí estan los nombres

De tiernas amantes,
Que á un dueño constantes
Supieron amar.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

Mas ¡ay! que el Dios fiero
Ya blande su lanza,
Y excita á venganza
Con hórrida voz:
Estragos y ruinas
El campo presenta;
La tierra ensangrienta
La lucha feroz.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

En tanto, luchando
Con blando desvío,
El ídolo mio
Me muestra esquivez;
Y en dulce desmayo

Suspensa su alma,
Del triunfo la palma
Me ofrece otra vez...

Alumnos de Marte,
Seguid su furor;
Con guerras mas dulces
Me brinda el Amor.

EL AMOR EN VENTA.

Acudid, zagalas....
¡Qué lindo Amor vendo!
Miradle en mi mano,
Por las alas preso. —
¿*Es dócil?*.... Y niño.
¿*Donoso?*.... Hechicero.
¿*Calladito?*.... Mudo.
¿*Complaciente?*.... Ciego.
¿*Alegre?*.... Cual mayo.
¿*Veloz?*.... Como el viento.
¿*Y fiel?*.... Cual vosotras.
Ya no le queremos.

ADMONICION Á UN POETA NOVEL

CONTRA LA TENTACION DE ESCRIBIR SÁTIRAS.

Sé dócil, Fabio, atiende á mis razones;
Y no corras derecho al precipicio,
Sin ver el grave riesgo á que te expones.
Eres mozo y honrado; ves al vicio
Alzar impune la soberbia frente,
Y á su aspecto no mas sales de quicio;
Sin reparar, ó jóven inocente,
Que con vano sermon nada se alcanza,
Si se vá contra el viento y la corriente.
¿No es mejor que á la insípida alabanza
Consagres tus vigilias y sudores,
Ganando para tí lucro y holganza?
Celebra á los magnates y señores;
Por Mecenas elige al mas menguado,
Y derrama á dos manos tus loores;
Que aunque en lugar de incienso regalado
Mezcles inmunda pez, resina y brea,
Y al ídolo en su altar dejes ahumado,
Verás cuál se entumece y pavonea
Con el tributo vil, y paga ufano
Cuanto su necio orgullo lisonjea.
Si es de mal corazon, llámale humano;

Si pródigo, galan y generoso;
Sabio y modesto, si ignorante y vano:
  Miente y adula á roso y á belloso,
Seguro que ninguno te desmienta,
Cierto de hallar aplauso numeroso;
  Y en un año, en un mes, por mí la cuenta
Si has menester Apolo ni Pegaso
Para lograr honores, fama y renta.
  No traigo á la memoria un solo caso
En que el decir verdad premio consiga;
Y antes por ello ví mas de un fracaso:
  Así, no es de extrañar que el tropel siga
La senda mas trillada y espaciosa,
Que al término conduce sin fatiga;
  En tanto que apocada y temerosa
Se esconde la virtud bajo la tierra,
Y aun allí el vicio con furor la acosa.
  Mas si vivir no quieres siempre en guerra,
A sombra de desvan, pobre y desnudo,
A Persio y Juvenal con llave encierra;
  Deja el veraz estilo, áspero y rudo,
Y alambica un elogio almivarado
Que cuele blandamente sin embudo.
  Yo no he visto en mi vida potentado
Que un Licurgo no fuese en su alto asiento
Y de todas virtudes fiel dechado;
  Ni uno tampoco he visto que, al momento
Que por tierra cayó, no mereciera

Servir, cual otro Luna, de escarmiento.
No he visto un general que no pudiera
A César y á Pompeyo dar lecciones,
Y que no esté atrasado en su carrera;
Ni un asentista, henchido de doblones,
Que no fuese columna del Estado,
Del pueblo entre las crudas maldiciones.
¿Quién halló un juez venal en alto estrado?
¿Quién no encontró talento á un palaciego?
¿Quién conoce un bribon condecorado?...
Pues en la corte estás y no eres ciego,
Díme si aunque demonio te volvieras,
Halláras leña en que cebar tu fuego.
Juro y rejuro, hablándote de veras,
Que falta material á la censura,
Como mentir y calumniar no quieras:
Y si debiste al cielo por ventura
Musa festiva, alegre y burladora,
La diestra armada de manopla dura,
Hazle amansar su furia azotadora,
O procura que pague el escudero
El encanto fatal de su señora.
Este es el medio, Fabio, que prefiero;
Que no es nuevo pagar el inocente,
Y ostentarse el culpable erguido y fiero:
Y si lanzar no puedes de la mente
La viva comezon de íncuba musa,
Que ni paz ni reposo te consiente,

De aquel feliz arbitrio al menos usa,
Y en posadera ruin descarga recio,
Sin tener que pedir perdon ni escusa.
A un alcalde pedáneo llama necio;
Dí que roba á man-salva un boticario;
Trata á un pobre cornudo con desprecio;
Saca á plaza un poeta perdulario;
Empluma alguna vieja Celestina,
O acusa á un fiel de fechos de falsario....
Mas cuenta que la misma ventolina
No te engolfe despues en mar bravía,
Do el piloto mas diestro halla su ruina.
Regla sin excepcion: en viendo *usía*,
Hermanadas estan virtud y ciencia,
Y las debes tratar con cortesía;
Y si asomos vislumbras de *excelencia*,
O de una placa atisbas los reflejos,
Ya les puedes hacer la reverencia.
Mas si infundados juzgas mis consejos,
Por norma elige al cazador prudente,
Que audaz persigue á liebres y conejos;
Y cura bien no echarla de valiente
Con los soberbios tigres y leones,
De corva garra y de aguzado diente.
Del mar en las undívagas regiones
El pez mayor embiste al pequeñuelo,
Y huye de los hambrientos tiburones;
Y en las aves alígeras del cielo

Tras la paloma arrójase el milano,
Y del buitre rapaz no turba el vuelo.
Tan natural y propio al ser humano
Es perseguir al débil y abatido,
Y evitar aun el riesgo mas lejano,
Que no verás rapaz recien nacido
Que al flaco gosquecillo no atormente,
Y de robusto can no huya al ladrido.
Lo mismo debe hacer hombre prudente;
Que lo demas son pláticas de antaño,
De que se burla ya la culta gente.
Y si tal vez creyeres que te engaño,
A salvo pongo el ánima y conciencia
Con prevenirte á tiempo de tu daño:
Haz por juego siquiera la experiencia;
Mas no te quejes del rigor del hado,
Cuando sufras la dura penitencia.
Yo por mi parte huiré de tal pecado,
Aunque Apolo me ofrezca su corona:
Que es lícito en el mundo ser malvado;
Mas decir la verdad no se perdona.

LOS JUEGOS DEL AMOR.

Con un cristal Cupidillo
Jugando, el sol reflejaba;
Y á Dorila deslumbraba
Con el vivísimo brillo:
Mas con maligna intencion
El cristal inclinó luego;
Y al instante prendió el fuego
En el tierno corazon.
Quitóse el cendal un dia,
Y los ojos vendó á Flora;
Y la inocente pastora
Del leve juego reía:
Mas el rapaz se ocultó;
Afligióse la doncella;
Y al ir ciega tras su huella,
Presa en sus redes quedó.

HIMNO Á BACO.

Ven, padre Liéo,
Del cielo desciende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Cantar soberano
Ya el estro me inspira;
Mi trémula mano
Ya pulsa la lira;
Y en coro resuenan
Mil himnos de honor....

Ven, padre Liéo,
Del cielo desciende:
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Festivos cantares
El Gánges entona;
Los templos y altares
De vides corona;
Y al Númen propicio
Demanda favor....

Ven, padre Liéo,
Del cielo desciende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Ya escucho las voces
De alegres Bacantes,
Las ruedas veloces,
Los ejes sonantes,
Del viejo Sileno
La risa y clamor....

Ven, padre Liéo,
Del cielo desciende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Al carro glorioso
Preceden cautivos
Amor desdeñoso,
Los zelos esquivos,
Las iras de Vénus,
De Marte el furor....

Ven, padre Liéo,
Del cielo desciende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Tu néctar sabroso
Se brinda al deseo
Muy mas oloroso
Que aroma sabeo;
La púrpura tyria
Le envidia el color....

Ven, padre Liéo,
Del cielo desciende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

La paz embalsame
Tu dulce ambrosía;
Sus mieles derrame
La pura alegría;
No amarguen las penas
Tu grato dulzor....

Ven, padre Liéo,
Del cielo desciende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

En vasos preciosos
Aromas humean;
Amantes y esposos
Tus aras rodean;

Por víctima ofrecen
Su cándido amor.....

Ven, padre Liéo,
Del cielo desciende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Detente, profano!
No toques impuro,
Con pérfida mano,
Con labio perjuro,
La copa dorada
Del sacro licor....

Ven, padre Liéo,
Del cielo desciende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Mas ya de beleño
Coronas mi frente;
Ya el lánguido sueño
Cantar no consiente;
Las cuerdas responden
Con leve rumor.......

Ven, padre Liéo,

Del cielo desciende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

POCO PESO!!!

Sobre una peña estribando
Amor colocó una rama;
Y en un extremo se posa,
Mientras el otro levanta:
Cuélganse dél á porfía
Las inocentes zagalas;
Mas ninguna vencer puede
A un niño tierno y con alas.
Añaden por peso votos
Y prendas mil de constancia;
Y el Dios añade una rosa,
Y mas ligeras las alza:
Dábanse al fin por vencidas;
Pero dejólas vengadas
Una leve mariposa,
Inclinando la balanza.

ERÓTICA.

Favor, sagradas Musas,
Favor por esta vez!... Si grave un dia
Rehusó la lira mia,
Coronada de pámpanos y rosas,
Acompañar canciones amorosas,
Ya con maligno juego
Ocultando su pérfida venganza,
El Dios alado y ciego
A cantar me condena su alabanza.
¿Qué mas quieres de mí?... Ya ante tus aras
Me postro humilde y tu piedad reclamo;
Mi libertad maldigo;
Tu esclavo soy, por mi señor te aclamo!
Sin amor ¿qué es la vida? El mundo yerto
Aparece desierto:
En vez de amenos prados, solo abrojos
Miran los tristes ojos;
Y en desabrida calma,
Sin dicha ni esperanza ni deseo,
Se estrecha el corazon, se anubla el alma.
Mas el divino Amor une los seres
Con lazos de placeres:
El bruto, el pez, el ave,
Siguen su ley suave:

Ama la erguida palma;
Ama la yedra al olmo; aman las vides
Abrazadas al álamo de Alcides;
Y hasta la flor mas leve
Con su seno convida
A recibir el gérmen de la vida.
Amemos pues, amemos;
Que el Tiempo ante nosotros
Con pie veloz se aleja,
Y pesares nos deja....
Solo en los brazos del Amor divino
Se mira sin horror la negra tumba
Y sembrado de flores el camino.

EL AMOR Y LA MARIPOSA.

MADRIGAL.

Rico el matiz, leve el ala,
Como linda mariposa,
Vaga Amor de rosa en rosa,
Mostrando viveza y gala;
Mas si una luz mira ciego,
Vuela, llega, en torno gira,
Se acerca, tócala, expira,
Y consúmese en su fuego.

LOS BESOS.

Cien veces ciento,
Mil veces mil,
Mas besos dame,
Laura gentil,
Que flores crian
Mayo y Abril,
Y arenas llevan
Dauro y Genil.
Mucho demandas. —
Poco pedí. —
¿Bástale un beso?
Dámele, sí;
Pero tus labios
Clávense en mí;
Y hasta la Muerte
Nos halle así!

10. VOTOS DE UN AMANTE.

Mi bien, mi consuelo, mi gloria, mi vida,
Ven, Laura querida, y en plácidos lazos
Te ciña en mis brazos, te escuche, te mire,
De júbilo expire!
Amor murmurando vá el claro arroyuelo;
Las aves del cielo nos cantan amores;
Del campo las flores el aire embalsaman....
Tambien ellas aman.
Tu mano divina ya trémula estrecho;
Palpita tu pecho, tu frente se arde;
Ya tiemblas cobarde, ya tierna suspiras,
Y apenas respiras....
¿Qué dudas, bien mio? Descansa en mi seno;
El cielo sereno á amar nos convida;
Y al sueño rendida oculta la Luna
Su luz importuna.
¡Oh, nunca la Aurora de tí me separe;
El Tiempo repare su curso violento;
Y al mismo momento que vaya á perderte,
Me hiera la Muerte!

LA ALHAMBRA.

Venid á mis voces, doncellas hermosas
Que hollais la ribera del Dauro y Genil;
Venid coronadas de sándalo y rosas,
Mas puras, mas frescas que el aura de Abril.
Flotando en la espalda los negros cabellos,
Los ojos de fuego, los labios de miel,
La túnica suelta, desnudos los cuellos,
Cantando de amores seguidme al vergel...
Amor resonaron las grutas del rio;
Amor en las selvas cantó el ruiseñor;
Amor las montañas, el bosque sombrío,
La tierra, los cielos repiten *amor*.
Y allá en el Alcázar, orgullo del moro,
Que ya de tres siglos la mano arruinó,
Rodando en los muros de mármoles y oro,
Un sordo murmullo de *amor* resonó....
¿Qué se hizo su gloria, su pompa, su encanto,
Los triunfos y empresas de tanto galan?
¿Las cañas y fiestas, la música y canto,
Jardines y baños y fuentes dó estan?
El jaspe ya cubren abrojos y espinas;
Do rosas crecieron, la zarza se vé;
A llanto provocan las míseras ruinas;
Los rotos escombros detienen el pie...

¡Ay! Ninfas del Dauro, venid á mis voces;
Mirad cual fenecen la gloria y beldad:
Y en tanto que vuelan las horas veloces,
De amor las dulzuras, la dicha gozad!

CANCION BAQUICA.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

A influjo tan grato
No hay firme recato,
Ni puerta, ni muro,
Ni alcázar seguro,
Ni dudas, ni zelos,
Ni esquivo rigor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Por tí la doncella
Se ostenta mas bella;
La grave matrona
De hermosa blasona;
La triste viuda
Se enciende en amor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Contigo festivo
No siente el cautivo
Tormentos ni penas,
Ni duras cadenas;
Y en plácido encanto
Se iguala al señor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Contigo el piloto
Se burla del Noto;

Y al eco del trueno
Cantando sereno,
Del viento y las olas
Desprecia el furor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Tú mueves el labio
Del necio y del sabio;
Tú arrancas del seno
La hiel y veneno
Que esconde la envidia,
Que oculta el rencor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Contigo el cobarde
De aliento hace alarde;
El vil codicioso
Se ostenta garboso;

El débil anciano
Recobra vigor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Tus puros colores
Envidian las flores;
Tu esencia olorosa
La mirra preciosa;
La miel de romero
Tu dulce sabor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Los males y penas
A olvido condenas;
Las dichas fugaces
Eternas las haces;
Y al hado futuro
Le robas su horror.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

EL AMOR CAUTIVO.

Zagalas crueles,
No mas rigor ya;
Que Amor como niño
Merece piedad:
Los grillos de flores
Al punto soltad;
Las duras espinas
Hiriéndole estan.
Si burlas donosas
De tierno rapaz
Con leve escarmiento
Quisiereis vengar,
Quitadle las flechas,
Robadle el carcax;
Con vuestros ojuelos
No ha menester mas.
Mirad cómo tiembla
Con ansia mortal;

Y juntas las manos,
Demanda la paz:
No herir vuestros pechos
Quisiera jurar;
Mas teme os ofenda
Su amarga piedad:
Si os huye, es ingrato;
Si os sigue, es audaz;
Sentís sus perfidias,
Y os cansa leal....
En esto Cupido
Se escapa sagaz,
Y lanza riendo
La flecha mortal:
Su Madre en los brazos
Le vuelve á estrechar,
Y vé á las zagalas
Heridas llorar.

EL TRIUNFO.

El placer que rebosa en mi alma,
Zagalas del Dauro, festivas cantad:
El Amor ha dejado los cielos,
Y el nido en mi pecho por siempre hizo ya.
¿Qué ventura en la tierra hay que iguale
Al sumo contento que ofrece el amor?
Los sentidos, el alma y potencias
A tanta delicia bastantes no son.
En el bosque de nardos y rosas
Al fin de mi amada vencí la esquivez:
Tuya soy, pronunciaron sus labios;
Y al punto en sus labios su aliento espiré.
Blando lecho brindaron las flores;
La tórtola amante mas tierna gimió;
Y las ramas de un sauce inclinando,
El hurto dichoso cobija el pudor.

EL CEMENTERIO DE MOMO.

EPITAFIOS.

Yace aquí un mal matrimonio,
Dos cuñadas, suegra y yerno...
No falta sino el demonio
Para estar junto el infierno.

¡En sepulcro de escribano
Una estatua de la Fé!...
No la pusieron en vano;
Que afirma lo que no vé.

¿Ya hay pleito sobre el sepulcro,
Y aun no está el hombre enterrado?
Este sí que era letrado!

Yace aquí Blas.... y se alegra
Por no vivir con su suegra.

Agua destila la piedra;
Agua está brotando el suelo....
¿Yace aquí algun aguador?—
No señor: un tabernero.

Un delator aquí yace....
Chito! que el muerto se hace.

Aquí yace una doncella...
Y han borrado *de labor*....
Siempre es bueno hacer favor.

Yace en esta estrecha caja
El sastre mas afamado;
Y dicen que no ha robado....
Al menos en su mortaja.

¡Cuñados en paz y juntos!....
No hay duda que estan difuntos.

Aquí yace una beata
Que no habló mal de ninguna ...
Perdió la lengua en la cuna.

Aquí un médico reposa,
Y al lado han puesto á la Muerte....
Iban siempre de esta suerte.

Al pie del sepulcro un cuerno!...
¿No admite dos el infierno?

Aquí un hablador se halla...
Y por vez primera calla.

Aquí yace una viuda
Que murió de pena aguda,
Apénas hubo perdido
A su séptimo marido.

Aquí se enterró un suizo...
Por el dinero lo hizo.

Aquí yace una soltera,
Rica, hermosa, forastera,
Que sordo-muda nació...
¡Si la hubiera hallado yo!

Sub hôc tumulo... adelante;
Que este será algun pedante.

Aquí yace un andalúz...
Por eso han puesto esta cruz.

Don Juan de Az...pei...ti...gu...rréa...
Para el diablo que te lea.

Ya que no pide doblones,
Pide esta vieja oraciones.

Canónigo... de repente...
Y morir en Noche Buena!...
Se le indigestó la cena.

Eche una limosna, hermano;
Y que no suene el dinero,
No reviva este usurero.

Aquí enterraron de balde,
Por no hallarle una peseta...
No sigas: era poeta.

Una palma han colocado
En la tumba de Lucía...
Es que dátiles vendía.

Aquí yace un cortesano,
Que se quebró la cintura
Un dia de besamano.

Aqui jaz ó mui illustre
Senhor João Mozinnho Souza
Carvalho Silva da Andra...
Sobra nombre ó falta losa.

Aquí yace un juez de vagos,
Que en Madrid ocioso anduvo...
¿Y en qué diablos se entretuvo?

Aquí reposa un francés...
Al fin parado le vés.

Aquí yace entre laureles
Un gran autor de comedias,
Que murió helado en el patio
Sin que un cristiano lo viera.

Aquí yace Sor Belen,
Que hizo almíbares muy bien,
Y pasó la vida entera
Vistiendo niños de cera.

Aquí yacen cuatro socios,
Que juntaron gran caudal:
Un médico, un boticario,
Un cura y un sacristan.

Aquí yace el Rey Ramiro,
Que libró á España del *feudo*...
Al moro que hoy lo cobráre
La ganancia no le arriendo.

Aquí yace un oidor sordo...
Un relator tartamudo...
Un vista con cataratas...
¡Pues anda bonito el mundo!

Aquí yace un contador
Que jamas erró una cuenta...
A no ser á su favor.

Un borrego han esculpido
En esta tumba modesta...
¿Tuvo el difunto el toison?...
Fue escribano de la Mesta.

Aquí á una bruja enterraron,
Chamuscada á fuego lento...
Nunca es malo un escarmiento.

Aquí yace un cobrador
Del voto del Rey Ramiro...
¿No era mejor dar mugeres
Y quedarnos con el trigo?

Aquí yace un mayorazgo
Junto á su hermano mellizo:
Este se murió de hambre;
Y aquel se murió de ahito.

Aquí Susana reposa...
Por supuesto no la *casta*...
Con que vmd. lo diga basta.

Aquí yace un proyectista,
Que quiso dar por asiento
Agua, tierra, fuego y viento.

Aquí yace un egoista,

Que no hizo mal ni hizo bien...
Requiescat in pace, *Amen*.

Aquí yace Don Matías,
Acusado de tacaño:
Y daba *gratis* al año...
Pésames, pascuas y dias.

El general que aquí yace
Hizo lo mismo que el Cid...
Entraba muerto en la lid.

Aquí yace un alquimista,
Que en oro trocaba el cobre...
Y murió de puro pobre.

Aquí yacen dos maestrantes...
Ocupados como antes.

HIMNO EPITALÁMICO.

Placer de los cielos, delicia del mundo,
O Númen fecundo, propicio á mi voz,
De tiernos amantes corona el deseo,
Desciende, Himenéo, desciende veloz.
Al mar y á la tierra y al aire sereno
Tú colmas el seno de gérmen feraz;
Y al orbe enlazando con dulces cadenas,
Sus ámbitos llenas de vida y de paz.
Tú al nido aprisionas con grillos suaves
Las tímidas aves en plácida union;
Y al yugo amoroso tú inclinas la frente
Del tigre inclemente, del fiero leon.
Si gime viuda la tórtola bella,
Con blanda querella te pide otro amor;
Sin fruto dorado la palma viuda
Te expresa, aunque muda, su triste dolor.
Sin tí los mortales, cual fieras atroces,
Ni oyeran las voces de patria y hogar:
Sus muros te deben las altas ciudades;
Las mismas Deidades te deben su altar.
Mas ya gratas pulsan las cítaras de oro,
Y aclaman en coro tu gloria inmortal;
Ya al son armonioso las alas extiendes,
Y en triunfo desciendes al lecho nupcial.

Con falsa modestia la Diosa de Delos
Se oculta en los cielos tras nube fugaz;
En tanto que Vénus mas plácida y bella
Refleja en su estrella su cándida faz.

Sin dejo amargoso purísima muestra
La copa en su diestra de dulce licor;
Y uniendo á sus rosas la blanca azucena,
Su frente serena descubre el Amor.

Mas siempre festivo tu antorcha divina,
Que el lecho ilumina con claro esplendor,
Apaga; y fingiendo temor y recelo,
Se esconde en el velo del sacro Pudor.

Los dioses sonrien, la esposa suspira;
Ternura respira su blando desden;
Y al tímido esposo las Gracias y Amores
Con cándidas flores coronan la sien.

ANACREÓNTICA.

Deja que estalle el trueno;
Echa vino y bebamos:
¿Viste nunca una cepa
Herida por el rayo?
Hasta el mismo Vesubio
Paga tributo á Baco;
Y respeta el viñedo
En su lava plantado.
Busqué en vano de Italia
Los héroes y los sabios;
Escombros y cenizas
Mis ojos solo hallaron:
De Roma apénas dura
El vano simulacro,
La sombra de Pompeya,
La tumba de Herculano...
Mas hallé de Falerno
El néctar regalado;
Y apuré una botella
A la salud de Horacio.

LA LUNA.

Ven al vergel delicioso
Que ciñe el Dauro tranquilo;
Ven, no tardes, dueño hermoso;
Que Amor nos presta su asilo,
Apartado y silencioso.
Su cáliz abren las flores
Al céfiro que las mece;
Cantan dulces ruiseñores;
Y la Luna se embebece
Escuchando sus amores.
Creyóse de amor exenta,
Y al amor mostróse esquiva;
Mas ya su engaño lamenta,
Y en la noche fugitiva
Con ver su amor se contenta:
Duerme entre tanto su dueño,
Y ella al amor le provoca;
Mas por no turbarle el sueño,
Apénas sus labios toca
Y desiste de su empeño...
Despierta, ingrato Pastor,
Y goza tanta ventura;
Mira que vuela el amor,
Que su dicha poco dura,

Menos dura que una flor:
  Mas por su dulce embeleso
Bien puedes trocar tu calma;
Que un halago, un solo beso
Da tanto placer al alma,
Que se rinde al blando peso...
  Ven, corre, vuela á mis brazos,
No tardes, hermosa Lidia,
Estréchame en dulces lazos;
Y el Zagal nos tendrá envidia
Contando nuestros abrazos:
  La misma Luna en el cielo
De amor al vernos se abrasa;
Y con triste desconsuelo
Nos contempla, corre, pasa,
La faz envuelta en su velo.

LAS AVES.

EL NIDO.

¿Dónde vas, zagal cruel,
Dónde vas con ese nido,
Riyendo tú mientras pian
Esos tristes pajarillos?
Su madre los dejó solos
En este momento mismo,
Para buscarles sustento
Y dárselo con su pico...
Mírala cuán azorada
Echa menos á sus hijos,
Salta de un árbol en otro,
Va, torna, vuela sin tino:
Al cielo favor demanda
Con acento dolorido;
Mientras ellos en tu mano
Baten el ala al oirlo...
Tú tambien tuviste madre,
Y la perdiste aun muy niño,
Y te encontraste en la tierra
Sin amparo y sin abrigo!...
Las lágrimas se le saltan
Al cuitado pastorcillo,
Y vergonzoso y confuso
Deja en el árbol el nido.

EL PICHON MENSAGERO.

Vuela al punto,
Pichon bello,
Y esta carta
Da á mi dueño....
Noche y dia,
De ella lejos,
Ni respiro
Ni sosiego:
Con su imágen
Me desvelo;
Pienso en ella
Cuando duermo:
Su voz oigo,
Su faz veo;
Y en su boca
Y en su pecho
Tierno imprimo
Dulces besos....
Vuela al punto,
Pichon bello;
Y á mi amada
Dí que muero!....»
Apenas estas palabras
Pronunciára el triste Delio,

Perdió de vista en los aires
Al alado mensagero;
Que la inocente avecilla
Doblaba el rápido vuelo,
Por ver á la hermosa Flora
Y hallar en su boca el premio.
Ya divisaba la torre
En que le aguardan inquietos
La doncella en las almenas,
En el nido los hijuelos,
Cuando de tiro alevoso
Vé la luz, oye el estruendo,
A par que del plomo ardiente
Siente la herida en su pecho.
Trémula el ala repliega,
Se abate con desaliento,
Y en derredor de la torre
Gira con mortal anhelo:
Tres veces tocó á su cima,
Y tres le faltó el esfuerzo;
Mas vé á Flora que le llama,
Oye sus dulces acentos,
Y anímase y vuela y cae
Con el billete en su seno.

LA GOLONDRINA.

Vuelve, vuelve, golondrina,
Que ya Favonio se acerca;
Y las aves y pastores
Saludan la primavera:
En mis tranquilos hogares
Todos alegres te esperan,
Cual huésped agradecido,
Cual nuncio de buenas nuevas.
Aquí no hallarás los lazos
Que en los palacios se encuentran,
Y bajo el rústico techo
Seguros tus hijos quedan;
Aun está cual le dejaste
Tu frágil nido de tierra,
Y al verle todos los dias
Lamentábamos tu ausencia...
Mas tal vez en este instante
La costa africana dejas,
Cruzas el mar presurosa,
Y tocas nuestras riberas:
Ni en su márgen te detienes;
Veloz hácia el Dauro vuelas;
Y el tierno pecho te anuncia
Que tus amigos te esperan...

No tardes, llega, avecilla;
Llega, y bien venida seas;
Que Dios bendice el hogar
Que da asilo á la inocencia.

EL JILGUERO.

«¿Porqué me dejas, ingrato?
Vuelve á mi voz, jilguerillo;
Y no pagues cual Damon
Mis cuidados y cariño:
Eras mi solo consuelo,
Eras mi mejor amigo;
Contigo partí mi lecho,
Mi seno te dí por nido...
Noches enteras pasaste
En mi regazo dormido;
Y apenas rayaba el alba,
Me despertaban tus trinos:
Tú mis lágrimas veías,
Tú escuchabas mis suspiros,
A tí solo confié
El nombre del fementido...»
Así Flora se quejaba;
Mas vió en la rama de un mirto
Acariciando á su esposa

Al pintado pajarillo:
Envidia tuvo al mirarle;
Sintió su dolor mas vivo;
Y prorumpió en estas voces,
Dando un profundo gemido:
«Sé feliz, ave inocente,
Con tu esposa y con tus hijos;
Que no hay ventura en la tierra
Si está el corazon vacío!»

LA PERDIZ.

Cesa un instante siquiera,
Cesa, avecilla, en el canto;
Y no atraigas á los tuyos
Con tu pérfido reclamo:
El mismo dueño á quien sirves
Te arrancó del nido amado,
Te robó la libertad,
Te desterró de los campos;
Y por complacerle ahora,
De tanta crueldad en pago,
A tu esposo y á tus hijos
Tú misma tiendes el lazo.
La voz del amor empleas,
Brindas con dulces halagos,

Cuando la tierra y el cielo
A amar estan convidando;
Pero entre tanto escondida
La muerte acecha á tu lado,
Pronta á salpicar con sangre
Las bellas flores del prado...
¡Ay! deja al hombre cruel
Valerse de esos engaños;
Llamar con voz alevosa
Y vender á sus hermanos.

ANACREÓNTICA.

Pronto, zagalas, éa!
La lira, el tirso, el vaso:
Venderé mis cantares,
Si ofreceis dulce pago:
Por un beso, una copla;
Y dos por cada abrazo;
Y por abrazo y beso,
Si son á un tiempo, cuatro;
Mas si alguna hasta el bosque
Viniere á mi reclamo,
Sin madre, abuela, tia,
Ni importunos muchachos,
Le cantaré mas versos

Que hay flores en el prado,
Y arenas en el rio,
Y luces en los astros.

ENIGMA.

Amor manda cuando ruega,
Vé con los ojos vendados,
Brinda paz y da cuidados,
A un tiempo concede y niega.
Busca delicias fugaces,
Y halla continuos desvelos;
Se atormenta con los celos,
Y se cansa con las paces.
Le ablanda el duro desden;
Le irrita el humilde ruego;
En nieve le trueca el fuego;
Con daño compensa el bien.
Es cual niño veleidoso,
Y cual pájaro fugaz;
Si callar debe, locuaz;
Y cuando hablar, silencioso:
Vario cual tarde de Abril,
Que el sol brilla y se oye el trueno,
Quédase el cielo sereno,
Y núblase veces mil:

Amor se abate y se engrie,
Ya receja y ya adelanta,
Busca y huye, gime y canta,
Sufre y goza, llora y rie;
A la par quiere y no quiere,
Se enoja y se desenoja,
Vase, vuelve, tira, afloja,
Nace, crece, vive, muere....
¿Quién tendrá el arte ó poder
De sondear esté abismo;
Quién, Amor, cuando tú mismo
No te puedes comprender?

VENUS Y LOS AMORES.

EL NACIMIENTO DE VENUS.

En el seno de una concha,
Como en Oriente la perla,
Nació la Diosa que anima
El cielo, el mar y la tierra:
Rizando en torno la espuma,
Mil Cupidillos la cercan,
Y al leve carro de nácar
Uncen dos tórtolas bellas;
El iris de cien colores

Sobre sus sienes despliegan,
Y al mismo tiempo en los astros
Lució su brillante estrella.
En coro á la Diosa aclaman
Los Tritones y Nereidas,
De coral la sien ceñida,
Libres al viento las trenzas:
En tanto que los Amores
Sobre los delfines juegan,
Y por donaire á las Ninfas
Salpican pech o y cabeza.
Unos á nado las siguen;
Otros en torno revuelan;
Y alguno mas atrevido
Cálase al fondo tras ellas....
Mas por descuido ó malicia
La antorcha en la mano lleva,
Que en vez de apagar su llama,
Dentro del mar centelléa:
Arden las inquietas olas;
Arde la profunda arena;
Y de vivientes sin fin
La inmensa region se puebla.

EL SUEÑO DEL AMOR.

De cristal en frágil cuna
Duerme el niño ceguezuelo,
Con la sonrisa en los labios
Y la congoja en el pecho.
Bésalo al lado su Madre;
Las Gracias le estan meciendo;
Y el Pudor por resguardallo
Le cobija con su velo:
Pero traidores le acechan
Los cuidados y los celos;
Y apenas duerme un instante
Cuando suspira despierto.

EL DESPIQUE DE VENUS.

Ven, acude, cefirillo,
Donde mi Lesbia reposa,
De manso arroyo al murmullo,
De verde sauce á la sombra:
Con ala tímida oréa
Su pecho y su faz hermosa,

Y con tu plácido aliento
Espira en su dulce boca.
Densa turba de Amorcillos
Revuela en torno y la ronda,
Como un enjambre de abejas
Al rededor de una rosa:
Cual en su cándido seno
Rojos claveles deshoja;
Cual prende sus rubias trenzas
Con jazmines y violas;
Uno, las alas plegando,
Sobre una rama se posa,
Al leve peso la inclina
Y el gallardo cuerpo toca;
En tanto que otro á las Gracias
De Venus las galas roba,
Y el breve talle de Lesbia
Con el ceñidor adorna....
Pero celosa su Madre
Al punto venganza toma;
Y con la misma lazada
Allí al Amor aprisiona.

EL AMOR Y LA SENSITIVA.

Por los jardines de Páfos
Iba Amor buscando yerbas,
No para sanar heridas,
Para enherbolar sus flechas;
Cuando oculta entre las flores
A la sensitiva encuentra,
Rizada como las plumas
Que el Dios en sus alas lleva.
Atrevido fue á tocalla,
Y tímida se repliega;
Le aplica el rapaz sus labios,
Y ella sus hojas le cierra:
Una vez y otra porfía;
Le hechiza la resistencia;
Y por la púdica planta
Las flores mas lindas deja.

EL CASTIGO DEL AMOR.

Revolando bullicioso
En los árboles de Gnido,
Amor asustó en mal hora
A Marte y Venus dormidos:
En vano el Dios intercede
Por el imprudente niño;
Su Madre esta vez al menos
Resuelve darle castigo.
Con un cendal delicado
Vendarle los ojos quiso;
Pero sus ojos brillaban
Por entre el cándido lino:
Las tiernas alas le corta
Para tenerle sumiso;
Y otras plumas le nacian,
Y de colores mas vivos:
Tentó con tallos de flores
Echarle á la planta grillos;
Pero las aves del cielo
Los tronchaban con el pico.
Impacientóse la Diosa
Con la sonrisa del hijo,
Y en una dorada jaula
Dejó al infeliz cautivo:

Entonces fueron los llantos,
Que daba lástima oirlos;
Y á su reclamo acudió
La bandada de Amorcillos:
Desgajan unos la rama
De que estaba suspendido,
Y por romper sus prisiones
Luchan otros con ahinco...
Pero ya Venus y Marte,
Del bosque en lo mas sombrío,
Nuevo lecho preparaban
Por el deleite mullido:
Enlazábanse sus brazos;
Se mezclaban sus suspiros;
Y de haberlos despertado
Gracias daban á Cupido.

EL NIDO DE LOS AMORES.

En lecho de mirto y rosas
Arrullando está Dione
Una turba de Amorcillos,
Cual nido de ruiseñores.
Muestran los recien nacidos
Condicion tímida y dócil;
Mas baten las tiernas alas,

Y ya á volar se disponen:
Remedan unos el llanto,
Para ablandar corazones;
Mientras adormidos otros
Fingen que ni ven ni oyen.
Los grandezuelos descubren
Mas dañadas intenciones,
Y en vez de inocentes juegos,
Aguzan flechas y harpones;
Pero con doble malicia
Las armas visten de flores,
Y doran la aguda punta
Que el letal veneno esconde.
Solo el mas gentil de todos
Aljaba y arco depone,
Y en vaso espumoso forma
Leves pompas de colores:
A su blando soplo ascienden,
Y céfiro las acoge,
Del cielo el iris retratan,
Brillan, vuelan, y se rompen...
«¡Ay cuitadilla de mí,
(Dijo suspirando Cloris):
Venid, zagalas, y ved
La imágen de mis amores!»

LA MANSION DEL AMOR.

Red en los árboles veo;
Liga en la yerba sentí....
O me engaña mi deseo,
O el Amor se hospeda aquí.
¿Quién ha mecido estas flores?
¿Quién ha libado su miel?
Es un enjambre de Amores,
Que revuela en el verjel.
En medio va mi zagala,
Y á porfía la enamoran:
Venus misma no la iguala,
Y ellos cual madre la adoran.
Entonan himnos suaves,
Y al mirarla se embelesan;
Y les responden las aves,
Y con los picos se besan.
La vid al álamo enlaza,
Y hasta su copa se eleva;
Al olmo la yedra abraza;
El aura semillas lleva:
No hay flor que no ame á otra flor;
No hay ser que el amor no inflame;
No hay ave que á otra no llame
Al dulce nido de Amor.

Al Amor todo convida:
Amor da al hombre consuelo;
Amor al mundo da vida;
Aman la tierra y el cielo.
¿Quién da á la Aurora
Luz y rocío,
Galas á Flora,
Mies al estío,
Y al bosque umbrío
Pompa y verdor?...
Solo el Amor.
Y por los huecos
Vuelven los ecos:
Amor... Amor!
¿Quién el sustento
Conduce al nido?
¿Quién puebla el viento
Y el mar tendido?
¿Al firmamento
Quién da esplendor?...
Solo el Amor.
Y Venus bella
Desde su estrella
Repite: *Amor!*

LA MUERTE DE ADONIS.

«Hijos del alma,
Llorad, Amores;
Finó mi dicha,
Murió mi Adonis:
Siempre en mi labio
Suena su nombre;
Vuélvelo el eco,
Y él no responde...
¿Dó estás, bien mio,
Dónde te escondes,
Que de tu amada
La voz desoyes?
Ven á mis brazos,
No me abandones;
Yo dejé el cielo
Por tus amores:
Tuya mi gloria,
Tuyos mis dones;
Celos y envidia
Diste á los Dioses!
En tu regazo
Me vió la noche;
Sin voz ni aliento
La aurora hallóme;
Aun reclinadas

Estan las flores;
Tu hermosa huella
Aun se conoce:
Ven, amor mio,
Ven á mis voces,
Antes que el llanto
Mi aliento ahogue!"...
Así Venus afligida
Clamaba en busca de Adonis,
Que exánime y desangrado
Yace á la falda de un monte:
Trémula llega la Diosa;
A su amado reconoce;
Y respirando en sus labios,
Quiere que á la vida torne.
Mas ya la barca fatal
Apresta el duro Caronte,
Y del Tártaro al abrirse
Crujen las puertas de bronce:
En turba al mancebo aguardan
Las Sombras de sus mayores;
Y por los cóncavos senos
Lúgubre cancion se oye:
«Ya el lago cruza,
Ya llega el jóven,
Que mas hermoso
No lo vió el orbe;
Al pie de un trono

Nació entre flores;
Creció colmado
De ricos dotes;
¿Pero qué vale
Su escudo al hombre,
Cuando la Muerte
Descarga el golpe?
Al bello príncipe
Llora Dione,
Faunos y Ninfas,
Gracias y Amores;
Mas hasta el límite
De estas regiones
Ni el eco llega
De sus clamores!»
Con gozo feroz las Parcas
El lúgubre canto acogen;
Como las aves siniestras
Ven de una lid los horrores:
Y en tanto cien Cupidillos
Cercan el cuerpo de Adonis,
Y con las alas enjugan
La sangre que aun tibia corre.
En señal de eterno luto,
Los arcos y flechas rompen;
Y sus cabellos cortando,
Los funerales disponen:
Al bello garzon reclinan

En lecho ornado de flores,
Queman aroma sabéo,
Vierten esencias y olores;
Y Céfiro, á ruego suyo,
El blando aliento recoge,
Y de sus arpas eólias
Saca tristísimos sones.

LA BODA DE PORTICI. (*)

ESPOSO.

«Ven, cara Esposa, ven al nupcial lecho,
Por el Amor mullido
Para labrar su nido!
Présago el corazon late en mi pecho;
Tu dulce aliento aspiro;
Tu hermosa imágen veo;
Dudo, temo, deseo;
Ni aliento ni respiro;
Y trémulo de ardor y de esperanza,
Oigo el canto nupcial: *ven, Himeneo*!....
¿Quién en el mundo alcanza
Tan soberano bien? En dulces lazos

(*) Pueblo deleitoso, á pocas leguas de Nápoles y en las inmediaciones del Vesubio: hállase labrado cabalmente sobre la antigua ciudad de Herculano, que por alguno que otro punto aun se descubre soterrada.

Mil veces, Laura mia,
Te estrecharé en mis brazos
Y gustaré en tus labios la ambrosía;
Me llamaré tu dueño,
Y guardaré tu sueño,
Reclinada la sien sobre las flores
Que yo mismo cogí con mil amores...
Mas ¡ay! que aun hora mismo el alma anubla
El triste pensamiento
Que enturbió en aquel punto mi contento:
En el verjel cercado,
De mi padre heredado,
Junto á un lecho de césped y de rosas,
Cual tú frescas y hermosas,
La boca descubrí de horrenda sima,
Que al vella pone grima;
Y el techo divisé de una morada
Bajo lava y escombros sepultada...
¡Quién sabe si otro tiempo
El dueño de este asilo
Vivió alegre y tranquilo,
De dulces bienes lleno,
De su esposa en el seno,
Y allí la muerte dura
Apagó con un soplo su ventura!...
Tal vez el infeliz la juzgó eterna,
Y eterna fé sincero prometia;
Y de su esposa tierna

Iguales juramentos recibia,
Cuando tembló la tierra
Que en sus entrañas al volcan encierra;
Corrió la lava ardiente,
Cual férvido torrente;
Y el lecho y el hogar y el pueblo junto
Despareció en un punto....
¿Mas por qué, Laura mia,
Con tan fúnebre imágen me atormento,
Cuando el alma no basta al sumo gozo
Que me espera en un hora, en un momento,
Cuando á mi lado estático te admire,
Y te estreche en mi seno palpitante,
Y en tu regazo de placer espire!»

POETA.

Enmudeció el Esposo: y mas cercano
Suena el canto nupcial, poblando el viento
De júbilo y contento:
Un coro de doncellas,
Mas que las Gracias bellas,
Por la espalda flotando el blanco velo,
De flores y arrayan cubren el suelo;
Y con mano sostienen cariñosa
El paso incierto de la tierna Esposa.
Síguenla las matronas
Con ramos y coronas,
Premio de la virtud y la hermosura;

En tanto que una lágrima indiscreta
Muestra á la turba inquieta
De una madre el afan y la ternura.

CORO DE DONCELLAS.

Cual nieve cándida
Brilla á la aurora,
Si el sol la dora
Con su esplendor:
La vírgen tímida
Mas pura brilla,
Si su mejilla
Tiñe el pudor.

CORO DE MATRONAS.

Con leve púrpura
Nace la rosa,
Crece medrosa,
Da escaso olor;
La besa el céfiro,
Sus hojas riza,
Y la matiza
Tierno el amor.

POETA.

Mientras sonaba el alternado acento,
Sus alas plegó el viento;
La mar clara y serena

Dormíase en la arena;
Y luces de colores en guirnaldas
De los copados árboles pendian
Y al aire blandamente se mecian...
Amor la dulce calma y noche pura,
Amor tanta hermosura,
Amor el firmamento
Con estrellas sin cuento,
Amor el aura espira,
Y amor y solo amor todo respira.
Mas ya llega festiva
La turba alegre y viva;
Y un coro de zagalas y pastores
Mueve la leve planta entre las flores:
El galan se acerca,
Y á su amada cerca;
Ya tímido cede,
Duda y retrocede;
Ya nueva esperanza
Le anima, y avanza;
Mas luego se humilla,
Dobla la rodilla,
Y ablanda el desden
De su dulce bien.
La linda zagala
Ostenta su gala,
Con posturas mil
Del cuerpo gentil:

Ora á dulces lazos
Brinda con sus brazos;
Ora se retira;
Ora en torno gira;
Tan rápido el pie
Que apenas se vé...
Mas el fino amante
La sigue constante;
Ni un punto sosiega,
La estrecha, le ruega;
Temores, deseos,
Dulces devaneos,
Y riñas fugaces,
Y treguas y paces,
Y grato favor
Muestra allí el amor...
Pero en tanto que crúzanse veloces
Los licenciosos brindis de Liéo,
Y el aire pueblan las alegres voces:
Ven, Himeneo, ven!... ven, Himeneo!...
Una zagala hermosa,
De su amante celosa,
Del concurso se aleja y torna acaso
La vista hácia el ocaso;
Del Vesubio en la cima descubriendo
Negra columna que á los cielos sube,
Cual tenebrosa nube...
Se aterra, corre, grita;

Y al seno del festin se precipita.
  Súbito cesa el canto:
Al júbilo, á la danza, á los amores,
Sucede negro espanto;
Como en ardiente estío
Repentina tormenta
Inunda el campo y el ganado auyenta.
Entre la densa turba desaladas
Buscan las madres á sus tiernos hijos;
Grita la hermana en vano
El nombre del hermano;
Corre la esposa en brazos del esposo;
Y del tropel medroso
La fuga y los clamores
Redoblan de la noche los horrores.
«¿Dónde estás, Laura mia,
(Frenético Lisardo repetia):
Ven á mis brazos, ven; y si la suerte
Nos condena á la muerte,
Un instante siquiera
En mi seno te estreche, y luego muera!»
Así clamaba al cielo
Con triste desconsuelo,
Sin hallar rastro ó huella
De la amada doncella,
Que pálida y sin vida
En la arena cayó desvanecida.
  Al lado está su madre,

Sola su madre en la desierta orilla;
Y en su regazo á la infeliz sustenta,
Y de pavor no alienta;
Llora, solloza, gime,
Y tiernos besos en su frente imprime;
Mientras desciñe con sensible anhelo
Las mustias flores y el ajado velo.

Cual estátua de mármol reclinada
Sobre la tumba helada,
Así aparece Laura desde lejos,
De la pálida luna á los reflejos;
Cuando la vé su esposo,
Y vuela presuroso,
Y acude, acorre, llega,
Y á su dolor se entrega;
Siendo su pena tanta
Que se anudó su voz en la garganta.
Cien veces y otras cien la mano ardiente
Lleva á la yerta frente;
Se inclina al bello rostro, observa, mira
Si su amada respira;
Y en su ciego delirio casi toca
Los labios con su boca...
Mas en el punto mismo
Volvió Laura del largo parasismo;
A tiempo que la Aurora,
El pavoroso anuncio disipando,
Daba al mundo su luz consoladora.

CANCION DEL CAUTIVO.

Crura sonant ferro, sed canit inter opus.
TIBULO.

Así el cautivo entre cadenas canta.
LOPE DE VEGA.

Mientras miraba
Como peinaba
La mar serena
La leve arena
De Africa altiva,
Triscar festiva
Ví una doncella,
Donosa y bella;
El pie liviano,
Breve la mano,
Nevado el cuello,
Rubio el cabello...
Y olvidando mi pena,
El peso no sentí de la cadena.
Tierno la miro,
Triste suspiro,
Y susurrando
Céfiro blando
El sordo ruido
Lleva á su oido:

Torna asustada
La faz rosada;
Mírame altiva;
Húyeme esquiva;
Seguirla intento,
Fáltame aliento...
Y al pie veloz enfrena
El grave peso de la atroz cadena.
¡Oh ilusion fiera!
La imágen era
De mi querido
Dueño perdido,
Que me fingia
La fantasía;
Y Amor me dice:
«Sigue, infelice,
Sigue su huella,
Lograrás vella...»
Y Eco retumba:
«Ni aun en la tumba;
Que el hado te condena
A morir con la bárbara cadena.»
Cancion, advierte
Mi humilde suerte,
Y al duro cielo
No alces el vuelo:
Tu ala rastrera
Cruce ligera

La mar salada;
Busca á mi amada,
Díle que vivo
Triste y cautivo;
Que el dulce canto
Trocóse en llanto...
Mas su nombre resuena
Al ronco son de la fatal cadena.



PARTE SEGUNDA

Jam veniet tenebris mors adoperta caput.

Tib.º Eleg.ª 1.ª

LA SOLEDAD.

Unico asilo en mis eternos males,
Augusta soledad, aquí en tu seno,
Lejos del hombre y su importuna vista,
Déjame libre suspirar al menos :
Aquí, á la sombra de tu horror sublime,
Daré al aire mis lúgubres lamentos,
Sin que mi duelo y mi penar insulten
Con sacrílega risa los perversos,
Ni la falsa piedad tienda su mano,
Mi llanto enjugue y me traspase el pecho.
Todo convida á meditar : la noche
El mundo envuelve en tenebroso velo;
Y aumentando el pavor quiebran las nubes
De la luna los pálidos reflejos :
El informe peñasco, el mar profundo
Hirviendo en torno con medroso estruendo,
El viento que bramando sordamente
Turba apenas el lúgubre silencio,
Todo inspira terror, y todo adula
Mi triste afan y mi dolor acerbo.
La horrible magestad que me rodea
Lentamente descarga el grave peso
Que mi pecho oprimió : por vez primera

Se mezclan mis sollozos á mis ecos,
Y apiadado el destino da á mis ojos
De una mísera lágrima el consuelo...
Llanto feliz! Cual bienhechor rocío
Templa la sed del abrasado suelo,
Calma la angustia, la mortal congoja
Con que batalla mi cansado esfuerzo;
Y en plácida tristeza absorta el alma,
No envidiará la dicha ni el contento.
Solo en el mundo, de ilusiones libre,
De vil temor y de esperanza ageno,
Encontraré la paz que vanamente
Me ofreció con su mágia el universo.
¿Qué importa que á mi planta mal segura
Aun falte tierra en que estampar su sello,
Y al carcomido escollo amenazando,
Me estreche el mar en angustioso cerco?
¿No me basto á mí mismo? ¿No me es dado
Alzar mis ojos sin pavor al cielo,
Sentir mi corazon que quieto late,
Y el mundo contemplar con menosprecio?
Yo ví en la aurora de mi edad florida
Sus encantos brindarse á mis deseos:
Gloria, riquezas, cuantos falsos bienes
Anhela el hombre en su delirio ciego,
En torno me cercaron: oficiosa
La amistad redoblaba mi contento;
La pérfida ambicion me sonreía;

Me brindaba el amor su dulce seno...
Temí, temblé, me apercibí al combate,
Demandé á mi razon su flaco esfuerzo;
Y apenas pude en afanosa lucha
Rechazar tanto hechizo lisonjero.
¡Qué fuera, ó Dios, si al rápido torrente
Yo propio me arrojára! En presto vuelo
Pasaron cinco lustros de mi vida,
Y el cuadro encantador huyó con ellos;
Huyó, volví la vista, lancé un grito...
Y en vez de flores encontré un desierto.

EL ÁRBOL DE LA ESPERANZA.

Al pie nace de una cuna
El árbol de la esperanza;
Y al son del viento se mece,
Frágil cual trémula caña:
Solo un instante por dicha
Manso el céfiro le alhaga,
Que el cierzo helado lo seca,
Y el austro ardiente lo abrasa.
Crece, da vistosas flores,
Y el fruto rara vez cuaja:
Cual tierna flor del almendro
Muere por nacer temprana.

Cuanto mas alto se encumbra,
Mas peligros le amenazan;
Como el cedro que descuella
Los rayos del cielo llama.
Reposa el águila altiva
En su copa soberana;
Mientras insectos traidores
Estan royendo su planta:
Hondas echa las raices;
Lejos extiende sus ramas;
Y apenas da escasa sombra,
La Muerte su tronco tala.

EL RELOX DE ARENA.

¡Cuán rápida desciende
La arena ante mi vista;
Y cada leve grano
Lleva un mísero instante de mi vida!...
Tardos los juzga el Tiempo,
Y el curso precipita,
Y el frágil vidrio estalla
Entre las manos de la Muerte impía:
Al viento arroja el polvo
Con bárbara sonrisa;
Y amor, gloria, ilusiones

Al borde de la tumba se disipan...
  ¿Dónde voló mi infancia,
Mi juventud florida,
Mis años mas dichosos,
Mis gustos, mis encantos, mis delicias?
  Todo pasó cual sueño;
Todo finó en un dia,
Cual flor que al alba nace
Y al trasmontar del sol yace marchita.
  Mi corazon sensible
A la piedad divina,
A la amistad sincera,
Del amor á las plácidas caricias,
  Abrió su incauto seno,
Exento de perfidia;
Y la maldad proterva
Clavó con sangre en él duras espinas...
  ¿Por qué, decid, crueles,
Desgarrais tan aprisa
La venda de mis ojos,
Que el fementido mundo me encubria?
  Amar es mi destino,
Amar mi bien, mi dicha;
El cielo bondadoso
Para amar me dió un alma compasiva:
  Si aborrecer es fuerza,
Trocad el alma mia;
Que el odio y la venganza

En mi pecho jamas tendrán cabida...
  Así, Dios de clemencia,
Mis súplicas recibas
Con tu piedad, y enjugues
Las lágrimas que riegan mis mejillas!

LA MUERTE.

Al borde está de una tumba
La inexorable deidad,
Mal ceñido el negro manto,
Lívida la horrenda faz,
Y la planta descarnada
Sobre una corona real:
En tablas de bronce y mármol,
Carcomidas por la edad,
Apoya el brazo siniestro
Con terrible magestad,
Y la historia de cien siglos
Debajo borrada está.
Reina en torno hondo silencio,
Destruccion y soledad,
Como en el Averno Lago
En que hasta el aire es letal,
Ni al rededor nace yerba,
Ni osan las aves volar.

Ante sus ojos perenne
Arde una luz funeral,
Cual si la densa tiniebla
Luchase por disipar;
Mas apenas la vislumbra
Entre sombras el mortal,
Cuando su débil reflejo
Se pierde en la eternidad!

AL SUEÑO.

Unico alivio del mortal infausto,
Bálsamo dulce del herido pecho,
Vén, blando Sueño, y mis cansados ojos
Lánguido cierra!
Vén, y cobija con tus graves alas,
Dios silencioso, mi apartado lecho,
De amor un tiempo venturoso nido,
Mísero ahora.
Goce adormido en tus tranquilos brazos,
Al son del viento que las hojas mueve,
O al sordo ruido de lejana lluvia,
Plácida calma.
La hermosa imágen de mi dueño ausente
Miren mis ojos y mis brazos ciñan;
Y el dulce néctar de su dulce boca
Avido beba.

Ni oscura sombra ni mortal gemido
Turben, ó Sueño, mi feliz descanso;
Ni de mi frente en el beleño escondas
Aspero abrojo.

MIS PENAS.

SONETO.

Pasa fugaz la alegre primavera,
Rosas sembrando y coronando amores;
Y el seco estío, deshojando flores,
Haces apiña en la tostada era:
Mas la estacion á Baco lisonjera
Torna á dar vida á campos y pastores;
Y ya el invierno anuncia sus rigores,
Al tibio sol menguando la carrera.
Yo una vez y otra vez ví en mayo rosas,
Y la mies ondear en el estío;
Ví de otoño las frutas abundosas,
Y el hielo estéril del invierno impío;
Vuelan las estaciones presurosas...
¡Y solo dura eterno el dolor mio!

INSCRIPCION

PARA EL SEPULCRO DE UN EMIGRADO.

Detente, amigo, y dí: *blanda y ligera*
Esta tierra te sea.... si es que puede
Serlo nunca jamas tierra extrangera.

LA MADRE DESVENTURADA.

Junto al tronco que hirió el rayo
Está la infeliz Dorila,
Y en el aciago torrente
Clavada tiene la vista.
Al hijo de sus entrañas
Perdió la triste en mal dia,
Recuerdo de un caro esposo,
Su único bien y delicia:
Y de entonces la cuitada
Ni sosiega ni respira,
Secos de llorar sus ojos,
Su débil razon perdida.
Ya errante vaga en los bosques,
Como cierva fugitiva;
Ya inmóvil yace en la yerba,
Sin dar señales de vida:

Alzase luego azorada;
Huye, vuelve, corre, grita;
Acusa al cielo y la tierra;
Desgarra pecho y mejillas...
Mas tal vez ilusion breve
Da tregua á su amarga cuita;
Teje una cuna de mimbres,
Y vivo al hijo imagina;
Sobre la grama le mece,
Con frescas flores le brinda,
Y cariñosa le arrulla
Con esta cancion sentida:
«Duerme, tierno niño,
Duerme, dulce amor,
Mientras con las ramas
Te guardo del sol:
La rosa de mayo
Te envidia el color;
Los rubios panales
Tan rubios no son....
Duerme, tierno niño,
Duerme, dulce amor,
Alivio y consuelo
De mi corazon:
Por tí, hijo del alma,
Por tí vivo yo;
Así desde el cielo
Te bendiga Dios!"....

Un quejido dió la triste
Que el pecho se le partia;
Y cuajáronse en sus ojos
Las lágrimas suspendidas:
Otra vez corre al torrente,
Causador de su desdicha;
Y con la cuna en los brazos
Al fondo se precipita.

CANCION GUERRERA

con motivo del levantamiento de los griegos.

Nobles hijos de Esparta y de Atenas,
De la Patria la voz escuchad;
Y rompiendo las viles cadenas,
Del combate las armas forjad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

¿No mirais á esos fieros tiranos
Al nacer vuestros hijos sellar,

Aherrojar vuestros padres y hermanos,
Vuestro lecho y amor profanar?

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

Vuestro campo á otro dueño da fruto;
A otro dueño labrais vuestro hogar;
Y pagais vergonzoso tributo
Porque el aire podais respirar.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

El infiel prorumpió en su venganza:
«De mis siervos el Dios dónde está?...
Con blandir en el aire mi lanza,
Al amago en el polvo caerá.”

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

Sangre inunda las aras divinas;
Sangre miro los campos regar;
Sangre empapan las tumbas y ruinas;
Sangre corre en la tierra y el mar.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad;
O libertad!

¿Qué tardais?.. Al combate, á la gloria!
No hay ya medio; ó morid ó triunfad:
Si os negáre el laurel la victoria,
Del martirio la palma alcanzad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,

De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

¡Oh portento! En los cielos ya brilla
Del Señor la gloriosa señal:
Del infiel se tronchó la cuchilla;
Y ceñís la corona inmortal.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

DISCURSO MORAL

SOBRE LOS LÍMITES DE LA RAZON HUMANA.

¡Cuán grande, Aurelio, se presenta el hombre,
No de indignas pasiones vil esclavo,
Como el cautivo en la africana costa
Al suelo con cien grillos amarrado,
Sino libre y audaz, con noble orgullo
Las alas de su mente desplegando,
De recorrer ansioso en raudo vuelo
La tierra, el cielo, el tiempo y el espacio!...
Al par abarca la creacion inmensa:
Sigue veloz el curso de los astros;
Puebla el mar, surca el aire, el globo mide;
Nueva senda al oriente busca osado;
Y apenas la descubre, otra ambiciona,
Y encuentra un mundo en el opuesto ocaso.
Aun aquellos estudios, caro amigo,
Que el ignorante vulgo juzga vanos,
Quizá en su seno la semilla encierran
De los frutos mas ricos y preciados;
Cual nacer suele corpulenta encina
De ruin bellota que arrojó el acaso.
El que observó la fuerza y el impulso
De impalpable vapor encarcelado,
Las alas de los vientos dió á la industria,

Movió sin ellos las pesadas naos;
Y otro débil mortal, en pobre albergue
De la ciega fortuna desdeñado,
Al sacar de un cristal leve destello,
Desarmó al cielo y le arrancó su rayo.
En nuestra propia edad, con nuestros ojos
Tales portentos vemos: asombrados
El campo contemplamos recorrido
Desde la infancia del linage humano;
Y otro mayor, sin límites, inmenso,
Mas allá de los siglos columbramos!
¿Te envaneces, Aurelio?... Un breve instante
Repliégate en tí mismo; y si te es dado
Un misterio sondar, uno tan solo
De tantos y tan íntimos arcanos
Como en el hombre mísero se encierran,
De tu débil razon muéstrate ufano.
¿Quién piensa en tu interior? ¿Qué fuerza mueve
Tu voluntad, tu cuerpo, un solo brazo?
¿Dónde se alberga tu memoria? ¿En dónde
Su imágen graban los objetos varios
Que te circundan? La vejez, los males,
¿Cómo van el reflejo amortiguando
De ese ser inmortal, hijo del cielo,
Que no cabe del mundo en los espacios?
¿Dó estaba, al nacer tú? ¿Cómo á tus miembros
Unirse pudo en tan estrecho lazo?
¿Quién lo desata luego? ¿A dónde vuela,

Del sepulcro los límites salvando?...
  Yo tambien, como tú, mancebo un dia
De altivo pecho y corazon hidalgo,
Mi incomprensible ser penetrar quise,
De mi ciega ignorancia sonrojado:
Demandé á la razon su opaca antorcha,
La empuñé audaz, precipité mis pasos;
Mas al bajar á tan profundo abismo,
Faltóle el aire y se apagó en mi mano.
  No empero desistí del loco empeño:
De mi flaca razon desconfiado,
Nueva senda tenté; recorrí ansioso
Las ruinas de cien pueblos celebrados;
Removí los escombros de los siglos,
El tesoro buscando de los sabios;
Y en pórticos, en templos, en licéos,
Solo encontré ceniza y polvo vano.
  Una noche... (recuérdolo ya apenas,
Y aun me infunde tristeza el recordarlo)
Libre dejé vagar mi fantasía
Por lejanas regiones: de los magos
La oscura ciencia, como el mundo antigua...
El saber del Egipto, al vulgo insano
Vedado siempre, y con teson y audacia
Desde el Nilo á la Grecia trasplantado....
Roma pidiendo humilde á los vencidos
Leyes, aras, doctrinas... de Bizancio
Hirviendo el seno en frívolas disputas,

Mientras sus puertas rompe el otomano...
Error, delirio, vanidad, miseria,
El imperio del mundo disputando;
Y siempre el hombre, deslumbrado, ciego,
Corriendo tras un triste desengaño...
Al grave peso, á la mortal angustia,
Mi mente se rindió; torpe letargo
Se apoderó de mis cansados miembros;
Y aun zumbaba en mi oido un rumor vago,
Como al huir la horrísona tormenta
Retumba el trueno en el confin lejano.
«Oid la verdad, mortales!... Calla, aleve!
Yo la encontré!.. Yo solo!.. Error!.. Engaño!...
Segúidme!.. Vedla aquí!.. Muera el impío!...
Lejos, lejos del templo los profanos!...»
Y entre el ronco clamor gritos de muerte,
Y en la oscura tiniebla serpeando
Relámpago fugaz, que no alumbraba,
Y abrasaba los pueblos y los campos.
A las discordes voces y alaridos,
Al confuso tropel, á los estragos
Que con mis propios ojos ver creía,
Me faltó el respirar; secos mis labios,
En vano clamar quise: «deteneos;
Infelices, ¿qué haceis? ¿No sois hermanos?»
Ellos en su delirio proseguian;
Y al abismo bajaban despeñados
Los unos tras los otros, cual las olas

Se estrellan contra el límite vedado.
  Mas al fin, en las márgenes del Sena
De clara aurora el resplandor brillando,
Una sonora voz anunció al mundo
De la razon el siglo fortunado:
Grata esperanza rebosó en los pechos;
Olvidó el hombre su penar amargo;
Y esperó ansioso libertad, ventura,
Cual blanda lluvia los sedientos campos.
¡Vana ilusion! Usurpan las pasiones
De la razon el cetro soberano;
Y apiñando cadáveres y escombros,
En vez de altar le erigen un cadalso.
De víctimas culpadas ó inocentes
Allí corre la sangre en holocausto;
Y los mismos verdugos se proclaman
De la razon pontífices sagrados:
«*No hay Dios* (gritan impíos); *en la tumba*
La nada envuelve al justo y al malvado...»
Y al descargar la bárbara cuchilla,
Feroz sonrisa horrorizó en sus labios.
  Déjame al menos, deja que respire...
¡Ay! Tú no has sido, Aurelio, desdichado;
No sabes, no, qué bálsamo es al alma
El consuelo de un Dios, que seque el llanto
De tus ojos, que escuche tus suspiros,
Cuando te ves del mundo abandonado!
¿Gimes solo? El te vé; su acento es ese

Que responde á tu acento; él con su mano
Tus hierros aligera; él te sostiene
En el mismo suplicio... Y si al amago
De la muerte vacila tu constancia,
Y atras vuelves el rostro con espanto,
El ofrece piadoso á tu inocencia
Eterna paz, inmarcesible lauro,
Una patria mejor... donde no alcanza
El brazo ni la voz de los malvados.

FANTASÍA NOCTURNA.

«Para mí da la tierra tantos frutos;
Nada el pez, pace el bruto, el ave anida;
Dos mundos ciñe el mar; luce la luna,
Alumbra el sol, y las estrellas brillan...»
Así en la humilde grama reclinado,
Vuelta al cielo la frente envanecida,
Soñaba el hombre, y de natura toda
Señor, árbitro y dueño se imagina.
En la copa de un álamo cercano
Un águila caudal posaba altiva;
Tal como ardiendo el rayo entre sus garras
Al pie de Jove se ostentára un dia:
»¿Quién como yo? (con su ademan clamaba)
Las aves por su reina me apellidan:

Si me place abatirme hasta la tierra,
Cruzo de un vuelo la region vacía;
Y el rumor de mis alas al ganado
Y al mísero pastor atemoriza:
Si me place, remóntome hasta el cielo;
Clavo en el sol la penetrante vista;
Y la nube que aterra al débil hombre
Miro bajo mi planta suspendida.»
Al pie del árbol mismo, entre la yerba,
La luciérnaga apenas relucía;
Mas no menos sus títulos de gloria
Recordaba á la par desvanecida:
«Los prados me dió el cielo por recreo,
Las flores por morada y por delicia;
Para mí sola el céfiro las abre,
Las tiñe el sol, y el alba las rocía:
Me apaciento en la tierra como el bruto;
Las alas bato como el ave altiva;
Doy luz al hombre, que camina á ciegas;
Y alguna estrella mi esplendor envidia.»
Entre tanto los astros lentamente
Por el cielo su curso proseguian;
La tierra reposaba silenciosa;
El mar en la ribera se dormía...
Mas con un soplo el viento meció el árbol,
Y al águila ahuyentó despavorida;
Desgajóse una rama, y turbó el sueño
Del que señor del orbe se creía;

Y al miserable insecto hundió en el polvo
Una hojilla del árbol desprendida.

LA TORMENTA.

¿Hubo un dia jamas, un solo dia,
Cuando el amor mil dichas me brindaba,
En que la cruda mano del destino
La copa del placer no emponzoñára?
Tú lo sabes, mi bien: el mismo cielo
Para amarnos formó nuestras dos almas;
Mas con doble crueldad, las unió apenas,
Las quiso dividir, y las desgarra.
¡Cuántas veces sequé con estos labios
Tus megillas en lágrimas bañadas,
Tus ojos enjugué, y hasta en tu boca
Bebí ansioso tus lágrimas amargas!
Con suspiros tristísimos salian
Mezcladas, confundidas tus palabras;
Y al repeler mi mano con latidos,
Tu corazon desdichas presagiaba...
Todas, á un tiempo, todas se cumplieron:
Y si tal vez un rayo de esperanza
Brilló cual un relámpago, el abismo
Nos mostró abierto á nuestras mismas plantas.
¿Lo recuerdas, mi bien? Morir unidos

Demandamos al cielo en noche aciaga,
Cuando natura toda parecia
En nuestro daño y ruina conjurada:
La tierra nos negaba hasta un asilo;
La lluvia nuestros pasos atajaba;
Bramaba el huracan; el cielo ardia,
Las centellas en torno serpeaban...
¡Ay! ojalá la muerte en aquel punto
Sobre entrambos el golpe descargára,
Cuando sin voz, sin fuerzas, sin aliento,
Te sostuve en mis hombros reclinada.
«Qué temes? Vuelve en tí; soy yo, bien mio;
Es tu amante, tu dueño quien te llama;
Ni el mismo cielo separarnos puede:
O destruye á los dos, ó á los dos salva.»
Inmóvil, muda, yerta, parecias
De duro mármol insensible estátua;
Mas cada vez que retumbaba el trueno,
Trémula contra el seno me estrechabas;
En tanto que por hondos precipicios,
Casi ya sumergido entre las aguas,
A pesar de los cielos y la tierra
Conduje á salvo la adorada carga...
Hora ¡ay de mí! por siempre separados,
Sin amor, sin hogar, sin dulce patria,
El peligro mas leve me amedrenta;
La imágen de la muerte me acobarda:
Ni habrá un amigo que mis ojos cierre;

Veré desierta mi fatal estancia;
Y solo por piedad mano estrangera
Arrojará mi cuerpo en tierra estraña.

HIMNO SACRO.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

Tú diste luz al vasto firmamento,
Su asiento al mundo, su lindero al mar;
Su trono al sol, sus alas diste al viento;
Los cielos ves bajo tus pies rodar.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

Tu diestra vierte el aura y el rocío;
Conduce el trueno, el rayo en tempestad:
Da pompa á Mayo, y mieses al Estío,
Riqueza á Octubre, á Enero magestad.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad :
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

Sonó tu acento : y descubrióse el mundo.
Tus obras llenas de tu gloria estan;
La tierra, el aire, el fuego, el mar profundo
Augusta muestra de tu ciencia dan.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad :
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

Cual fuerte cedro encúmbrase el potente;
Su altiva cima al cielo toca ya :
Igual á tí proclámase insolente;
Moviste el labio...¿en dónde, en dónde está?

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad :
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

Estalla y cruje un polo y otro polo
Al dar el Angel la postrer señal:
Quedó el sepulcro despoblado y solo;
Revivió el polvo y se tornó inmortal.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

Jehová!.. Jehová!.. Los cielos se estremecen;
Cercado está de fuego y magestad:
Mil siglos, mil, á un soplo desparecen...
El tiempo fue: nació la eternidad.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

DISCURSO MORAL

SOBRE LA PAZ DEL ÁNIMO.

¿Oyes ese rumor de ciega plebe,
Que inquieta hierve en pórticos y plazas,
Mientras la envidia, el odio y la calumnia
Para saciar la sed sangre demandan?...
Del tribunal las puertas se estremecen,
Del tropel á las recias oleadas;
Y hasta en los mismos templos de los Dioses
Con ahullidos se invoca su venganza!...
En tanto reclinado sobre el lecho,
Reflejando en la faz la paz del alma,
A sus caros discípulos y amigos
Por la postrera vez Sócrates habla:
Uno en el manto la cabeza envuelve,
Para ocultar sus lágrimas amargas;
Mira otro al cielo y su injusticia acusa;
Y otro los ojos en la tierra clava.
Solo él tranquilo, plácido discurre;
La ingratitud perdona de su patria;
Y á sus fieles amigos aterrados
Consuela con dulcísimas palabras:
Mas allá del sepulcro ve un reflejo,
Que de su pecho alienta la esperanza;
Y con sereno rostro y labio puro

A la copa fatal la diestra alarga.
No son, Delio, los hierros mas pesados
Los que agena crueldad tal vez forjára;
Que libre el alma en la prision respira,
Y al justo los suplicios no acobardan:
Las cadenas mas graves y enojosas
Son las que el hombre con su mano labra,
Y esclavo de sus míseras pasiones
Con lento paso por el cieno arrastra.
Aquel mortal que aclama afortunado
El ciego vulgo en la soberbia estancia,
De mármoles bruñidos las paredes,
Los ricos muebles de luciente plata,
Tal vez envidia en la medrosa noche
El hondo sueño y la profunda calma
En que yacen sus siervos sumergidos,
Mientras á nuevo afan los llama el alba.
Sobre lecho de sándalo y de rosas,
En los brazos se mece de su amada
El muelle sibarita: en sus oidos
Resuena el eco de lejana flauta;
Y en vaga nube aromas del Oriente
Al rededor los aires embalsaman...
Mas solloza infeliz: las mismas flores,
Si se doblan sus hojas, le maltratan;
Y al apurar la copa del deleite,
Prueba las heces en el fondo amargas.
¿Imaginas acaso mas dichoso

Al que respira del favor el aura;
Y del poder alzándose á la cumbre,
Una turba de esclavos ve á sus plantas?
¡Qué ciego error! como traidora sierpe,
Para encumbrarse el pérfido se arrastra;
Y hasta en el seno que le diera abrigo
Acecha el corazon y el dardo clava:
Suspira, teme, gime, se estremece;
Su propia sombra cual rival le espanta;
Y hasta en los muros mismos del palacio
Su sentencia de muerte ve grabada.
¿Dónde presumes se encontró el modelo
De los rudos tormentos, penas, ansias,
Que del mortal la ardiente fantasía
En el profundo Tártaro soñára?...
La imágen de la tierra copió el hombre;
Y con pavor y asombro retratadas
Vió en vez de Furias las pasiones mismas
Que con eterno yugo le avasallan.
Este á colmar aspira con metales
Ancho tonel sin fondo; junto al agua
De sed espira aquel; voraz envidia
Está royendo á esotro las entrañas;
Mientras con vano afan á la ardua cumbre
Los mas conducen la pesada carga.
¡Cuán pocos, de su estado satisfechos,
Exentos de temor y de esperanza,
La paz del alma conservar procuran,

Cual sumo bien á que ninguno iguala!...
Solo en fácil y grata medianía
Disfruta el hombre dicha tan colmada,
Sin que el hado propicio le embriague,
Ni le rinda vilmente la desgracia:
En el lóbrego seno de honda mina,
De la tierra en las íntimas entrañas,
El esclavo infeliz alienta apenas,
Y su existencia, cual la luz, se apaga;
Mas si osado el mortal remonta el vuelo
Y en leve globo por los aires vaga,
En la etérea region se desvanece,
La vista pierde, el respirar le falta.
Yo tambien ¡ay de mí! débil juguete
Una vez y otra de la suerte varia,
Subí á las nubes y bajé al abismo,
Cual frágil nave en áspera borrasca;
Y al verme, Delio, solo y sin amparo,
Perdido el rumbo entre las ondas bravas,
La vista alzaba al cielo, y le pedia
Tranquilo puerto, venturosa calma.

EL HUÉRFANO.

Mientras el crudo diciembre
Arroja nieve y granizo,
Y del palacio las puertas
Conmueve el ábrego impio,
A su amparo en noche oscura
Se acoge un mísero niño,
Que abandonaron sus padres
Y no halla en el mundo asilo:
Ambas manos junto al pecho,
Tiembla de susto y de frio;
Y hasta el aliento le falta
Para demandar auxilio...
Jamas tuvo el inocente
Quien oyera sus suspiros,
Quien enjugase su llanto,
Quien le llamára su hijo!
En el hueco de unas rocas
Le hallaron recien nacido,
Sin mas protector que el cielo,
Ni mas padre que Dios mismo;
Solo Dios, que abre su mano
Para el tierno pajarillo,
Y hasta en el aura derrama
Las semillas y el rocío.

Huérfano desventurado,
No llores tan afligido;
Y llama á la misma puerta
Que hora te sirve de arrimo:
Llama otra vez, que su dueño
En blando lecho adormido,
En sueños vé los tesoros
Que conducen sus navíos;
Y no ha de ser tan cruel,
Que al escuchar tus gemidos
Te niegue un pobre sustento,
Te niegue un mísero abrigo.
«Amparad piadosos
A un niño infeliz;
Y Dios os lo premie
Mil veces y mil!
Solo y desvalido
¡Ay triste! nací;
Que mi propia madre
Me alejó de sí...
Si madre tuvisteis,
A Dios bendecid;
Y en memoria suya
Doléos de mí!
Nunca una palabra
Cariñosa oí;
Llanto de mis ojos
Por leche bebí...

Por Dios y su Madre,
Piadosos abrid;
Sino, á vuestra puerta
Me vereis morir!...»
Apenas estas palabras
Sollozaba el huerfanito,
Cuando dentro del palacio
Sonó de un can el ladrido:
Cien esclavos acudieron;
Y amenazaron al niño,
Si en mal hora el dueño adusto
Despertaba á sus gemidos.

EL SEPULCRO DE HINDELBANK (*).

Era una tarde de agosto,
Y ya el sol se iba escondiendo,
La alta cumbre de los Alpes
Dorando con sus reflejos,
Cuando á un valle no lejano
Bajé por agrio recuesto,
Triste y angustiada el alma,
Débil y rendido el cuerpo...

(*) En este pueblecito de Suiza (canton de Berna) se halla efectivamente un sepulcro tal como aquí se describe.

El sitio agreste, sombrío,
La soledad, el silencio,
El rumor de una cascada
Que resonaba á lo lejos,
En apacible tristeza
Mis pesares convirtieron;
Sentí mas leve mi planta
Y mas tranquilo mi pecho.
 El ánimo embebecido
Vagaba en mil pensamientos,
Y libre el pie por el valle
Giraba con rumbo incierto,
Cuando sin yo apercibirlo
Me ví cercado de un pueblo,
Con sus rústicos hogares
En la llanura dispersos;
Por lo humilde y por lo pobre,
Por lo escondido y secreto,
Resguardado de los vicios,
Defendido de los vientos.
«Felices (clamé) mil veces
Los que á la suerte debieron
Nacer en este recinto,
Y morir donde nacieron!
Su patria su mismo hogar,
Estos montes su universo,
Su mar el vecino lago,
Y su tesoro su apero:

Jamas oyeron el nombre
De señores ni de siervos,
Ni la ambicion ni la envidia
Turbaron nunca su sueño:
Contentos los halla el alba;
El sol los deja contentos;
Y corre su mansa vida
Como este manso arroyuelo...»
  Al pronunciar estas voces,
Me hallé á las puertas de un templo,
Sencillo cual las costumbres
De aquel inocente pueblo;
No de mármoles labrado
Ostentaba el pavimento,
De bronce y jaspe los muros,
Ni la techumbre de cedro;
Pero en su pobre recinto
El ánimo mas sereno
De la tierra se alejaba,
Y remontábase al cielo.
En el quicio me detuve,
Lleno de santo respeto;
Que hasta pavor me infundia
De mis pisadas el eco...
Mas al fin osé internarme;
Y ví un sepulcro entreabierto,
Por una mano piadosa
Cavado en el mismo suelo:

La piedra rota en pedazos,
Como en el dia tremendo
En que al son de la trompeta
La tierra abrirá sus senos;
Y alzándose de la tumba
De hermosa matrona el cuerpo,
Que al dar la vida á su hijo,
Ambos al par la perdieron.
La infeliz madre parece
Temer de la losa el peso,
Y su mano la sustenta
Resguardando al niño tierno:
Que es madre bien se conoce
En el cuidado y afecto
Con que le eleva en sus brazos,
Y humilde le ofrece al cielo:
«Tú, Dios mio, me le diste;
A tí, mi Dios, lo devuelvo;
Y el hijo de mis entrañas
Gozoso vuela á tu seno!...»
El inocente se muestra
Alegre el rostro y risueño,
Y por su madre parece
Interceder con su ruego;
En tanto que ella sumisa
De Dios aguarda el decreto,
Y el iris de la esperanza
Le brinda paz y consuelo.

Inmóvil y silencioso
Permanecí largo trecho,
Cual si inquietarlos temiese
Con el soplo de mi aliento:
Vivos á entrambos veía,
Escuchaba sus acentos,
Y de terror religioso
Sentí embargados mis miembros...
Mas las sombras de la noche
Iban tan densas creciendo,
Que apenas ya consentian
Ni distinguir los objetos:
La madre y el tierno niño
En breve desparecieron;
Y al borde yo del sepulcro,
La vista fija en su centro,
De la eternidad creía
Estar pisando el lindero.

EPÍSTOLA (*).

Desde las tristes márgenes del Sena,
Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
De nieve el suelo, y de tristeza el alma,
Salud te envia tu infeliz amigo,
A tí mas infeliz!... y ni le arredra
El temor de tocar la cruda llaga,
Que aun brota sangre, y de mirar tus ojos
Bañarse en nuevas lágrimas... ¿Qué fuera
Si no llorára el hombre?... Yo mil veces
He bendecido á Dios que nos dió el llanto
Para aliviar el corazon, cual vemos
Calmar la lluvia al mar tempestuoso.
Llora pues, llora: otros amigos fieles,
De mas saber y de mayor ventura,
De la estóica virtud en tus oidos
Harán sonar la voz; yo que en el mundo
Del cáliz de amargura una vez y otra
Apuré hasta las heces, no hallé nunca
Mas alivio al dolor que el dolor mismo;
Hasta que ya cansada, sin aliento,

(*) Se incluyó esta composicion en la *Corona fúnebre*, publicada en el año de 1830 por el excelentísimo señor duque de Frias, con motivo del fallecimiento de su Esposa.

Luchando el alma y reluchando en vano,
Bajo el inmenso peso se rendia...
¿Lo creerás, caro amigo?.. Llega un tiempo
En que gastados del dolor los filos,
Ese afan, esa angustia, esa congoja,
Truécanse al fin en plácida tristeza;
Y en ella absorta, embebecida el alma,
Repliégase en sí misma silenciosa,
Y ni la dicha ni el placer envidia.
Tú dudas que así sea: y yo otras veces
Lo dudé como tú; juzgaba eterna
Mi profunda afliccion, y grave insulto
Anunciarme que un tiempo fin tendria...
Y le tuvo: de Dios á los mortales
Es esta otra merced; que así tan solo,
Entre tantas desdichas y miserias,
Sufrir pudieran la cansada vida.
Espera pues: da crédito á mis voces,
Y fíate de mí... ¿Quién en el mundo
Compró tan caro el triste privilegio
De hablar de la desdicha?.. En tantos años,
¿Viste un dia siquiera, un solo dia,
En que no me mirases vil juguete
De un destino fatal, cual débil rama
Que el huracan arranca, y por los aires
La remonta un instante, y contra el suelo
La arroja luego y la revuelca impío?...
Lo sé: contra los golpes de la suerte,

Cuando solo en nosotros los descarga,
El firme corazon opone escudo;
Mas no acontece así... ¿Y acaso piensas
Que no he perdido nunca á quien amaba
Mas que á mi propia vida?... Si un momento
Te da tregua el dolor, vuelve los ojos
A un huérfano infeliz, enfermo, triste,
Solo en el mundo, sin tener ya apenas
A quien llorar... que á todos en la tumba
Unos tras otros los hundió la muerte.
En la misma estacion (¿vés? tu desgracia
Ha vuelto á abrir mi dolorosa herida)
Perdí una madre tierna, idolatrada,
Mi dicha y mi consuelo; tras sus huellas
Mi triste padre descendió á la tumba;
Y abrazados bajaron, de consuno
Pronunciando mi nombre, que á lo lejos
Sonó en mi corazon, no en mis oidos...
Corrí, volé, llegué; mas ya fue en vano:
La fatal losa á entrámbos cobijaba;
Y para colmo de pesar y angustia,
Aun encontré la tierra removida!
Tú has hallado, si es dable, mas consuelos
En tu grave afliccion... Aunque rebelde
Se vuelva contra mí tu pena misma,
Por fuerza has de escuchar mi voz severa,
Que no aduló jamas á la fortuna,
Ni ahora adula al dolor. -- Tú en tu desgracia

Hallaste mil consuelos, que la suerte
Cruelmente me negó: viste á tu Esposa
Y la cuidaste en su dolencia extrema;
Tú recibiste su postrer suspiro;
Tú estrechaste su mano; tú la viste
Tender á tí los brazos, y cual prenda
En los tuyos dejar su amada hija...
  Pero yo propio, sin querer, ahondo
El puñal en tu pecho, renovando
Ante tu vista la funesta imágen
De la noche fatal en que aun luchaba
La vida con la muerte... Ya sus penas
Para siempre acabaron: ella misma,
Vueltos al cielo los piadosos ojos,
Se lo rogó en su angustia; y la esperanza
Brilló al morir en su serena frente.
  ¡Oh, si nos fuera dado del sepulcro
Penetrar los arcanos!... ¡Cuántas veces
Nuestro acerbo dolor se templaria!
En este mismo instante, en que lamentas
De tu mísera Esposa el fatal hado,
¿Quién te ha dicho, infeliz, que mas dichosa
No esté gozando de eternal ventura?...
¡Callas, y sobre el pecho la cabeza
Dejas caer!... No calles, no; responde:
Sondea, si te atreves, el abismo
Que de tu amada Esposa te separa;
Cruza la eternidad; y luego dime

En dónde está, si es mísera ó dichosa,
Si pide luto ó parabien.
No ha mucho
(A tí contarlo puedo; alegres otros
Riyeran de mi triste desvarío),
Hallándome en la orilla encantadora
Del mar tirreno, la ciudad dejaba,
Madre de los placeres; y á Pompeya
La débil planta absorto dirigía...
Fuentes, jardines, quintas y palacios
A mis ojos brillaban; mas la mente
Penetraba mas hondo, y poco á poco
Se iba estrechando el corazon... las flores
Entre lava nacian; y esos pueblos,
Hoy ricos, florecientes, ocultaban
Otros pueblos felices algun dia,
Labrados sobre otros que ya fueron.
Llegaba al fin á divisar los muros
De la ciudad desierta; y ya anunciaban
Que fue un tiempo morada de los hombres
Los sepulcros que orlaban la ancha via:
A su arrimo descansa el pasagero;
Que ellos le dan sombra y reposo... Al cabo,
A las puertas tocaba; y en su linde
El vacilante pie se detenia,
Cual si temiese profanar osado
La mansion de los muertos.—Ni un acento,
Ni una voz, ni un murmullo... hasta parece

Que el eco está allí mudo, y no responde.
Cruzaba lento las estrechas calles
Sin huella humana; pórticos y plazas
Sin un solo viviente; en pie los muros,
Desiertos los hogares; y en los templos
Sin víctimas las aras... y aun sin Dioses.
¡Qué pequeño, qué mísero y mezquino
El mundo ante mis ojos parecia
Cuando me hallaba allí!... Sonrisa amarga
Asomaba á mis labios, recordando
La ambicion de los hombres, sus venganzas,
Sus proyectos sin fin: un breve soplo
Sus bienes y sus males como el humo
Disipa; y la ceniza á cubrir basta
Una inmensa ciudad, cual leve polvo
Cubre un vil hormiguero...
Así abismado
En tristes reflexiones, recorría
Aquel vasto recinto silencioso,
Cual una sombra vaga entre sepulcros:
Los lazos que me ataban á la tierra
Aflojarse sentia; y libre el alma
Lanzábase, dejando atras los siglos,
Al espacio sin límites... ¡Si vieras
Lo que es la triste vida, comparada
A aquella inmensidad! De cierto, amigo,
Cuajadas en tus ojos quedarian
Esas copiosas lágrimas que viertes;

Y en la tierra fijándolos, tú propio
Allí vieras el término á los males,
El descanso y la paz, de que ya goza
La que tú lloras; tú que por el suelo
Arrastras como yo la dura carga.
Mas en tanto que el cielo te concede
Volverte á unir á tu adorada Esposa,
Consagra á su memoria los instantes
Que de ella ausente estés; y su recuerdo
Tu corazon anime; y en tus labios
Resuene siempre su apacible nombre...
¡Ni cómo de tu Esposa olvidarias
El claro ingenio, el alma generosa,
La divina beldad; dotes preciados
Que rara vez el mundo admiró unidos!
Mas ya te veo hácia el opaco bosque
De cipreses y adelfas caminando,
Pendiente de tu diestra una corona
De tristes siemprevivas; y los ojos
Apenas alzas, descubrir temiendo
El monumento de perpetua pena
Que de tu Esposa las cenizas guarda...
Tanto infeliz como acorrió piadosa,
Tanto huérfano pobre y desvalido
De que fue tierna madre, los que un dia
Su bondad y sus prendas admiraron,
En largas filas, silenciosos, mustios,
Tus pasos lentamente van siguiendo,

Y cercan su sepulcro... ¿No los oyes?
Suyos son los tristísimos sollozos,
Suyas las quejas y el confuso llanto
Que interrumpen las fúnebres plegarias...
Yo aquí no tengo, para ornar su tumba,
Ni una flor que enviarte: que las flores
No nacen entre el hielo; y si naciesen,
Solo al tocarlas yo se marchitáran.

DISCURSO MORAL

SOBRE LA TEMPLANZA EN LOS DESEOS.

¿De qué se queja, Arnesto, el débil hombre,
Si su menguada condicion olvida;
Y sin límite esplaya sus deseos,
Cual turbio mar sin fondo y sin orilla?...
Nace llorando en angustiosa cuna,
Y largo tiempo con afan respira;
Amparando su frágil existencia
De una madre el amor y las caricias:
Como sueño fugaz vuela su infancia,
Sin que acierte á gustar su breve dicha;
Y apenas ya garzon saluda ufano
La grata primavera de la vida,
El propio acorta el término á sus bienes,
Y cuanto toca con su ardor marchita.

De una ilusion en otra, de un delirio
Precipítase en mil; ansia, suspira,
Corre con loco afan, tiende los brazos
Tras una y otra sombra fugitiva;
Y al irla ya á estrechar contra su seno,
La suerte con un soplo la disipa.
Así agota su mísera existencia;
Eternos juzga los veloces dias;
Y los granos de arena cuenta ansioso
Que miden los instantes de su vida;
Mientras de males y dolor cargada
La vejez lentamente se avecina;
Y al ir el infeliz á dar un paso,
Abierta ante sus pies la tumba mira.
¿Quién en el mundo, quién, dime uno solo
Que el breve espacio con sus ojos mida;
Y el ímpetu modere y el aliento,
Con la meta fatal siempre á la vista?...
Corren los unos á estrellarse ciegos;
Con gesto y voz aquellos los animan;
Y otros los siguen, y otros los empujan;
Y todos á la par se precipitan....
Labra en arena su ventura el hombre:
Y segura y eterna la imagina;
Sin reparar en la funesta playa
Las rotas naves y recientes ruinas:
Como al pie mismo del Vesubio ardiente
Cercas, hogares, pueblos se fabrican

De otros pueblos con míseros escombros,
Con la tostada lava apenas tibia!
  Aunque la ciega suerte muestre acaso
La engañadora faz grata y propicia,
No en tu ilusion presumas, caro Arnesto,
Que disfrute el mortal dicha cumplida:
El goce de los bienes mas ansiados
De otros mayores el afan excita;
Y apenas á una cumbre asciende el hombre,
Otras mas altas sobre sí divisa:
Cual el viagero en los fragosos Alpes
Cien y cien montes trepa con fatiga;
Y cuando sueña el término cercano,
Vé allá en los cielos la nevada cima.
  En frágil tabla al piélago sañudo
Se arroja el mercadante: hogar, familia,
Patria, amigos, esposa, hermanos, hijos,
A la sed de riqueza sacrifica;
Sin que le asombre la distancia inmensa,
El hondo mar, el ignorado clima,
Ni pestilente fiebre que le aguarda
Cual triste nuncio en la fatal orilla.
Llega, corre, se afana, de mil siervos
Rinde el esfuerzo á la mortal fatiga;
De avara acusa el mísero á la tierra;
Y estéril halla la opulenta mina.
  Arbitro de la Grecia, en regio trono
El hijo de Filipo se vió un dia;

Y en tan estrechos límites se ahoga,
Y estiende victorioso sus conquistas:
Tiembla á su voz la Europa, tiembla el Asia;
Cien y cien reyes doblan la rodilla;
Y al llegar á los términos del mundo,
Aun halla estrecho el ámbito y suspira.
¿Pero á qué en el torrente de otros siglos
Buscar tanto escarmiento, tanta ruina,
Cuando á mirarlas con los propios ojos
Nos condenó á los dos la suerte impía?
Al abrirlos al sol por vez primera,
Temblaba ya la tierra estremecida;
Y al pasar la niñez en leves juegos,
A raudales la sangre se vertía;
La juventud en vano lisonjera
Nos brindó con amores y delicias;
Mientras la voz de la afligida patria
Ahogaba en nuestros pechos la alegría,
Y en vez de amenos prados, solo vimos
A hierro y fuego yermas las campiñas.
¿Mas qué fue del mortal que allá en su mente
El destino del Orbe revolvía,
Y árbitro de la suerte y la victoria
La tierra un tiempo le aclamó sumisa?
El eco de su nombre llenó el mundo,
Cuando apenas sus pálidas mejillas
El bozo sombreaba; y en los Alpes
Borró las huellas que dejára Anibal

Venció, tornó á vencer, domó la Italia:
Llevó despues al Nilo sus insignias;
Y al imperio aspiró del rico Oriente
Por los tristes desiertos de la Siria.
Mas revolvió la vista hácia su patria,
Que desgarraba sus entrañas mismas,
Y el corazon latiéndole en el pecho,
A su ambicion el lauro pronostica:
Voló, llegó, paró con fuerte diestra
El carro que al abismo ya corria;
Mas le cargó de grillos y cadenas,
Y un monte de trofeos le echó encima.
En su cumbre asentado, vió á sus plantas
Una diadema en sangre humedecida;
Y la recoge audaz, su frente ciñe,
Y á la Europa aterrada leyes dicta.
  Búscale ahora, búscale, si puedes,
En el estrecho hogar de estéril isla,
Cual leve punto en el espacio inmenso,
En el seno del piélago perdida....
Míralo, él es, Arnesto: solo, inmóbil
Sobre una roca en la desierta orilla,
Quien vió á sus pies postradas cien naciones
Y cien coronas en el polvo hundidas,
Ve crecer y llegar las recias olas,
Que amenazan su planta estremecida;
Y apenas á su mísero sepulcro
Asilo y paz concederán un dia!

LA VUELTA Á LA PATRIA.

(Granada, 27 de Octubre de 1831.)

Amada patria mia,
Al fin te vuelvo á ver!.. Tu hermoso suelo,
Tus campos de abundancia y de alegría,
Tu claro sol y tu apacible cielo!...
Sí: ya miro magnífica estenderse
De una y otra colina á la llanura
La famosa ciudad; descollar torres
Entre jardines de eternal verdura;
Besar sus muros cristalinos rios;
Su vega circundar erguidos montes;
Y la Nevada Sierra
Coronar los lejanos horizontes.
No en vano tu memoria
Do quiera me seguia;
Turbaba mi placer, mi paz, mi gloria;
El corazon y el alma me oprimia!
Del Támesis y el Sena
En la aterida márgen recordaba
Del Dauro y del Genil la orilla amena;
Y triste suspiraba;
Y al ensayar tal vez alegre canto,
Doblábase mi pena,
Mi voz ahogaba el reprimido llanto.

El Arno delicioso
Me ofreció en balde su feraz recinto,
Esmaltado de flores,
Asilo de la paz y los amores:
«Mas florida es la vega
Que el manso Geníl riega;
Mas grata la morada
De la hermosa Granada"...
Y tan sentidas voces
Murmuraba con triste desconsuelo;
Y el hogar de mis padres recordando,
Los mustios ojos levantaba al cielo.
Tal vez en mi dolor mas me aplacia
De agreste sitio el solitario aspecto;
De las ciudades azorado huía,
Y ansioso, palpitante,
Los escabrosos Alpes recorria;
Mas su nevada cumbre
No tan viva y tan pura reflejaba
Del sol la clara lumbre
Cual la Nevada Sierra,
Cuando el astro del dia
Un torrente de luz vierte en la tierra.
De Pompeya las ruinas pavorosas,
Sus calles silenciosas,
Sus pórticos desiertos,
De yerba ya cubiertos,
Mi profundo pesar lisonjeaban;

Y graves reflexiones
En mi agitada mente despertaban:
¿Qué vale el poder vano
Del miserable humano?
En abatir su orgullo y su renombre
La suerte se complace;
Y las obras que eternas juzga el hombre,
Con un soplo deshace...
Por el rastro de escombros junto al Tíber
Hoy busca el caminante
Del sumo Jove la ciudad triunfante:
Rompe el arado la fecunda tierra
Que cual lóbrega tumba
Los sacros restos de Herculano encierra;
Y si Pompeya en pie mira sus muros,
Los siglos carcomieron su cimiento;
Y al respirar el viento,
Tiemblan sobre su planta mal seguros.
Así en mi juventud yo ví las torres
De la soberbia Alhambra quebrantadas
Amenazar del Dauro la corriente
Con su ruina inminente;
Cada rápido instante de mi vida
El plazo apresuró de su caida;
Y del antiguo Alcázar soberano,
En que el moro poder vinculó ufano
Su gloria á las edades,
Tal vez un dia ni hallarán mis ojos

Los míseros despojos...
A tan funesta imágen, en el pecho
Mi corazon se ahogaba;
Y en lágrimas deshecho,
Al pie de los sepulcros me postraba.......
¿Cuál es tu mágia, tu inefable encanto,
Oh patria, oh dulce nombre,
Tan grato siempre al hombre?
El tostado africano,
Lejos tal vez de su nativa arena,
Con pesar y desden los prados mira,
Y por ella suspira:
Hasta el rudo lapon, si en hora infausta
Se vió arrancado del materno suelo,
Envidia y ansia las eternas noches,
Los yertos campos y el perpetuo hielo;
Y yo, á quien diera la benigna suerte
Nacer, Granada, en tu feliz regazo,
Y crecer en tu seno,
De tantos bienes lleno;
Yo triste, ausente de la patria mia,
De tí me olvidaria!
En las ásperas costas africanas,
Al náufrago inhumanas,
Yo tu sagrado nombre repetia;
Y las inquietas olas
Llevábanlo á las costas españolas:
En el polo apartado

Oyólo de mi labio el mar furioso,
Por el teson del bátavo enfrenado;
Oyólo el Rhin, el Ródano espumoso,
El alto Pirineo, el Apenino;
Y del Vesubio ardiente
En el cóncavo hueco
Por vez primera repitiólo el eco (*).

(*) Alude este pasage á haber penetrado el autor dentro del cráter del Vesubio en la madrugada del dia 7 de abril de 1824.

FRAGMENTOS

DE

UN POEMA.

NOTA. Hace no pocos años emprendí la composicion de este poema, que ni concluí entonces, ni es probable lo concluya en mi vida; por cuyo motivo me he determinado á ofrecer al público estos cortos fragmentos, eligiendo para ello los que de mejor grado lo consienten, por presentar cada uno de por sí un cuadro completo y distinto.

FRAGMENTO PRIMERO.

Aparécese una Vision al conde Pedro Navarro, hallándose en el palacio de la Alhambra, y le exorta á guerrear contra el África.

En el soberbio alcázar mahometano
Del pérfido Boabdil dejado apenas,
Cuando cayó del trono soberano
Despeñado á las líbicas arenas,
Reposaba el caudillo castellano
Dando tregua del mando á las faenas;
Y ya batiendo el sueño el ala grave,
Le rociaba con bálsamo suave:

Cuando á un tiempo sonó de ronco trueno
El fragor por tres veces repetido;
Turbóse el aire á la sazon sereno,
Con ráfagas ardientes encendido;
Y la tierra sintió su íntimo seno
Por opuestos vaibenes combatido,
Cual vacilan inciertas las montañas
Al arder del Vesubio las entrañas.

Temblaron los magníficos salones,
De mármol, oro y nácar fabricados,
Con versos y amorosas inscripciones
Cual filigrana arábiga labrados;
Crujieron los soberbios artesones
En cien y cien columnas sustentados,
Arrancándose al ímpetu violento
Los mosáicos del rico pavimento.

Tranquilo el Adalid en tanto sueña,
Y al lado de su amada se imagina,
Que con grato ademan y faz risueña
Hechizo añade á su beldad divina;
Mas cuando el Conde en abarcar se empeña
La levísima imágen peregrina,
Puso fin á tan vano pensamiento
Raro prodigio, singular portento.

Abrirse vé bajo su misma planta
La tierra de ambos polos sacudida;
Sulfúrea niebla que la vista espanta
La imágen le arrebata apetecida;
Y en medio de los aires se levanta,
Sobre un grupo de nubes sostenida,
Adusta Diosa cuya sombra crece
Y allá en los cielos penetrar parece.

A la invencible Palas se asemeja
Con noble manto y bélicos arneses;
Rojo el redondo escudo al sol refleja,
Cual ígneo globo en los estivos meses;
Con soberbio desden á sus pies deja
Rotas lanzas, banderas y paveses;
Y el reluciente yelmo de diamante
La magestad redobla del semblante.

«¡Y así (le dice) en ocio vergonzoso,
De amor arrastra la fatal cadena
Quien tantas veces se ostentó brioso
Cual nuevo Cid en la sangrienta arena;
Y á tiempo que tu nombre victorioso
Del mundo por los ámbitos resuena,
La espada y lanza de tu lado arrojas,
Y el sacro lauro de tu sien deshojas!...

«No basta que ya España el claro nombre
De gente en gente extienda sin mancilla,
Coronando sus triunfos y renombre
Del manso Dauro en la fecunda orilla;
Ni que gloriosa al universo asombre,
Libre ya el cuello de la infiel cuchilla;
Que en vez de yugo el cetro peregrino
Guarda á su diestra el próspero destino.»

«Mira á Colón, del viento combatido,
Con pocas naves náufragas y solas
En no surcado mar desconocido,
Romper el seno á las hinchadas olas:
El valladar de Alcides destruido,
Ensancharse las costas españolas;
Y cediendo á su esfuerzo sin segundo,
Crecer los mares y doblarse el mundo."

«¿Qué importa que la suerte rigurosa
Una vez y otra vez se oponga acaso,
Y con llanura inmensa, procelosa,
Las sendas borre al temerario paso?
La castellana enseña victoriosa
Lleva Colón al escondido ocaso;
Y el sol hasta en su término postrero
Oye absorto aclamar el nombre Ibero.»

«Mas en tanto que al héroe sobrehumano
Un Nuevo Mundo atónito proclama,
Vuelve, ó Conde, la vista al Lusitano
Que alcanzó en el Oriente eterna fama:
«La tierra, el cielo, el mar luchan en vano
Contra un débil mortal (osado exclama):
Yo, arrostrando el rigor de la fortuna,
Sorprenderé del sol la misma cuna.»

«Y mírale en la quilla mal trabada
Nueva senda buscando al rico Oriente:
En vano por mil siglos respetada,
La undosa espalda el yugo no consiente;
En vano de tormentas coronada
El arduo Promontorio alza la frente;
Visita al chino en su region distante,
Y une el índico golfo al mar de Atlante.»

«Si los prodigios de inmortal memoria
Que la presente edad ostenta ufana,
Tu pecho encienden en amor de gloria,
Ultimo linde á la ambicion humana,
Del alto templo la imparcial historia
Te señala la cumbre soberana,
Y la senda que intrépidos hollaron
Los que el Asia y la América hermanaron.»

«De borrascoso ponto antemurada,
Con escollos y montes guarnecida,
El Africa feroz levanta osada
La cerviz, largos siglos no vencida;
Y en solo un lustro apenas quebrantada
Por el brazo español, mas no abatida,
Aguarda un héroe que le imponga el yugo:
Que así al destino en sus arcanos plugo.»

«Fronteriza á la costa en que sin freno
Guadalmedina ensancha su corriente,
Y de arena cubriendo el campo ameno,
Puentes, diques ni márgenes consiente;
Allende el vasto mar en cuyo seno
Hunde veloz la entumecida frente,
En la africana playa tiene asiento
Noble ciudad de antiguo fundamento.»

«El arado romano abrió la tierra
En que estriban sus muros orgullosos:
Con las olas el mar la entrada cierra
A extraños enemigos belicosos;
En torno la defiende erguida sierra
Del embate de vientos procelosos;
Y el hondo rio, que sus puertas baña,
De verdor cubre la feraz campaña."

«Roto el yugo del vándalo y romano,
Propio señor con su poder sustenta,
Que á los campos del Rif y al mar cercano
Extiende el cetro y su grandeza ostenta:
Tiembla á su nombre el mísero cristiano,
Y de la costa bárbara se ahuyenta;
Que el terror de espantoso cautiverio
Llevó al mundo la fama de su imperio."

«De antemural le sirve y de atalaya
A la fuerte ciudad inmensa roca,
Que defendiendo la vecina playa,
Al mar insulta, al ábrego provoca;
De oriente á ocaso rápida se esplaya
La altiva cima que á los cielos toca;
Y la deforme, carcomida planta
De las olas el ímpetu quebranta."

«Rudo escollo del piélago ceñido
Ni flor, ni yerba, ni árboles consiente;
Jamas abrió su seno empedernido
A puro arroyo ó cristalina fuente;
Ni oyó en la noche el plácido gemido
De enamorada tórtola inocente,
Ni vió jamas sobre el desnudo risco
Saltar el corderillo en el aprisco."

«Solo cruza su cima pavorosa
Con fugaz ala el buitre carnicero;
Solo busca su planta cavernosa
En la tormenta el tiburon roquero;
A su amparo se esconde cautelosa
La presta nave del pirata fiero;
Y el náufrago descubre á un tiempo mismo
El escollo, los hierros, el abismo."

«Vé, vuela, ó Conde, y con osada mano
Del rudo Escollo la altivez enfrena:
Tiemble al rumor el árabe inhumano,
Aun mal seguro en su desierta arena;
La orgullosa ciudad mire cercano
El férreo yugo y la servil cadena;
Y el negro espanto que en sus muros cunda
Por el Africa toda se difunda."

Dijo: y cual suele boreal aurora
Bañar el polo en apacible lumbre,
Que el albo campo con sus rayos dora,
El mar de hielo y la nevada cumbre;
Y luego de su luz consoladora
Deja apenas la pálida vislumbre,
Que vagando levísima en el viento,
Va á perderse en el alto firmamento:

Así despareció la sacra Diosa;
Y el puro resplandor de su faz bella
Reflejaba en la esfera tenebrosa
Cándida luz de matutina estrella;
Mas alzando la frente respetosa,
Columbró el Conde la celeste huella,
Y al punto la Deidad en raudo vuelo
Cruzó el espacio y remontóse al cielo.

Lo vé, grita, despierta, y pavoroso
Tres veces toca con sorpresa el lecho;
Tres veces duda, y lleva receloso
La incierta mano al palpitante pecho;
Y agitado del sueño portentoso,
Aun mal de sus sentidos satisfecho,
No fue parte á calmar su fantasía
La fresca aurora del cercano dia.

Del sol apenas el fulgor primero
Por los labrados arcos penetraba,
Cuando impaciente el ínclito guerrero
Por los regios alcázares vagaba:
En su armadura de bruñido acero
Tal vez los tristes ojos enclavaba,
Arrancando de largo en largo trecho
Hondos sollozos del hirviente pecho.

En el ánimo inquieto revolvía
Los recuerdos del sueño prodigioso,
Y el anuncio fatídico creía
Dictado por el cielo misterioso:
Ya á la heróica demanda apercibia
Con noble aliento el brazo valeroso,
Anhelando eclipsar con su denuedo
El renombre del ínclito Gofredo;

Ya la dulce memoria de su Elvira
La triunfadora diestra desarmaba,
Trocando en torpe ardor la noble ira
Que el corazon magnánimo inflamaba:
Débil solloza y mísero suspira
El que al Africa toda amenazaba;
Cual si de Armida en la mansion amena
De Reinaldo arrastrase la cadena.

Mas instable que mar tempestuoso
Siente el Conde su vago pensamiento,
Ora incierto, ora altivo, ora dudoso;
Ya tímido, ya osado, ya violento:
Ya de Elvira recuerda el rostro hermoso,
Ya del templo inmortal el alto asiento;
Hasta que al fin aserenando el alma,
La severa razon logró la palma.

¡Ay de la triste que en tranquilo sueño,
Al son de blanda música adormida,
Creyó en los brazos de su dulce dueño
Verse al abrir los ojos sorprendida!...
Resuelto el Conde á su glorioso empeño,
Ordena al punto la veloz partida;
Y convoca á los ínclitos guerreros,
De sus riesgos y triunfos compañeros.

FRAGMENTO SEGUNDO.

Junta de capitanes, en la cual resuelven llevar á cabo la espedicion propuesta por el Conde.

En la regia, magnífica armería
En que su gloria Ilíberis ostenta,
Con noble magestad y gallardía
El Conde á los caudillos se presenta:
Bajo la alzada cúpula sombría
Entre instrumentos bélicos se asienta;
Y con grave ademan y voz severa
Les comenzó á decir de esta manera:

«Ilustres compañeros de mi suerte,
Baldon y torpe injuria reputára,
Si á vencer ó morir con pecho fuerte
En habla artificiosa os animára:
Si la victoria próspera ó la muerte
La inconstante fortuna nos depara,
Con igual paso de la gloria al templo
No os llevará mi voz, sino mi ejemplo."

«Mas vivimos, y aun hay quien nos afrente
Y el nombre insulte de la madre España;
Respiramos, y aun hay quien insolente
La mar infeste que sus costas baña:
Mengua fuera sufrirlo bajamente;
Correr al desagravio es leve hazaña;
Si honra y patria nos llaman á porfía,
Acudir es deber, no bizarría."

«Humean nuestros campos, nuestros lares,
Por enemigo bárbaro incendiados;
Cautivos pueblan los inmensos mares,
Al banco y duros remos amarrados;
Mientras libre y tranquilo en sus hogares,
Al hierro y á las llamas nunca dados,
Cadenas forja el árabe inhumano
Para oprimir el cuello castellano."

«Del Africa en los lindes comprimido,
Dentro del mar osado se adelanta,
En altísimo escollo guarecido,
Jamas hollado de estrangera planta:
De inmenso foso en torno defendido,
Nuestras naves insulta, al orbe espanta;
Y cual marino lobo en honda cueva,
La presa acecha en que sus garras ceba."

«¿Mas qué vale por foso el ancho lago,
Por fuerte amparo el Africa vecina?
Antes que sienta el formidable amago,
Con sangre llore su exterminio y ruina:
Asombrada presencie el fiero estrago
La orgullosa ciudad que al Rif domina;
Y la bárbara Libia mire abierto
Fácil camino al árido desierto."

«Yo á la gloriosa lid al punto vuelo:
Ni obstáculos ni tregua ni tardanza,
Cuando la amada patria en triste duelo
Con su voz nos provoca á la venganza;
Ya tiende ante mi vista el fausto cielo
El iris de la próspera esperanza;
Y antes que el sol tres veces nos alumbre,
Veré de Gibralfaro la alta cumbre."

«A su abrigo y amparo guarecida
Del embate de duros aquilones,
En el tranquilo puerto nos convida
La armada de veleros galeones:
Allí la invicta hueste apercibida
Desplegará los ínclitos pendones,
Que han de ostentar en la africana orilla
Las armas de Aragon y de Castilla."

«No ha de decir el vulgo malicioso
Que el oro ansiamos de opulenta mina,
La púrpura oriental y ámbar precioso,
El diamante y la perla peregrina;
No dirá, cual de Gama valeroso,
Que ansiamos los tesoros de la China,
Y que en vano en su seno los encierra
El hondo mar ó la profunda tierra."

«Hierro el Africa ofrece en sus arenas,
Hierro en sus altos montes escarpados,
Hierro en sus naves, hierro en sus cadenas,
Hierro en sus hijos á la lid armados:
Contra tigres, leones, pardas hienas,
El hierro esgrimiremos esforzados;
Y el agua que con hierro conquistemos,
Teñida en nuestra sangre beberemos."

«No nos espera el laso americano,
En el pendiente lecho remecido,
Tras brillante oropel y vidrio vano
Hácia el yugo corriendo embebecido;
Ni quien monstruo repute sobrehumano
Al caballo y ginete todo unido,
Y en ciego error y femenil desmayo
Confunda al vil mosquete con el rayo."

«El que en mil años de contínua guerra
Domó al Africa y Asia juntamente,
Amagó á Europa, amedrentó la tierra,
Oprimió con su armada el mar potente,
Ya de su propio hogar la entrada cierra
Contra el furor del español torrente;
Y á nuestros pies rindiendo su corona,
Vencedores del mundo nos pregona.”

Grato murmullo en la soberbia estanza
Del Conde invicto respondió al acento;
Y del próximo triunfo la esperanza
Infunde á los caudillos nuevo aliento:
De tomar contra el árabe venganza
Repiten á una voz el juramento;
Y al recordar de España las cadenas,
En santa indignacion arden sus venas.

Como suele tal vez del mar rizado
Alzar la luna su apacible frente,
Y al blando influjo en breve serenado
Se torna de cristal resplandeciente;
Así calma al concurso entusiasmado
Alzándose Aguilar pausadamente,
Varon de autoridad, caudillo viejo,
Bravo en la lid, sesudo en el consejo.

El nevado cabello descubria
De fresco y verde lauro entrelazado,
Y en la robusta lanza sostenia
El cuerpo de los años agoviado:
Al venerable Néstor parecia,
De los príncipes griegos rodeado;
Y haciendo al Adalid grave mesura,
Así dice con voz clara y segura:

«Aunque no alhague al ánimo lozano,
Bien merece, caudillos valerosos,
El prudente consejo de un anciano
Escucharse de jóvenes briosos:
Ver de la vida el término lejano
No deshonra á soldados animosos;
Que don fue solo de propicia suerte
Vencer mas riesgos sin hallar la muerte."

«De mi verdad testigo sabe el cielo
Que al tranquilo sepulcro ya cercano,
Por postrera merced tan solo anhelo
Perder la vida con la lanza en mano:
Y si empapé en mi sangre el patrio suelo
Por ensalzar el nombre castellano,
Mas gozoso la sangre de mis venas
Del Africa vertiera en las arenas."

«Tanto disto, mancebos generosos,
De aconsejaros tregua ó paz villana
Con los que en guerra hieren alevosos
Y en paz cautivan con cadena insana;
Mas si tronchar sus hierros ominosos
Fue grave empresa á la constancia hispana,
No por lucir el temerario arrojo,
Del cielo provoquemos el enojo."

«Lidiar con hombres, aterrar las fieras,
Desafiar la furia de los vientos
Con leve lino y frágiles galeras,
Contrastar los sañudos elementos,
Sorprender al alarbe en sus riberas,
Debelar sus ejércitos sangrientos
Y domeñar á bárbaras naciones,
Digno es de vuestro esfuerzo, campeones."

«¿Mas qué furor, qué gloria, qué esperanza
Allí nos lleva con arrojo impío
Donde el airado cielo en su venganza
La lluvia niega y plácido rocío;
Donde el sol encendido rayos lanza
Contra el árido escollo en largo estío,
Y el mísero mortal, del mar cercado,
Maldice al cielo en sed atormentado?"

«¿Allí donde jamas el ave anida,
Ni se arrastra el reptil, ni el bruto pace,
Ni la fiera voraz busca manida,
Ni crece el árbol, ni la yerba nace;
Y en triste afan, cansado de la vida,
El cautivo infeliz postrado yace;
Y la móvil arena y roca dura
Aun le niegan tranquila sepultura?"

«No, intrépidos amigos, no violemos
La eterna ley del hado envanecidos:
Al corazon del Africa lleguemos,
Arrollando sus pueblos aguerridos;
La Europa á nuestras plantas humillemos;
Nuevos mundos busquemos atrevidos;
Mas no osemos llevar los patrios lares
A rudo escollo en turbulentos mares."

«Sufra tambien la mar nuestra coyunda
(El Conde le interrumpe); luche, brame,
Y el escollo batiendo furibunda,
Su independencia y libertad reclame:
Por su rebelde espalda se difunda
El eco triunfador que á España aclame;
Y mal su grado en las inquietas olas
Refleje las banderas españolas."

Sí, volemos, caudillo valeroso
(El fiero Ponce arrebatado exclama),
Que en tu frente relumbra prodigioso
El sacro fuego que tu pecho inflama.—
Sigamos su estandarte victorioso!
El inmenso concurso á un tiempo clama;
Y en son confuso que á lo lejos zumba,
Sigámosle! la bóveda retumba.

¿Vísteis de cumbre en cumbre despeñado
De los Alpes rodar hondo torrente,
Que en retorcido curso arrebatado
Va aumentando su rápida creciente;
Mas por opuestas rocas represado,
Permanece suspenso en la pendiente,
Brama, lucha, forceja, hínchase, crece,
Los diques rompe, el monte se estremece?

Así la ilustre junta numerosa,
Contra el Africa altiva embravecida,
A la voz del anciano magestosa
Mostróse un breve espacio suspendida;
Mas sintiendo crecer impetuosa
La cólera en el pecho reprimida,
A las armas corriendo furibunda,
Las puertas abre y el palacio inunda.

Oyese á un tiempo el grito de pelea
En pórticos, jardines y salones,
Y el hierro de las lanzas centellea
Entre insignias y bélicos blasones:
El pendon de Castilla al aire ondea,
Coronando los regios torreones;
Y ya las ninfas del Genil y el Dauro
Palmas aprestan, aperciben lauro.

FRAGMENTO TERCERO.

Tristeza de Elvira: preséntase á su vista el Conde; despedida de ambos amantes.

Lejos en tanto del marcial concurso,
En solitaria quinta deleitosa
Que ciñe el Dauro en apacible curso,
Cual fértil isla de la Cípria Diosa,
Fijo en su amor el plácido discurso,
Suspensa el alma en inquietud sabrosa,
Con el laud Elvira combatia
Triste ilusion de inquieta fantasía.

En medio el sol de la celeste esfera
Con sus ardientes rayos la inundaba;
Y el tibio amante por la vez primera
Su anhelada venida retardaba:
Ansiosa Elvira que á su dueño espera,
Cien veces en el sol los ojos clava,
Gime impaciente, y trepa á la colina
Que el vasto campo en derredor domina.

En la ancha vega el céfiro meciendo
Los rubios dones del feraz estío,
La grata soledad, el ronco estruendo
De espumosa cascada, el bosque umbrío,
Los sauces blandamente humedeciendo
Las tiernas ramas en el manso rio,
Todo respira amor, y todo inspira
Dulce tristeza á la sensible Elvira.

Tal vez al revolar festivo el viento,
Torna la bella faz alborozada;
Ya escucha de su amor el grato acento,
Ya su planta en las flores enredada;
Mas en breve, burlando su contento,
Las alas pliega el aura sosegada;
Y en breve, por doblar su desconsuelo,
Tiende otra vez el licencioso vuelo.

Como al bajar la lluvia apresurada,
Ostenta manso el lago cristalino
Su tersa plata en círculos labrada,
Que nacen, crecen, mueren de contino:
Elvira de mil dudas contrastada
Inquieto siente el pecho alabastrino,
Y nacer y morir cada momento
Un deseo, un temor, un pensamiento.

Ora imagina al descuidado amante
En hondo sueño ó baño delicioso,
Ora en las selvas persiguiendo errante
Al leve ciervo y jabalí cerdoso:
Ya en la caza le sigue palpitante,
Ya maldice su bárbaro reposo;
Ya le amenaza con esquivo ceño,
Ya el regazo apercibe al dulce dueño.

Mas el tirano Amor, no satisfecho
Del duro afan de su cautiva hermosa,
Con sonrisa cruel vierte en su pecho
La copa de los celos ponzoñosa:
Ante sus ojos pinta en blando lecho
Al falso amante y la rival odiosa;
Y al acercarse Elvira en triste anhelo,
Maligno corre el misterioso velo.

Cual herida de rápida saeta
Salta veloz la cierva fugitiva,
Y monte y selva y prado corre inquieta,
Y el propio esfuerzo su dolor aviva:
La triste Elvira su dogal aprieta,
Y la herida de amor siente mas viva;
Si abriga el duro dardo, sangre vierte;
Si lo intenta arrancar, halla la muerte.

A su ciega pasion abandonada,
Recuerda sus delicias, sus amores;
Aun ve la tierna yerba reclinada,
Aun ve oprimidas las nacientes flores;
Allí se arroja en lágrimas bañada,
Allí crecen su angustia y sus furores;
Y allí donde su amor grabó la huella,
Entre la grama esconde su faz bella.

Mas á un leve rumor alza la frente;
Y cual inmoble estátua ve delante,
Ceñido de armadura reluciente,
Suspenso y mudo al perturbado amante:
Incierta mira, enjuga el lloro ardiente,
Torna á clavar la vista penetrante;
Hablar intenta, mas la pena aguda
Su pecho oprime y su garganta anuda.

Un ¡ay! profundo arroja dolorida;
Los celos, el furor le dan aliento;
Y de opuestos afectos combatida,
Así le dice con turbado acento:
«Huye, cruel, si de mi triste vida
Ver no anhelas el último momento;
Huye, y no añada tu perjuro labio
El doblez, los insultos al agravio."

«Huye: ¿qué te detiene?... No deseo
Verte apurar el torpe fingimiento;
Harto me has dicho; aléjate; ya veo
Tu mentido disfraz, tu aleve intento;
Ya tus disculpas pérfidas preveo;
Ya escucho tu engañoso sentimiento;
Tu propia turbacion, tu falsa pena
Te acusa, te confunde, te condena."

«Si te enoja mi amor, si otro te inflama,
No has menester pretestos, alevoso;
Vuela á los pies de la traidora dama,
Jura, engaña, sedúcela doloso;
Fingido ardor á tu fingida llama
Ofrecerá su pecho cauteloso;
Y ella misma, burlando tu esperanza,
Dejará satisfecha mi venganza."

«Mas no eres tú ¡ay de mi! yo solamente
Yo la culpada soy: yo, dueño mio,
Te abrí mi incauto pecho; yo imprudente
Provoqué con caricias tu desvío;
Tuyo fue mi querer, tuya mi mente,
Tuyo mi corazon y mi albedrío...
¿No lo vés? ahora mismo, en mi tormento,
Por tí solo respiro, por tí aliento."

«No mas, mi bien (el Conde enternecido
Le interrumpe veloz); no mas, Elvira;
Que tu amoroso acento dolorido
Mas me atormenta que tu injusta ira:
Llámame ingrato, aleve, fementido;
Traspasa el pecho que por tí suspira;
Y no aumentes mi pena y amargura
Mostrándome tu amor y tu ternura."

«¿Dudas, Elvira?... El cielo soberano
Vé mi pasion, mis ansias, mi tormento;
El cielo sabe si luchando en vano,
Cedí rebelde á su inspirado acento:
Cedí; y al punto en su tremendo arcano
Escribió mi solemne juramento;
Partir es fuerza, Elvira; mi tardanza
Ya del cielo provoca la venganza."

«A domeñar al Africa orgullosa
La fé, la patria, el pundonor me llama;
Ya en la ciudad la hueste numerosa
Las armas ciñe y su adalid me aclama;
Ufanos todos á la lid gloriosa
Sedientos vuelan de perpetua fama;
Solo yo triste, mísero, abatido,
Mi fé, mi patria, mi promesa olvido."

«Ese mi crímen, esa mi falsía,
Esas mis artes son: vé, vuela ansiosa,
Recorre la ciudad, insta, porfía,
Busca mi nuevo amor.... ¿Callas llorosa,
Y me ocultas tu faz?... No, Elvira mia,
No te miren mis ojos desdeñosa;
Culpa al cielo, no á mí; yo al par contigo
El fatal voto y su rigor maldigo."

«Mas yo te juro, Elvira, yo te juro
Por esta espada nunca envilecida;
Por tu faz bella, por tu llanto puro,
Por tu amor mas precioso que mi vida,
Aunque me oponga el mar su inmenso muro,
Aunque el Africa toda luche unida,
Llegar, vencer, tornar, y en dulces lazos
Gozar del triunfo en tus amantes brazos."

«Sí, triunfa hombre feroz; tu Elvira en tanto
(Clama la triste) mísera, abatida,
En largo afan y congojoso llanto
Esperará muriendo tu venida...
¿Qué mas quieres, cruel? Mira mi llanto,
Mírame al menos á tus pies rendida,
Mira, y parte despues; tu saña fiera
Ya ha inmolado la víctima primera."

«Mas no, detente, escucha; que azaroso
Me anuncia el corazon horror y muerte;
Oye, infeliz; que el cielo misterioso
Tu fin aciago por mi voz te advierte...
¿A dónde, á donde vas? Vuelve piadoso;
Teme el rigor de la enemiga suerte;
Tiembla por tí, por tu infeliz Elvira,
Que al solo amago de dolor espira..."

Quisiera proseguir; y sostenida
En el trémulo brazo, alzarse intenta;
Mas ríndese otra vez desfallecida
Al inmenso pesar que la atormenta:
Cual pálido jazmin descolorida
La faz divina su beldad aumenta;
Esmaltando el negrísimo cabello
La blanda candidez del rostro bello.

Por el dulce deleite adormecidos
Aparecen sus ojos amorosos,
Mientras el albo pecho con latidos
Ostenta sus contornos mas hermosos:
Admíranla en los aires suspendidos
Los festivos Amores silenciosos;
Y desde el alto olimpo Citeréa
En contemplar su imágen se recrea.

FRAGMENTO CUARTO.

Reúnese la hueste en el puerto de Málaga; se hace á la vela, y navega con varia fortuna.

Pobladas de caudillos esforzados
Guadalmedina ostenta sus riberas;
Por sendas, por llanuras, por collados
Divísanse pendones y banderas;
Vé la ciudad sus ámbitos cegados
Con aprestos y máquinas guerreras;
Torres, murallas, calles, plazas, puertas,
De gente armada míranse cubiertas.

No en tanta copia apíñanse á bandadas,
Cuando anuncia el otoño el sol tardío,
Las aves que en las zonas mas templadas
Hicieron su mansion en el estío;
Y del blando reposo despertadas
Al mostrar el invierno el ceño impío,
Las costas cubren con ansioso anhelo,
Buscando el mar y el africano suelo.

Brilló por fin la aurora suspirada,
Eterna en los decretos del destino,
En que ya á punto la invencible armada
Tienda al próspero viento el blanco lino:
La numerosa hueste desplegada
Del mar ocupa el término vecino;
Y ya en el puerto agítanse las naves,
De tanta hueste con el peso graves.

El campo, el muelle, el dilatado muro
De gente y armas y pendones lleno,
Con mil bateles en tropel oscuro
Del puerto hirviendo el anchuroso seno,
Sin nube el firmamento, el aire puro,
El azulado mar manso y sereno,
Glorioso el sol con su radiante lumbre
Coronando del cielo la alta cumbre;

Cien naves cual en fiesta empavesadas
Con flámulas y ricas banderolas,
Que del festivo Céfiro agitadas
Reflejan sus colores en las olas;
De laureles las popas coronadas
Luciendo las insignias españolas;
El ronco parche y la guerrera trompa
Del triunfo anuncian la solemne pompa.

Con vivo afan y singular concierto
La inmensa armada su partida apresta;
Y ya impaciente en el confuso puerto,
La tardanza menor juzga molesta:
Mas á una seña del piloto esperto,
La alegre chusma muéstrase dispuesta,
Y aplaude ufana el próximo momento
De dar el leve lino al vago viento.

Ya en un áncora sola remecida
El corvo diente en desclavar forceja
La inquieta nave, y con veloz huida
Entre vivas sin fin el puerto deja;
Ya en media luna ordénase extendida
La inmensa flota, y rápida se aleja;
Y del sol al ocaso resplandece,
Cual nevada ciudad cuando amanece.

Entre tanto Favonio apenas mueve
Las tiernas alas y la espuma riza;
Y cediendo la armada al soplo leve,
Sobre las mansas olas se desliza:
Ni empaña el cielo nubecilla breve,
Ni otro signo al piloto atemoriza;
Que nunca mas sereno el occidente
Vió esconderse del sol la roja frente.

La clara noche de tan fausto dia
Prosigue el rumbo la veloz armada,
Cual si los mismos astros á porfía
Le mostrasen la senda deseada:
El alto polo ofrécele su guia;
Muestra su faz la luna plateada;
Y sobre el manto azul ostentan bellas
Sus benéficas luces las estrellas.

Mas su trémulo brillo se oscurece
Con el primer albor de la mañana;
Y la plácida Aurora resplandece,
Matizando los cielos de oro y grana:
Desde el erguido mástil no aparece
La abandonada costa, ya lejana;
Y la chusma con himnos de alegría
Saluda alborozada al nuevo dia.

Natura toda en celestial contento
Aclama al rubio Dios del claro oriente,
Que con augusto y grave movimiento
Asoma sobre el carro refulgente:
A su vista cobrando nuevo aliento,
En las velas espira blandamente
El Céfiro festivo, y abre paso
Al veloz sulco del ligero vaso.

Mas al bañarle el húmedo rocío,
Y al recorrer el mar en fácil juego,
Va perdiendo insensible el tierno brio,
Y anhela tras el plácido sosiego:
En la ribera busca asilo umbrío,
Del claro sol contra el radiante fuego;
Y plegando las alas y talares,
Dormidos deja los tranquilos mares.

Terso cristal parece la llanura:
Y con vislumbres cándidas albéa,
Cual la bóveda azul en noche oscura
Con la luz de la hermosa Citeréa:
Sin leve niebla ó nubecilla oscura
El sol desde su trono centellea;
Y el quieto golfo, cual radiante espejo,
Reverbera su trémulo reflejo.

No con tan vivo rayo el Can impío
Acongoja á los míseros mortales,
Cuando enciende rabioso en seco estío
De Palmira los vastos arenales;
Y aquejado de sed, falto de brio,
Recostado en las ruinas inmortales,
El triste caminante ansioso espera
Que el sol recorra la extendida esfera.

Con no menor afan y desconsuelo
Yace la gente en la española armada,
Mientras el astro en el ardiente cielo
Prosigue su carrera sosegada:
Mas con vana esperanza y ciego anhelo
Ven próxima la noche deseada;
Y ni un soplo levísimo del aura
Sus fuerzas y sus ánimos restaura.

Tres veces en tan mísera agonía
Los vé la luna, y silenciosa pasa;
Y el sol tres veces en eterno dia
Con encendidos rayos los abrasa:
Ya furiosa la turba acusa impía
Al mismo cielo de su suerte escasa;
Ya en lánguido desmayo, torna luego
Del vano enojo al fervoroso ruego.

En el dormido lago en tanto flota
La armada lentamente remecida,
Y los robustos árboles azota
La licenciosa vela no regida:
Así tal vez en la region remota
Por el helado Bóreas combatida,
Muéstrase inmóbil temeraria armada,
Con cadenas de hielo aprisionada.

Ya el quinto sol en el ocaso brilla
Y el cetro deja á su apacible hermana,
Y á igual distancia de una y otra orilla
Clavada está la flota castellana:
Apenas una blanca nubecilla
Sobre la mar remóntase liviana;
Y anunciando mas próspera fortuna,
Vuela á oponerse á la naciente luna.

Roja la faz, en torno coronada
De pálidos reflejos aparece;
Y por vagos celages eclipsada
Ya se oculta fugaz, ya resplandece:
A lo lejos divísase agitada
La mar que hácia la orilla se ennegrece;
Y pardas nubes, cual lejanos montes,
Empañan los remotos horizontes.

En breve el austro con impuro aliento
Las arroja del Africa impelidas,
Y dejan en el alto firmamento
Las estrellas y luna oscurecidas:
Plegando el mar con ímpetu violento
Corren, crecen las olas conmovidas;
Y antes que brame el viento furibundo
El verdinegro mar hierve profundo.

Su espalda baten con inquietas colas
Los présagos delfines azorados,
Y entre el ciego tumulto de las olas
Veloces saltan en tropel formados:
Tiemblan, crujen las naves españolas
Con violentos vaivenes encontrados;
Y ya el cauto piloto apercibido
Oye del viento el áspero silbido.

El Africo y el Noto procelosos
Llegan, luchan, horrísonos espantan;
Y en el mar arrojándose furiosos,
Desde el íntimo fondo lo levantan:
Ya entre opuestos contrastes poderosos
Las ondas con las ondas se quebrantan;
Ya agitándose en vórtice violento,
Ceden al veloz ímpetu del viento.

Con mil y mil relámpagos se enciende
El tenebroso polo en viva llama,
Y de la negra nube se desprende
El rayo ardiente que la esfera inflama:
Lá rápida centella el aire hiende;
Muge el hinchado golfo; el viento brama;
Y en el cielo estallando el ronco trueno,
Lo repite del mar el hondo seno.

Por las revueltas olas contrastada,
Entre el horror de la tiniebla umbría,
Vaga en los mares la deshecha armada,
Con rumbo incierto, sin gobierno y guia:
De un monte en otro monte despeñada
Tienta en vano la prora abrirse via;
Ya al cielo toca la apremiada entena,
Ya rechina la quilla en la honda arena.

Ni salud ni esperanza: negro espanto
Súbito asalta á la esforzada gente,
Que con vano teson á riesgo tanto
Osó oponer el ánimo valiente:
Mas ni esfuerzo, ni voz, ni débil llanto
Ya el terror á los míseros consiente;
Y en silencioso pasmo á cada instante
El abismo, la muerte ven delante.

No así el ínclito Conde: su voz suena
Entre el ronco fragor del mar y el viento;
Exorta, anima, acude, acorre, ordena,
A la postrada turba infunde aliento;
Su ejemplo, su ademan, su faz serena,
Aun son mas poderosos que su acento;
Y allí donde el peligro y gloria crece,
El magnánimo pecho al riesgo ofrece.

Mas su heróica firmeza satisface
Del irritado cielo la venganza,
Y en acercar benigno se complace
El término feliz de su esperanza:
La negra nube en lluvia se deshace;
Recobra el mar su plácida bonanza;
Y en breve zumba hácia el confin remoto
Confuso el trueno, ensordecido el Noto.

En sus rápidas alas conducida
Huye la tempestad; y alzando el vuelo
El Aquilon acósala en su huida,
Despejando veloz el ancho cielo:
Y al ver que el alba, de jazmin ceñida,
Rasgaba de la noche el negro velo,
Encoge el duro aliento, y da suave
Plácido impulso á la ligera nave.

Dispersas todas por el ancho lago
Las mira el Conde, al despuntar el dia,
Que aun mal seguras del tremendo amago
Tímidas siguen la azarosa via;
Mas reparar ansiando el grave estrago,
La hueste y chusma anímanse á porfía;
Y en breve olvidan riesgos y pesares,
Sulcando alegres los tranquilos mares.

FRAGMENTO QUINTO.

Agüeros pavorosos en África. Prediccion del Alfaquí. – Aprestos de defensa.

Ya el cielo que al perínclito guerrero
La corona del triunfo preparaba,
Con tristes signos de fatal agüero
Luto y horror al Africa anunciaba;
Mas al cumplirse el plazo postrimero,
Su adusto ceño demostrar acaba;
Cual lo vió un dia con asombro el mundo,
Y la Atlántica hundióse en el profundo.

El vasto mar luchando turbulento
En sus cóncavos senos cavernosos,
Amenaza con ímpetu violento
De la ciudad los muros orgullosos:
Con débil planta y desigual aliento
Huyen ancianos, jóvenes, esposos;
Conduciendo la madre palpitante
En sus brazos de amor al tierno infante.

Bajo la inmensa turba desparece
El valle, la colina, la alta sierra;
Cunden las turbias olas, y parece
Que huyendo va la contrastada tierra:
A un tiempo su cimiento se estremece
Al duro embate y poderosa guerra,
Y en sus cimas arranca el raudo viento
Rocas y troncos del eterno asiento.

En la anchurosa playa desatado
El huracan su furia desenfrena;
Y en veloz remolino trasformado,
Montes levanta de menuda arena:
Ya gira, ya se arrastra, ya apremiado
Por la inmensa balumba hórrido suena;
Ya, venciendo su grave pesadumbre,
La arroja del *Morábito* á la cumbre.

Todo horror, todo asombro: macilento
Su escaso resplandor el sol envia;
Y en vagas nubes de color sangriento
Lides retrata, al fenecer el dia:
Fatal cometa cruza el firmamento,
Rompiendo el manto de la noche umbría;
La flamígera crin en torno tiende,
Y cual inmensa hoguera el cielo enciende.

Y es comun voz que á su reflejo oscuro
En la encantada torre al mar vecina,
Do el conde don Julian gozó seguro
El premio vil de su traicion indina,
Vaga en custodia del hendido muro
Pálido Espectro en la desierta ruina;
Y al trémulo fulgor de opaca tea
Disípase la Sombra gigantea.

A tantos signos de terror y espanto
Falta el esfuerzo á la africana gente;
Y con tímida voz y débil llanto
Implora la piedad de Alá potente:
En confuso tropel cercan en tanto
La sacra cueva y misteriosa fuente;
Y de anciano Alfaquí, sabio adivino,
Los secretos indagan del destino.

Sobre un monte de escombros, contrastado
Por las hinchadas ondas, aparece;
Y de cendal blanquísimo velado
Su venerable rostro resplandece:
Profeta de los cielos inspirado
En gesto, en ademan, en voz parece;
Hierven sus venas; y su airado acento
El mar acalla y encadena el viento.

«Bastardos nietos, que cubrís de afrenta
A Muza y á Tarif esclarecidos,
¿Qué mezquino temor os desalienta,
Y os arrastra á mis pies despavoridos?...
Si Alá tremendo su venganza ostenta,
Si su anuncio burlasteis descreidos,
Osad mirar con ánimo sereno
Arder el rayo y reventar el trueno."

«Con faz tranquila y sosegado pecho
¿No visteis de Granada el triste llanto,
Y el trono de Alhamar rodar deshecho,
Y hundirse las mezquitas con espanto?
Allí el paterno hogar, el propio techo,
Allí las aras del profeta santo
Debisteis defender; allí con gloria
Morir vengados ó alcanzar victoria."

«Mas no; que en ocio infame y torpe vida
Visteis triunfar los fieros castellanos,
Y de Boabdil la patria envilecida
Besar esclava sus sangrientas manos:
Y al arrojarse al mar en presta huida
Vuestros hijos y míseros hermanos,
Oyendo el fin de la fatal contienda
Pedís al mar que al Africa defienda!"

«En vano, pueblo iluso: ya cumplido
Del triste vaticinio el postrer plazo,
Los que el mundo á sus pies vieron rendido,
Verán en su garganta el duro lazo:
Que en el séptimo cielo suspendido
De Alá iracundo el poderoso brazo,
Entrega de Ismael la infeliz tierra
A hierro, á fuego, á destructora guerra."

«Ministro de su cólera divina
Los duros grillos el infiel quebranta;
Y del vil polvo, amenazando ruina,
Contra el Africa altivo se levanta:
Tal vez en su delirio ya imagina
La Libia mancillar con torpe planta,
Y en los desiertos montes de la Luna
Buscar del Nilo la escondida cuna."

«De Alcides las columnas abrazando,
Ya que el Hercúleo Estrecho enseñorea,
Ciego en la cumbre de su orgullo infando
Con el soñado imperio se recrea;
Ya con Europa al Africa enlazando,
De domar su altivez se lisonjea;
Y el luso audaz y el fiero castellano
A su cetro inmortal tienden la mano."

«Insensatos!.... No en vano Alá potente
Forjó de rudos montes la cadena;
Y de Shara defiende el seno ardiente
Con anchos mares de infecunda arena:
En nuestra aciaga orilla eternamente
A derramar su sangre los condena,
Sin que el eterno muro nunca allanen
Ni el corazon del Africa profanen."

«Mortales, escuchad! que un rayo puro
De fuego celestial ya se desprende;
Y á las nubes rompiendo el centro oscuro,
A mis labios fatídicos desciende:
El velo en que se esconde lo futuro
Ante mis ojos deslumbrados hiende,
Y su preñado seno ostenta junto
Cien naciones, cien siglos en un punto.

En sus inmensos términos ya veo
Agolparse sucesos portentosos;
Cubrir la mar el pérfido europeo,
Y asaltar nuestros límites fragosos;
Tras uno y otro esfuerzo giganteo
Vacilar los imperios poderosos;
Y en el firme cimiento mal seguros
Temblar tronos, alcázares y muros."

«Arido escollo, nunca salpicado
Por lluvia celestial ni clara fuente,
Por arroyos de sangre acanalado
Pagará su tributo al mar potente:
Ora esclavo, ora libre, encadenado
Verá sobre su cumbre juntamente
A los hijos del Tajo y del Danubio,
A los que el Etna espanta y el Vesubio.

«Allí de Argel el anchuroso puerto
Entre cárdenas llamas resplandece;
Y de confusos árboles cubierto,
Selva ardiendo del Líbano parece:
Mas cual nube de arena en el desierto,
En hondos remolinos desparece
La armada infiel; y solo ven mis ojos
Tristes reliquias, míseros despojos."

«Mas el vecino Imperio llora en tanto
El baldon que sus glorias amancilla;
Y la regia ciudad con vil espanto
Allánase á las armas de Castilla:
Tronchado el cetro y desceñido el manto,
Ante el bárbaro infiel la frente humilla;
Y nuevo horror ofrecen, nuevo estrago
Las venerandas ruinas de Cartago."

«De Fez el reino con sus propias manos
El seno rasga y la cerviz doblega;
Cúbrense de pendones Castellanos
De Orán el puerto, la ciudad, la vega;
De la gran Lepti en los inmensos llanos
Retumba el eco de fatal refriega;
Y cual lago de sangre, pone espanto
El turbulento golfo de Lepanto."

«Al arma, Musulmanes! que es llegado
El férreo siglo de la eterna ira;
Y nuestro propio Imperio amenazado,
Pendiente el lauro ó la cadena mira...
Mas en alas del tiempo arrebatado
El vasto espacio ante mis ojos gira;
Y cual las ondas que á mis pies se estrellan,
Así cien y cien siglos se atropellan."

«Al arma, sús, al arma! ¿Qué os suspende?
Ya olvida Alá piadoso su venganza;
Y el brazo protector benigno tiende,
Que á cielo y tierra y al abismo alcanza:
El fuego mismo, que su soplo enciende,
Anuncio es de consuelo y de esperanza;
Que alumbra, no aniquila, cuando muestra
El rayo ardiendo en su potente diestra."

«¿Por tres siglos no vió su eterno muro
La opulenta Salén amenazado,
Y hasta el excelso trono de oro puro
Por la vil planta del infiel hollado?
Mas su orgullo y poder y cetro duro
¿Qué se hicieron?.. Cual monte desplomado
Cayó el infiel; y tres generaciones
Vió el Jordán perecer en sus regiones."

Dijo: y cual suele al súbito estampido
De inflamado volcan temblar la tierra,
Y el monte en sus entrañas encendido
Lanzar el fuego que su seno encierra;
Así el inmenso pueblo, conmovido
A la inspirada voz de sacra guerra,
Arde en furor; y cual sonante llama
Por los vecinos campos se derrama.

El bélico clamor á un tiempo llena
El dilatado imperio: allí talando
Espesos bosques, la segur resuena;
Allí las largas naves aprestando,
En confuso tropel hierve la arena;
Arden mil forjas; crujen atronando
Cien y cien yunques; y el pendon sangriento
De los hijos de Agar tremola al viento.

Vénse desiertos rústicos hogares,
Al trance de la guerra abandonados;
Chozas, cabañas, pueblos, aduares,
Arden entre las selvas y sembrados:
Con altísimos pinos y sillares
Afírmanse los muros quebrantados;
Y el hondo rio su raudal extiende,
Las torres ciñe y la ciudad defiende.

No lejos de su márgen, oprimidos
Con ruda argolla y bárbara cadena,
Los míseros cautivos afligidos
Hondos fosos excavan en la arena:
La diestra suspendiendo estremecidos,
Tal vez recuerdan con amarga pena
Que á sus hijos del alma, á sus hermanos,
La tumba estan abriendo con sus manos.

Mas tal vez la esperanza lisonjera
Su pecho inunda en plácido consuelo:
Ya unidos rompen la cadena fiera;
Ya unidos besan el nativo suelo:
En cada nubecilla pasagera
Una vela cristiana vé su anhelo;
La mar registran, y les roba el viento
La vaga nube y el fugaz contento.

FRAGMENTO SEXTO.

Alarde del ejército africano: su caudillo Almanzor.

En regio alarde indómito campea
El arrogante ejército africano;
Y en la playa revuélvese y ondea,
Cual mies mecida en anchuroso llano:
El confuso rumor de atroz pelea
Imita el eco hácia el confin lejano;
Y los fieros bridones reprimidos
Responden con relinchos y bufidos.

Nunca hueste tan fiera y numerosa
Vió el Africa en su bárbaro hemisferio;
Nunca creyó su frente belicosa
Tan exenta de estraño cautiverio:
Y volviendo la vista rencorosa
Al ancho mar hasta el confin hesperio,
Torna á ver amagado su recinto
Y al claro Guadalete en sangre tinto.

Entre la inmensa turba de guerreros
Señálase por gala y bizarría
La flor de los valientes caballeros,
Gloria y columna de Granada un dia:
Patria y hogar abandonando fieros,
Por no humillarse á la coyunda impía,
Corrieron á librar de sus furores
La region de sus ínclitos mayores.

En caballos mas rápidos que el viento,
De oro y seda labrados los jaeces,
Su propia gloria y su heredado aliento
Ostentan los gallardos Alabeces:
El famoso estandarte dan al viento
Que al triunfo los condujo tantas veces;
Y en adargas de Fez aurea corona
Su regia estirpe y su blason pregona.

De púrpura los ricos alquiceles,
La argentada armadura en son de guerra,
Corren al par los ínclitos Gomeles,
De nuevo hollando la nativa tierra:
Ansiosos de mas palmas y laureles
Viólos un tiempo la Nevada Sierra;
Y hora defienden con invicto pecho
El propio trono y el paterno techo.

Con rojas plumas y leonados trages,
Por el sangriento fin de sus hermanos,
Luce el fiero escuadron de Abencerrages,
Armados con despojos castellanos:
En sus adargas bárbaros salvages
Luchando con leones africanos
De divisa les sirven, dando muestra
Del invencible esfuerzo de su diestra.

En el torvo semblante descubriendo
Los reprimidos celos y rencores,
Sus huellas los Zegríes van siguiendo,
En la lid bravos, si en la paz traidores:
Las antiguas discordias encendiendo,
De sus rivales visten los colores;
Y al natural impulso de venganza,
En su mano blandir sienten la lanza.

Cogidos los garbosos capellares,
Descubriendo marlotas de brocado,
La tribu de valientes Alhamares
Cabalga altiva á su siniestro lado;
Verdes plumas y blancos almaizares
Sobre el casco finísimo acerado,
Y en los escudos llevan y pendones
Las cifras de su amor y sus blasones.

No lejos, con galope reprimido
De fiero bruto la altivez domando,
Sobre el dorado fuste suspendido,
Acaudilla Gazul su noble bando:
Cuando del son del atabal herido,
El duro hierro en el ijar clavando,
En escape veloz el aire azota
La suelta faja y la gentil garzota.

Hueca retumba la oprimida tierra
Al peso de la hueste numerosa,
Que el vivo simulacro de la guerra
Ostenta en la llanura polvorosa:
Embiste, corre, escapa, vuelve, cierra,
Huye otra vez, revuelve mas furiosa;
Y de lanzas y dardos densa nube
El sol entolda y á los cielos sube.

Mas él es... Almanzor! Rojo el turbante
Sobre la hueste infiel descuella tanto,
Que cual coloso ó bárbaro gigante
El corpulento moro pone espanto:
Fiero rival de Alcides, arrogante
Ancha piel de leon viste por manto,
Que unido con dos garras de oro puro
Sobre el hombro siniestro va seguro.

Hijo feroz del Africa, en su seno
Descubre de su madre la fiereza,
En su sangre del áspid el veneno,
Y del tigre en su pie la ligereza:
Tendido el arco, de temor ageno,
De los montes penetra en la aspereza;
Y á la hircana leona embravecida
Los hijos arrebata en su guarida.

La caza y los peligros son su encanto,
Sus amores las lides sanguinosas,
Su música mas grata el triste llanto
De huérfanos, de madres y de esposas:
Cubre su nombre de terror y espanto
Las vecinas naciones belicosas;
Y la victoria, fiel á sus deseos,
Le ofreció en cada lid nuevos trofeos.

Aunque de noble estirpe, nunca pisa
Del palacio los pérfidos umbrales;
Nunca con blando alhago ó falsa risa
Dora aleve sus odios capitales:
Su torvo ceño y su bramido avisa
El furor de sus ímpetus mortales;
Y cual rayo y relámpago, en un punto
Vénse el amago y la venganza junto.

Hora á una voz la hueste envanecida
Por supremo caudillo le pregona,
Vengador del Profeta le apellida,
Y audaz le ofrece la triunfal corona:
Mientras la madre patria enternecida
En sus brazos sus hijos abandona;
Y hasta el monarca mismo pone ufano
La sacra enseña en su invencible mano.

Mas ya con lento paso van creciendo
De los montes las sombras desiguales,
Y en el rojo occidente apareciendo
Cárdenas nubes, lúgubres señales:
Ya toca á recoger el ronco estruendo
De añafiles, trompetas y atabales;
Y ordenándose en rápida carrera,
Obedece veloz la hueste fiera.

Al pie de un monte que el contorno otéa,
El campo asienta el bárbaro africano;
Y en ver desde su altura se recrea
Nacer un pueblo en el tendido llano:
Con mil confusas luces centellea
Desde la playa hasta el confin lejano:
Y en la atezada noche vénse claras
Selvas ardiendo, lumbres y almenaras.

Allá dentro del mar, sobre la cumbre
Del altísimo escollo, inmensa hoguera
Arde tambien, y con su viva lumbre
Tocar parece la celeste esfera:
Contémplala la absorta muchedumbre
Cual si ardiente volcan del mar naciera;
Y con pavor y asombro desde lejos
Vé en las ondas los pálidos reflejos.

A su confusa luz atalayando
En ancho cerco la llanura inmensa,
Vela Almanzor con su invencible bando
Del fuerte antemural en la defensa:
En sus robustos hombros estribando
Del imperio la mole vé suspensa;
Y con inquieto afan en la alta torre
La mar domina y su extension recorre.

Con sublime terror le lisonjea
El ronco viento que en su torno zumba,
El ancho mar que enrojecido ondea,
Y el ponto hirviente que á sus pies retumba;
Mientras el hueco monte titubea
Al abrirle en su centro inmensa tumba,
Que en sus senos sepulte semivivos
A millares los míseros cautivos.

Mas del bárbaro imperio la fiereza
Los diques rompe del celeste enojo;
Y ya sobre su indómita cabeza
Desciende el rayo á confundir su arrojo...
De su poder, su gloria y su grandeza
Ni rastro existe, ni se vé despojo;
Quedando apenas, porque al mundo asombre,
De tan gran reino por vestigio *un nombre* (*).

Así del Asia en la region distante
Crecieron cien imperios poderosos,
Que hasta el cielo con ánimo arrogante
Levantaron sus vuelos orgullosos:
Y hora al pisar el triste caminante
Los áridos desiertos espantosos,
Pisa con sacro horror y muda pena
Hundidos cien imperios en la arena.

(*) Velez de la Gomera.

ZARAGOZA.

POEMA.

"Compúsose este Poema para disputar el premio ofrecido á nombre de la nacion por la Suprema Junta Central, poco despues de acaecida la rendicion de Zaragoza en el año de 1809; sin que importe al público saber ni las causas á que se atribuye el que no se manifestasen las resultas del concurso, al cabo del término prefijo, ni los datos que tiene el autor para creer que este Poema, tal cual sea, habia sido elegido por dos jueces tan competentes en la materia como D. Melchor Gaspar de Jovellanos y D. Manuel José Quintana para que en él recayese el premio. Lo cierto es que, habiéndose retardado el que se diese este, sobrevinieron luego las desgracias que afligieron á la Patria en aquel aciago año, y que acarrearon por

último la invasion de Andalucía por el ejército enemigo y la disolucion del Gobierno: en cuyas circunstancias, habiéndose el autor refugiado á Cádiz, y de allí pasado á Inglaterra, imprimió su Poema en Londres en el año de 1811."

"Del mismo modo que se publicó entonces, se reimprime ahora, habiendo juzgado conveniente dejar esta obra cual la inspiraron las circunstancias de aquella época, y como se presentó al concurso; á pesar de que alguna vez se resienta de que la compuso el autor siendo todavía muy jóven, y apremiado por el corto plazo concedido por la Junta Central."

Tal es la advertencia que estampé al frente de este Poema, cuando el año de 1827 lo publiqué en París entre mis *Obras Literarias*; y no habiéndose nunca impreso en España, me ha parecido oportuno verificarlo ahora, para completar con él esta coleccion.

POEMA.

Sobre ruinas y triunfos, Zaragoza
De la terrible lucha reposaba
Que por dos lunas agitó su suelo [1];
Cuando, á la voz de Marte pavorosa,
Se estremeció Pirene, y de sus cumbres,
Con las llamas y el hierro amenazando,
Lanzáronse mil bárbaras legiones.
En vano ¡oh Dios! en vano
A poner freno á su furor insano
Braman los aquilones;
Rompen sus cauces los hinchados rios;
Tala el invierno la aterida tierra;
Y de inclemente nieve coronada
Alza su frente la riscosa sierra.
¿No los veis, no los veis ardiendo en saña
Arrasar montes, devastar los llanos,
Incendiar pueblos, y en feroz sonrisa
Rasgar el seno de la triste España,
Que incauta un tiempo los llamára hermanos?
¿Quién osará del rápido torrente
El ímpetu atajar? Cayó Castilla;

Se ahuyentó nuestra hueste desbandada;
Y al furor de la bárbara cuchilla,
Con la sangre de mayo salpicada,
Tendió Madrid la desdorada frente.
Por vez segunda el Tajo caudaloso
Al inclemente yugo se condena;
Y allá bajo la tierra, prodigioso
Sepúltase Guadiana,
Rehuyendo altivo la servil cadena.
El enemigo bando
Las palmas bate, y por los aires suena
Su horrísono clamor... ¡Ay, cuánto, cuánto,
Mísera España, de destrozo y ruina,
Cuánto de luto y de amargura y llanto
Tu suelo amaga y tu beldad divina!
Ya cien y cien legiones
Del Ebro cubren la anchurosa márgen:
Tiembla bajo la inmensa pesadumbre
La sacra orilla; plumas y penachos
A merced de los céfiros ondean;
Y los petos y yelmos centellean
Del claro sol á la radiante lumbre.
Los normandos frisones
Baten con grave pie la helada tierra;
Piérdense los contrarios escuadrones
Allá á lo lejos entre densa nube;
Crece el estruendo, y el clamor de guerra
Puebla los vientos y á los cielos sube.

De juncos y de adelfas coronadas
Las Náyades, al eco tremebundo,
Sacan del agua los nevados pechos;
Y del bélico apresto amedrentadas,
Lanzan un grito, y cálanse al profundo.
Tened, tened, impíos;
Suspended esas huestes ominosas
De muerte y destruccion: ¿á dónde, á dónde
Correis, blandiendo en la terrible mano
La ardiente antorcha y el acero insano?
Piedad, piedad, crueles!
Merced á Zaragoza!
Mísera, abandonada,
Aun gime dolorida;
Aun brota sangre la reciente herida
Que en ella abriera vuestra cruda espada.
¿No escuchais cual resuenan por los vientos
Los agudos lamentos
De viudez y horfandad? ¿El sordo ruido,
Cual de lejano trueno, que retumba
Allá en el hondo de la negra tumba,
Do mil valientes víctimas cayeron?
Piedad por una vez: si buscais ruinas,
Si saciaros quereis en fiero estrago,
Sobradas ruinas ¡ay! hartos despojos
Han que mirar los ojos.
Tended la torva vista, que aun humean
Los techos incendiados;

Aun espantan con sangre mancillados
El suelo ilustre y los endebles muros.
  Si empero tanto horror, si tantas muertes
No os bastan, proseguid: no lanzó en vano
La invicta Zaragoza el santo grito
De vencer ó morir; grito tremendo,
Que sobre el trono estremeció al Tirano.
Amenazado, herido,
Ruge con mas furor el leon hispano,
La sangrienta guedeja sacudiendo;
Y al agresor se arroja, y se complace
La presa entre sus garras dividiendo.
  Seguid, seguid: la heróica Zaragoza
Al combate se apresta, á la venganza;
La espada vibran sus valientes hijos,
Y blanden fieros la terrible lanza.
¿Cómo tan breve su constancia invicta
Pudísteis olvidar y su ardimiento?
¿En qué librais la bárbara esperanza
Del triunfo y vencimiento?
¿No vió el Jalon profundo sus riberas
De enemigos cadáveres sembradas,
Y arrebatar su rápida corriente
Rotas corazas, petos y cimeras [2]?
¿No vieron vuestras huestes debeladas
Los campos de Mallén? ¡Oh nunca, nunca
Dignamente loadas,
Hablad vosotras, inmortales Eras [3]!

Decid como animosos
Los ínclitos del Ebro batalláran
Con las legiones fieras;
Y á la muerte tranquilos presentáran,
En vez de fuerte arnés, pechos desnudos.
No los filos agudos
Del duro acero, ni la fuerte lanza,
Ni el plomo ardiente su furor enfrenan;
Todo cede á la indómita pujanza
Del brazo aragonés; heridos suenan
Cascos y petos; mézclanse las haces;
El polvo roba el inflamado cielo;
Y al duro encuentro, á los terribles golpes,
Los vientos rugen, y retiembla el suelo.
En sangre tintas, de pavor cubiertas,
Rotas huyen las bárbaras legiones;
Y en tanto, tremolando los pendones,
Entran ufanos por las anchas puertas,
De guirnaldas y lauros adornadas,
Los hijos de la patria. ¡Cuántos, cuántos
Siguieron á aquel triunfo! Siete veces
Miró embestida la Ciudad gloriosa
El blondo julio; y siete desplomarse
La soberbia enemiga, y contra el muro
Sus numerosas fuerzas estrellarse [4].
Hiela el pavor los ánimos osados
De los feroces hijos de la guerra;
Y en cobarde rencor trocando el brio,

Cuando la noche á la callada tierra
En luto envuelve y en horror sombrío,
Bombas arrojan, que en su lumbre encienden
El aire tenebroso por do hienden.
A leve impulso, la muralla frágil
En polvo cae deshecha;
Y cual tigre rabioso,
Por ruinas y cadáveres trepando,
Entra osado Verdier por la ancha brecha,
Y Lefévre orgulloso
La destructora turba acaudillando [5].
De enemigos cubiertas
Vense calles y plazas; atronando
Rompen las hachas los robustos quicios;
Caen las ferradas puertas;
Arden los edificios;
Y el crudo incendio y la espantosa ruina
Mira el pueblo valiente
Con pecho quieto y con serena frente.
Ya en roncos alaridos
Celebra el triunfo la contraria gente,
Cuando el cañon horrísono tronando,
Las espesas falanges desordena:
Agítase en confusos remolinos
La destrozada hueste; pavorosos
Caudillos y soldados se atropellan;
Y por el plomo destructor heridos,
Caen en la dura tierra confundidos

Con los tibios cadáveres que huellan.
  En tanto los terribles moradores
Arrójanles por claros y troneras
Mil muertes y otras mil; allí, arruinando
La quebrantada, altísima techumbre,
Desquícianla; y desplómase atronando,
A impulso de su grave pesadumbre.
Allí, incendiadas vigas y sillares
De los deshechos muros arrancando,
Los impelen con ímpetu; los vientos
Braman con son horrísono apremiados;
Y los fieros guerreros á millares
Quedan entre las ruinas sepultados.
  Ni fuga ni piedad: por todas partes,
A la señal belísona, furiosas
Arrójanse las tropas valerosas
Que nacer viera el Llobregat ameno[6].
La sorpresa, el desórden, la estrechura
Redoblan el horror del trance fiero;
Combaten crudamente brazo á brazo
Guerrero con guerrero;
Saltan rotos los hierros centellantes;
La tibia sangre por do quier humea;
Cada golpe una muerte; cada acero
Húndese en cien entrañas palpitantes.
  ¿Qué enristrar vale la potente lanza,
Qué el robusto frison, el fuerte escudo?
Con ímpetu de rayo se abalanza

El bravo aragonés; burla los golpes;
Y entre el fuego y horror del trance crudo,
La vista apenas á seguirle alcanza.
Hiérenle; y fieramente embravecido,
Los montes de cadáveres salvando,
Penetra por las astas enemigas,
En sed de guerra ardiendo y de venganza.
¿Dó tornarán los fieros enemigos
La amedrentada faz? Hierro sus sienes,
Hierro amenaza sus cobardes pechos:
Destrozados, deshechos,
Ni oponer osan al comun estrago
La desesperacion; el asta fuerte
Cae de su débil diestra desprendida;
Y al inclemente amago
Inclinando cobardes la cabeza,
Ni el golpe esquivan de la cruda muerte.

¡Cuántas allí! Confusos, perseguidos,
Los restos de las bárbaras legiones
La Ciudad abandonan, que engreidos
Leve triunfo á su esfuerzo imagináran.
La triste nueva de terror sombrío
Cobija el enemigo campamento;
Muere en los pechos el antiguo aliento,
Muere en los brazos el usado brío.
Al rayo abrasador del Can ardiente,
Allí lánguido yace el cruel guerrero;
Mas allá, sobre el arma reluciente

Débilmente apoyado,
Los mustios ojos fijos en la tierra,
Reposo anhela el mísero soldado;
Y apareciendo á su afligida mente
De Ulma y Dantzik las deslustradas glorias,
Dentro del pecho congojoso encierra
Hondos sollozos de furor y angustia.
  Lefévre en vano intenta
Las tropas alentar, con faz mentida
Encubriendo el dolor que le atormenta:
Recorre el campo; y su mirar incierto,
La rienda del caballo abandonada,
El tardo paso su penar anuncian;
Y aun tal vez, en su cuita sumergido,
Sin dello apercebirse,
Se escapa de sus labios un gemido.
  Cayó toda esperanza: desde el monte
Descubren á los bravos combatientes,
Que vuelan al socorro apetecido
De la heróica Ciudad; la nueva hueste [7]
El pavor de los Galos acrecienta;
Y cual banda de buitres, que se ahuyenta
Cuando brilla relámpago á lo lejos,
Anunciando el horror de la tormenta;
Así dispersos huyen, arrojando
Las mal usadas armas, y á la noche
Su salud en la fuga encomendando [8].
  Tal fuera vuestra infamia, hijos del Sena;

Tal el torpe baldon, que en vuestras frentes
Secó los lauros de Austerlitz y Jena.
¡Y aun osareis luchar con los valientes
Que tantas veces con heróica planta
Vuestras altivas águilas hollaron!
¡Oh, cuánto afan y destruccion y mengua
Costaros ha la bárbara osadía!
¡Cuán terrible y sangriento
Será el nuevo escarmiento!
Aquí mi voz llegára: y las legiones
Ya con hórrido estruendo
A la Ciudad augusta se acercaban.
Sus negras alas desplegó la noche;
Y como en su alta cima ve Moncayo
Las oscuras tormentas apiñarse,
Y al viento desafía,
Al ronco trueno y al ardiente rayo;
Tal, al mostrarse la vecina aurora,
Zaragoza impertérrita veía
Desparecer, bajo contrarias huestes,
Las cercanas colinas y llanuras.
Cánticos, himnos, voces de alegría
Sus espaciosos ámbitos llenaban;
Y el parche y las trompetas pregonaban
Que era llegado de la gloria el dia.
Las calles y las plazas y los muros
Puéblanse, al ronco son, de gente armada;
Mil y mil combatientes

Embrazan el paves, ciñen la espada,
Y de verdes coronas
Ornadas muestran las augustas frentes.
Las ínclitas matronas,
Los jóvenes y ancianos
Morir anhelan por la amada patria,
Y el hierro empuñan sus endebles manos.
¡Oh patria! ¡Oh dulce nombre! Te oigo apenas,
Y agítase mi pecho, arden mis venas,
Ensánchase mi ser: ante el Tirano,
De verdugos cercado y de suplicios,
Libre de vil temor, de bajo susto,
Yo cantaré tus glorias; sí, tu mano
Me sostendrá al morir; tu nombre augusto
Se helará, al expirar, entre mis labios.
¿Mas quién entre los ínclitos guerreros
El sagrado estandarte tremolando,
Los inflama al combate, á la victoria?
El es, él es: su rostro resplandece
Con rayos mil de gloria,
Cual iris tras tormenta en el estío;
Sus mayores su escudo le prestaron,
Apolo su beldad, Marte su brío.
No hay duda, él es; ceñido de laureles,
Al invencible Alfonso se asemeja
Cuando le vió triunfante Zaragoza,
Rescatada por él de los infieles [9].
Salud, héroe inmortal; salud mil veces,

Divino Palafox; la madre España
A tí tiende sus brazos congojosa,
Como al hijo de amor; por tí respira;
Agítase contigo en la pelea;
Y su dolor y angustias olvidando,
En tus glorias y lauros se recrea.
  Alienta, triste patria; que el acero
Ya en su terrible diestra centellea,
Cual rayo en tempestad: su ademan fiero
Es precursor del triunfo; la victoria
Entre el marcial estruendo le acompaña.
Miradle, sí, miradle: repitiendo
El sacro nombre de la madre España,
Se abalanza á las bárbaras legiones,
Seguido de la hueste numerosa;
Trábase la árdua lid; el bronce suena;
Todo es horror y muerte; el héroe invicto,
Cercado de enemigos escuadrones,
Hiende, rompe, destruye, desordena
Cuanto se opone á su denuedo y brio:
¿Quién, quién resistirá? Rastros de sangre
Marcando van su rápida carrera.
  La densa niebla, que aun el sol tardío
Con sus nacientes rayos no rompiera,
Envuelve á los feroces combatientes,
Los mezcla, los confunde, y acrecienta
La horrenda mortandad: caen los valientes;
No hay perdon al rendido; á hierro y fuego

Destrúyense las haces inclementes.
¿No basta tanto estrago, tanta ruina?
Nueva lucha arde allí; nuevo destrozo
Allí, y allí tambien; en la colina,
En la márgen del Gállego, en el puente,
En los vecinos campos inundados
Por la profunda, rápida corriente [10].
La pericia, el furor, la muchedumbre
De la contraria hueste son en vano:
Cede al valor el número, y el arte
Al amor de la patria soberano.
El furibundo Marte,
La flamígera antorcha sacudiendo,
Recorre el campo; acá y allá revuelve,
Sobre muertos y heridos, los caballos
Del carro destructor; y á la venganza,
A muerte incita con clamor horrendo.
A la voz imperiosa
Renacer siente el enemigo bando
Su bravura feroz; y se abalanza
Al fuerte parapeto, el nombre odioso
Del sanguinario Déspota aclamando.
De horror y muerte y destruccion preñadas,
Con estruendo espantoso
Revientan las terribles baterías;
Yerma el inmenso llano de enemigos
El fuego asolador; retumba el bronce;
Murallas, combatientes, cielo y tierra

Confúndense entre el humo y desparecen.
¿Qué se hicieron las huestes triunfadoras,
Que el mundo encadenaron?
Finó su gloria; cual ligera niebla
Ante recio huracan, se disiparon.
Palmas, coronas mil, Ninfas del rio,
Guirnaldas de laurel: cubrid el suelo
De mirto y de arrayan; y el dulce canto
La victoria remonte al alto cielo.
En sus ilustres lares,
Tiernas amantes, cándidas esposas,
Con voces armoniosas
Repetirán los plácidos cantares.
Volad, héroes, volad: en la muralla
Las banderas espléndidas ondean;
Suena alegre el clarin; álzanse triunfos;
Sobre tronchadas águilas y picas
Pebeteros riquísimos humean.
Todo era salvas, júbilo, alegría,
Cuando la noche que en el negro carro
Rodando por el cielo tenebroso,
Ya medio curso recorrido habia,
Llamó á los vencedores al reposo.
Pensativo, sangriento, polvoroso,
El fuerte Palafox, en el alcázar,
A nueva lucha y prez se apercibia:
La soledad, el lúgubre silencio,
La techumbre de cedro, opaca, altísima,

Un temor inspiraban misterioso;
Y el viento que á lo lejos sordamente
Vagando por las bóvedas se oía,
El horror augustísimo aumentaba.
El ánima del héroe se gozaba
En la terrible magestad sombría,
Cuando temblar sintió bajo su planta
Los profundos cimientos del palacio:
Tres veces ¡ay! con hórrido estampido
Ronco trueno sonó; se abrió la tierra;
Y sobre negra nube se levanta
La venerable Sombra
De Rebolledo el Grande [11]: en la tiniebla
Se ve centellear su faz divina;
Tal como suele boreal aurora,
Cuando en los reinos de la eterna noche
Cielos y tierra y mares ilumina.
Cércanle en torno insignias y trofeos;
Cúbrelo con su manto la victoria;
Y en el noble ademan, fiero y sombrío,
Ostenta grave su valor y gloria.
«Ilustre nieto, (dice en voz pausada)
El placer penetró mi hondo sepulcro,
Cuando incansable, en el ardiente estío,
Lidiar te ví y vencer. Mas árdua lucha,
Mayor constancia, esfuerzo y heroismo
Hora la patria exige: cuantos males
Abortar pudo el Genio de la guerra,

Cuantas plagas ¡oh Dios! guarda el abismo
Para afligir los míseros mortales,
Y el cielo airado en su venganza encierra,
Van sobre tu cabeza á desplomarse.
Naturaleza toda conjurada
Vendrá de lleno sobre tí: la tierra,
En sus profundos senos agitada,
Sacudirá con horroroso estruendo
Defensores, murallas y edificios;
Lloverá fuego; el hambre, la atroz muerte,
Con mano yerta y pálida tendiendo
El cetro asolador, en vasta huesa
La patria trocarán de los valientes.
Hijo de mi ternura, en ígneas letras,
Allá sobre los cielos esplendentes,
El nombre escrito está de Zaragoza,
Y el de Numancia allí, y el de Sagunto.
Mil siglos volarán sobre sus ruinas;
Se hundirán los tiranos y sus tronos;
Morirán astros; finarán imperios;
Eterno, empero, su renombre y gloria,
Durará á par del mundo su memoria.
Y la tuya tambien: grato el destino
Correr me ha concedido ante tus ojos
El velo diamantino
Que cubre el porvenir. Gemirá España
En congojoso afan; hijos y hermanos
Con sangre regarán el patrio suelo;

Que nunca, dílo al mundo, nunca el cielo
Dejó impune el sufrir á los tiranos.
Mas no feroz el Déspota del Sena
Aherrojará sus inocentes manos,
Ni atará al carro á la nacion que un dia
Tierra y mar abarcaba, ambas regía.
Así plugo á los hados: Zaragoza
Caerá en expiacion; y de sus ruinas
Se alzará sobre el trono refulgente
La libertad de la española gente.
Claro honor de mi estirpe, tú el primero
Arrostrando impertérrito la muerte,
Debes abrir á la Ciudad augusta
El ínclito sendero
De la inmortalidad: jamas cobarde
Tender el cuello á la cadena insana!
Jamas besar la mano enrojecida
Con la inocente sangre castellana!"
Jamas! sí; yo lo juro.... arrebatado
Clamó así Palafox: la helada planta
Abrazó de la Sombra, arrodillado;
Y al estallido súbito de un trueno
Se disipó el Espectro, como el humo,
Al querer estrecharle contra el seno.
El héroe se inclinó: su pecho fuerte
Sintió oprimido de respeto santo;
Y entorpecer sus agitados miembros
El terror silencioso de la muerte.

En éxtasis profundo sumergido,
No levantó la faz hasta que el dia,
Con pálidos fulgores asomando,
Comenzó á disipar la noche umbría.
Ya el tibio sol con paso perezoso
Su rostro por los montes descubria,
Cuando, el cándido lino tremolando,
De la pérfida hueste un mensagero
Se acerca á la Ciudad: posa en sus labios
Falaz sonrisa, que el rencor no encubre;
Y mal oculta entre la verde oliva,
La ominosa cadena se descubre [12].
«¡Paz, paz con los tiranos! Guerra eterna,
Guerra á la usurpacion: muramos todos,
Muramos, sí, vengados;
Antes que vernos á las torpes plantas
De bárbaros verdugos,
Sin libertad, sin patria, arrodillados."
Así gritó la inmensa muchedumbre:
Guerra! el Gállego, el Huerba, el Ebro hinchados,
Guerra! sonaron los profundos valles,
Guerra! Moncayo y su elevada cumbre.
¿Vísteis tal vez en el hercúleo estrecho
Chocarse dos corrientes encontradas,
Por los opuestos vientos impelidas?
Mayor era el fragor: mayor estruendo
La Ciudad augustísima asordaba,
Que el que forman las selvas de Apenino,

Por el Aquilo y Noto combatidas.
Crece el marcial clamor; y entre las voces,
De Palafox resuena el ronco acento;
Tal como trueno en tempestad horrísona,
Que el mar acalla y el sañudo viento.
Resuena; y con la diestra no domada,
La flecha ensangrentada
¡Fiera señal de guerra!
Arroja al enemigo campamento [13].
¡Cuánto trance cruel, de aquel momento,
Ciudad de gloria, ante tus muros viste,
Y mengua agena y propio vencimiento!
Cada luz, nueva lucha; debelados
Vió cada luz los bárbaros guerreros,
Desde el Vístula al Tíber celebrados [14].
¿Quién domó su altivez, ó quién refrena
Su preciado valor? Endeble valla
De leve polvo y deleznable arena,
Los flacos torreones, sostenidos
En endeble cimiento
Que, al sacudir el viento
El cañon estruendoso, titubea;
¿Serán potentes á atajar la furia
De los que al mundo locos pregonáran
Su irresistible esfuerzo en la pelea?
¡Ay! que airados encienden,
En la fuerte trinchera guarecidos,
La destructora mecha;

¡Ay! que ya derruidos
Los vacilantes muros, cae deshecha
La alzada torre, que á la hueste fiera
Terror y espanto fuera [15].
¡Tú tambien! ¡Tú tambien, Sancha divina [16],
Honor y prez de Iberia, tú cercada
De la atroz muerte y la espantosa ruina!
Sálvate por piedad: ¿no oyes el ruido?
¿No ves el aire arder? ¿Cómo levanta
Montes de escombros la preñada bomba,
Y con horror la tierra
Hace tremer bajo tu débil planta?
Sálvate, por piedad; que no tan bella
Formó natura tu graciosa mano
Para inflamar con ella
El horrendo cañon; ni pudo insano
Las Furias hospedar el blanco pecho,
Para las Gracias hecho.
No mas lucha, no mas: el vasto mundo
Lleno está de tu nombre y de tu fama;
Lidiar te vió gloriosa el sol naciente,
Lidiar te mira, y ya en el occidente
Apenas luce su apagada llama.
Llega la noche: Vénus tras las huellas
Del fugitivo sol desaparece;
Y en los opacos cielos resplandece
El trémulo fulgor de las estrellas.
A su confusa luz, de la trinchera

Vese salir á la cobarde hueste,
Que á merced de las sombras y el silencio
Quiere en sangre saciar la rabia fiera.
¿Quién el horror de la tremenda noche,
La ciega confusion, el crudo estrago,
Osará describir? Diez veces fueron
Las que sañudos los feroces Galos
Al arruinado fuerte arremetieron;
Diez las que en polvo y sangre denegridos,
De los altos escombros derrocados
Con ímpetu cayeron.
Así débil bajel, despedazado,
La prora abierta, en medio de las aguas,
Resiste entre las rocas encallado:
La mar en vano con furor impío
Bate el roto costado;
Crecen las olas, álzanse á las nubes;
Y en los frágiles leños estrelladas,
En leve espuma bajan y en rocío.
¿Ni cómo numerar tantos guerreros,
Que en el horror de la tiniebla oscura,
En las contrarias haces confundidos,
Tiñeron con mil sangres los aceros?
Cada cual es un dios; ardientes rayos
Lanza en torno de sí; muy mas que todos
Impávida, animosa,
La inmortal heroina,
De heridos y cadáveres cercada,

La fuerte diestra intrépida fulmina.
  Salve, divina Sancha: amor sublime
De patria y libertad, tu dulce magia,
Tu imperio soberano
Bendiga eternamente el labio humano.
¡Bendita, oh libertad! ¡Bendito seas,
Almo don de los cielos! Tú solmente
El brazo castellano
Alzáras contra el bárbaro Tirano;
A tí España sus triunfos, á tí debe
Sus lauros Zaragoza.... ¡Ay, qué trocada
De la que fuera un dia,
En sempiterno duelo sepultáda,
Resiste al hado; y de la adversa suerte
La implacable sentencia desafía!
Llegó el plazo cruel: el negro trono,
Sobre pálidos huesos asentado,
Alzó el Númen del mal; la cruda muerte,
Blandiendo con el brazo descarnado
La terrible segur, corre y asuela;
Y el contagio letal los puros aires
Inficiona con soplo envenenado.
Los tristes habitantes en sus venas
Sienten la sangre arder, y ponzoñosa
Hinchar los flacos miembros denegridos;
Fuego abrasa sus ojos, sus entrañas,
Y los cárdenos labios encendidos.
No fuera mas terrible el diente agudo

De víbora traidora, cuando vierte
Su veneno fatal, y con la sangre
Rápido corre su licor de muerte.
Así la vírgen yace, así el anciano,
La esposa, el niño, el jóven, el guerrero;
Y en convulsiones hórridas luchando,
Lanzan el ¡ay! postrero.
La hermana del hermano
Bebe el hálito infesto, y al sepulcro
Abrazados descienden; tierna madre
Del hijo al expirar la ardiente mano
Oprime contra el pecho;
Y ¡oh triste! el mismo lecho,
La tumba misma unidos los recibe [17].
Luto do quier y muerte: el hambre excava
Mas huesas que el contagio; enflaquecida,
Los amarillos miembros agitando,
Lenta carcome el mísero cimiento
De la angustiosa vida;
Y en eterno tormento
A los invictos héroes aquejando,
Hunde en la tumba víctimas sin cuento.
¿Dó los arcos de flores, las columnas,
Los altos monumentos?
¿Dó el bélico clamor de los valientes?
Lánguidos, macilentos,
Rastrando van por las desiertas calles
Los exánimes cuerpos, sostenidos

En la robusta lanza; triste llanto,
Mortal silencio, lúgubres gemidos
Suceden ¡ay! al armonioso canto;
Y en vez de triunfos, que por tierra yacen,
Vense solmente huesas y sepulcros.
  Blanda la tierra os sea,
Héroes de bendicion; siempre sereno,
No el cielo turbe vuestra quieta tumba
Con rayo abrasador ni ronco trueno.
Yaced, yaced en paz: Ebro en sus hondas
Concavidades gima congojoso;
Y al correr por el pie de los sepulcros,
Béselos respetoso,
El bramido acallando de sus ondas.
  ¡Una, mil y mil veces bienhadados
Los que, al morir, vuestros tranquilos ojos
Fijar pudisteis en la libre patria!
No la vereis arder; ni destruida
Buscar entre sus ruinas los despojos
El Vándalo feroz; ni ensangrentados
Los santos templos; y la tierna esposa
Al triunfal carro, y los queridos hijos,
Y los ancianos padres amarrados.
  Tan aciago momento
Natura entristecida
Presagió con agüeros pavorosos:
La faz mostrando en sangre enrojecida,
El sol se oculta, y las opuestas nubes

Tiñe con mil celages horrorosos;
De pálida corona circuida,
La luna brilla apenas, y se pierde
En medio de los cielos tenebrosos;
Y es comun voz que por los aires vagan
Pálidas luces, que en la triste noche
Sobre el sepulcro lóbrego se encienden;
Y á los mortales siguen,
Si huyen con pie medroso; y raudas vuelan,
Si con osada planta las persiguen [18].
De tan tristes auspicios amagada,
Ve impávida acercarse el fin tremendo
La heróica Zaragoza: derruidos
El mal trabado muro y torreones,
En pálidos espectros convertidos
Los fieros campeones;
¿Qué valladar enfrenará el impulso
De las fieras falanges enemigas?
Cobardes, sí, cobardes,
Ni medir osan el traidor acero
Con el débil guerrero
Que apenas mueve el paso mal seguro,
Ni penetrar por el deshecho muro;
Y ¡oh mengua! ¡oh vilipendio! los que osáran
Señores proclamarse de la tierra,
Las célebres legiones [19]
Que desde el Nilo al Báltico lleváran
La asolacion y espanto de la guerra,

Los ínclitos caudillos cuya fama
Temblar hiciera tronos y naciones [20],
No asaltar osan las augustas ruinas
De la triste Ciudad, que á un tiempo mismo
Contrasta invicta cuantas crudas plagas
Lanzó en mal hora el tenebroso abismo.
¡Eterna maldicion al primer hombre
Que al arte diera y la cobarde astucia
Lo que al valor y esfuerzo fue negado!
Nunca, nunca naciera; y victoriosa
Aun nos mostrára su divina frente
La noble Zaragoza.
¡Ay mísera! ¡cuál arde! ¡cuál incendian
Mil y mil bombas los dorados techos [21]!
Arcos, columnas, cúpulas, gimnasios,
Y alcázares y templos y edificios
Desplómanse deshechos.
Sopla sañudo el Abrego, y derrama
El fuego asolador; entre humo y polvo
Sube ondeando la sonante llama;
Las nubes rompe con radiantes sulcos,
Y el negro cielo con su lumbre inflama.
Crece el voraz incendio; resplandece
La abrasada Ciudad, cual una hoguera;
Y el horror aumentando el sacro rio,
En su móvil espalda reverbera
El trémulo fulgor, y arder parece.
¿Porqué le fuera dado al hombre insano,

Con ánimo perverso,
Trocar en destruccion cuanto fecundo
Para su bien le ofrece el universo?
¿Por qué, buen Dios, bajo su torpe mano
Natura esclavizada
Servirá á su furor? ¡Ay! sorprendida
La madre tierra en sus profundos senos,
La asolacion abriga y el estrago
De los héroes del Ebro; conmovida
Por el profundo incendio, se estremece
Con súbito fragor; ardientes minas
Horrísonas revientan; piedras, arcos,
Al cielo arroja la explosion tremenda;
Todo es incendio y ruinas;
Arde la tierra, y ábrese, y sepulta
Cien pórticos, y junto
Derrúmbanse cien torres en un punto.
Víctimas inocentes
Bajo rotos escombros oprimidas
La muerte invocan; sus agudos ecos
Retumban en los huecos
De las confusas ruinas, y se hiela
La sangre al escucharlos: busca el hijo
Bajo los propios techos arruinados,
Bajo los techos que nacer le vieran,
El paterno cadáver insepulto;
Y ante sus mismos ojos tierna madre
Ve hundirse para siempre

Las prendas de su amor en el profundo.
¿La constancia, el furor, el heroismo
Serán de algun valer? Otra vez y otra
El horroroso abismo
Brama, y retiembla, y ábrese, y devora.
¿A dónde, á dónde huir? Bajo la planta
Resuenan roncos truenos;
Y al estampar la huella, entre humo y polvo,
Por medio de la tierra dividida
Muestra la eternidad sus hondos senos.
¡Piedad, cielos, piedad! ¡Ay! arrancada
Del profundo cimiento, se estremece
De polo á polo la Ciudad divina;
Y vacila, y desplómase, y su ruina
De espanto cubre á las legiones fieras [22].
Así en tremendo dia
Bramó el hórrido viento furibundo;
El eterno equilibrio
Perdió la tierra en la region vacía;
La mar inundó el mundo;
La Atlántica se hundió; y al sumergirse,
Pavorosos los vientos se aplacaron,
Y los mares sus aguas enfrenaron.
Fue Zaragoza, fueron sus valientes,
Su esplendor fue; su célebre renombre
Resta tan solo.. ¡Oh Dios! Si allá hasta el cielo
Sube la humilde voz del débil hombre,
Acoge mi plegaria bondadoso:

Nunca el arado tan sagradas ruinas
Llegue á romper ni el venerando suelo
Con tantos hechos ínclitos famoso.
Goce, antes de morir, en negra noche,
Solo de algun relámpago alumbrada,
Visitar sus escombros respetoso:
Allí posará el alma; dulce llanto
Descargará mi pecho comprimido;
Y en las opacas ruinas escondido
El pavoroso buho
Me adulará con su agorero canto.
Allí sumido, entre el horror y espanto,
En meditar profundo,
Recorreré los siglos, la caida
De cuanto ufano presentára el mundo.
¿Qué es ya de la Ciudad que al suelo ibero
Dió dulce libertad en santas leyes?
¿La que ostentaba en su palacio augusto
Tantos despojos de vencidos reyes?
¿Cómo en sus anchas plazas no resuena
El hervir de la gente, el ronco estruendo
Del parche temblador? ¿Cómo no truena
El horrísono bronce sobre el muro?
Largas calles por tierra derribadas,
Lúgubre soledad, mustio desierto,
Ruinas ensangrentadas
La vista anublan, y el cabello erizan.
¿Quién ya el ciego furor del Galo fiero

Quebrantará en la lid? ¿Quién pondrá linde
Al ímpetu feroz de su venganza?
¿Quién?... Torna, Palafox, torna á la vida,
Caudillo triunfador; vibra el acero;
Blande la dura lanza;
Acomete, destruye
Cien legiones y ciento;
Acorre al patrio suelo, que oprimido
En bárbaro tormento,
Contra el yugo inhumano
Implora tu favor, y clama en vano.
En vano, triste patria; que luchando
Entre los yertos brazos de la muerte,
Ya, ya en el linde del sepulcro umbrío,
Respira apenas tu adalid valiente [23].
En su lívida frente
Impreso está el furor; hierve su pecho;
Y con mortales ansias apoyado
En la débil siniestra,
Asir intenta la invencible espada
Que al lado pende del aciago lecho.
¿A qué aguardais, ó Vándalos? Heridos,
Moribundos, cadáveres, escombros,
¿Os podrán resistir? Entrad, crueles...
Entraron.. ¡ay!...entraron los verdugos... [24]
No mas: perdona, oh Musa; no me es dado
El canto proseguir de horror y muerte;
Triste el laud resuena destemplado,

Al pulsarle mi mano estremecida;
Y los hondos sollozos y gemidos
Que unidos á mi voz hieren el viento,
El canto truecan en discorde acento.
La cítara de Young, de ébano triste,
Cabe el opaco Támesis sonando,
Bajo el oscuro, encapuzado cielo,
Bastára solo á pregonar al mundo
Tan grave ruina, tan amargo duelo [25].

NOTAS.

1. El primer sitio de Zaragoza duró desde el dia 15 del mes de junio del año de 1808 hasta el 14 de agosto.
2. Las primeras acciones en Aragon fueron las de Mallen y Gallur, á principios de junio del mismo año.
3. La célebre batalla de las Eras de Zaragoza, dada á la vista de la Ciudad, el dia 15 de Junio: tropas sin vestir ni disciplinar pelearon gloriosamente, y cogieron á los enemigos varios prisioneros y pertrechos.
4. En el mes de julio dieron los Franceses siete ataques infructuosos contra la Ciudad.
5. El dia 4 de agosto lograron penetrar en Zaragoza las divisiones de los generales Verdier y Lefévre.
6. Distinguiéronse mucho en estos ataques las tropas catalanas, que cogieron al enemigo dos cañones.
7. Los enemigos levantaron el sitio al acercarse la division valenciana, mandada por el general Saint-Marc.
8. Los Franceses huyeron en la noche del 14 al 15 de agosto, abandonando fusiles y otros pertrechos.
9. El rey D. Alonso I.° de Aragon conquistó á Zaragoza de los moros, despues de un obstinado sitio y de una gloriosa batalla, no lejos de Daroca.
10. La accion del 21 de diciembre (dia en que empezó el segundo sitio de Zaragoza) fue de las mas gloriosas de ambos sitios: el autor ha seguido exactamente, al describirla, el parte oficial contenido en las gacetas de Zaragoza; sujetándose en lo posible á la descripcion topográfica del terreno.
11. D. Rodrigo de Rebolledo, tronco de la familia de los Palafoxes, adquirió por sus muchas victorias el sobrenombre de Grande. Hacen mencion de él Lanuza y Zurita.
12. El dia 22 de diciembre de 1808 intimó el mariscal Moncey la rendicion á Zaragoza.
13. El mismo dia contestó Palafox en una carta llena de valor y patriotismo.
14. Hubo varias acciones, entre las cuales se debe distinguir la del 25 de diciembre, mandada por el general Oneil, y la de caballería, de 31 del mismo, mandada por el brigadier Butron, contra la brigada mandada por el general Girard.

15. El fuerte de san José, que hizo una defensa heróica, y fue evacuado por nuestras tropas cuando ya estaba demolido.

16. Manuela Sancha, natural de Plenas en la Serranía, de edad de 24 años, concurrió á la defensa de dicho fuerte, dando fuego á los cañones, y haciéndolo de fusil en la trinchera.

17. Son increibles los horrores del contagio que afligió á Zaragoza: los Franceses confiesan en sus boletines que hallaron trece mil enfermos en los hospitales, y que morian quinientas personas diarias.

18. Propiedades de los fuegos fátuos, que suelen encenderse en los cementerios.

19. Comparando todos los documentos, se puede calcular que el ejército enemigo ascendia á treinta mil hombres.

20. Mandaron en el segundo sitio de Zaragoza Moncey, Mortier, Junnot, Lannes, el célebre general de ingenieros Lacoste (que murió de un balazo el 1.° de febrero), Suchet, Laval, Girard, Gazan, Dédon-ainé, etc.

21. Dédon-ainé, general de artillería, publicó una relacion oficial del servicio de esta arma en el sitio de Zaragoza; y en ella descubre mil veces, á su pesar, el heroismo incomparable de los Zaragozanos.

22. Viendo los Franceses que no podian de otro modo apoderarse de la Ciudad, empezaron bien pronto á usar de las minas; pero aun atacados de esta manera irresistible, manifestaron los Zaragozanos un heroismo sin igual, como se puede inferir de los partes de nuestros enemigos, publicados en las gacetas de Madrid de aquella época.

23. Cuando se firmó la capitulacion de Zaragoza, se hallaba Palafox moribundo del contagio, como lo confiesan hasta los mismos enemigos.

24. El dia 19 de febrero de 1809 capituló Zaragoza, y el 21 entraron los franceses en la ciudad arruinada.

25. El autor ha consultado, para informarse de los sucesos acaecidos en Zaragoza, las gacetas publicadas en esta Ciudad, las de nuestro Gobierno y los mejores periódicos de la Península, las relaciones dadas por los enemigos en las gacetas de Madrid y en los papeles franceses, especialmente el boletin 33.° del ejército grande de España, el *Journal du soir* de 9 y 10 de febrero y 10 de marzo, etc.

